

Antología

Libro de lectura

Grado 5

Narrativas personales, poesía y Don Quijote

Español

Grado 5

**Narrativas personales,
poesía y Don Quijote**

Antología

ISBN 978-1-63602-880-4

© 2022 Amplify Education, Inc. and its licensors
www.amplify.com

All Rights Reserved.

Core Knowledge Language Arts and CKLA are trademarks of the Core Knowledge Foundation.

Trademarks and trade names are shown in this book strictly for illustrative and educational purposes and are the property of the respective owners. References herein should not be regarded as affecting the validity of said trademarks and trade names.

Printed in the USA
01 XXX 2021

Contenido

Narrativas personales, poesía y Don Quijote

Antología

Introducción	1
Narrativas personales	3
Cuando era puertorriqueña	6
Nos va a salir la cosa	7
Epílogo: “un día de estos”	20
El cerrador:	23
“Prólogo”	24
“El hijo de un pescador”	27
“Notas de Mo: Escuela del béisbol”.	36
La emoción de las cosas	38
“Memoria de agua”	39
“Temblar como las estrellas”	42
De campesino a astronauta	46
“La visita de una maestra”	47
“La receta de mi padre”.	63
Secretos de familia	70
“29”.	71
“31”.	73
La mancha de humedad	76
Charaboncitos	80

Poesía: collage de palabras	87
Saúl Schkolnik	
“La rutina”	90
Pablo Neruda	
“Oda al tomate”	92
Laura Forchetti	
“Pasan las constelaciones”	96
Manuel Fernández Juncos	
“Una historia”	98
José Martí	
“Cultivo una rosa blanca”	100
Xavier Villaurrutia	
“Interior”	102
María Cristina Ramos	
“El bastón”	104
Gabriel Gamar	
“Viajar es...”	106
Anónimo	
“Romance del conde Olinos” (fragmento)	108
Alma Flor Ada	
“Bilingüe”	112
Cristina Peri Rossi	
“Estado de exilio”	114
José Agustín Goytisolo	
“El oficio del poeta”	116
Angelina Gatell	
“La canción del árbol”	118
Alfonsina Storni	
“Siesta”	120
Anónimo	
“Plegaria de los indios cuervo”	122

Don Quijote: la historia de un caballero optimista 125

Haroldo Maglia

El libro de Don Quijote para niños

“Alonso Quijano pierde el seso” 127

“Las cosas que pasaron en la venta” 129

“El escudero Sancho Panza” 134

“La aventura de los molinos de viento” 136

“El yelmo de Mambrino” 138

Rosa Navarro Durán

El Quijote contado a los niños

“Don Quijote de la Mancha” 141

“Don Quijote armado caballero” 143

“Un desafío nunca visto” 146

“La lamentable vuelta a casa” 147

“La espantable aventura de los molinos de viento” 149

“El maravilloso yelmo de Mambrino” 150

“El cura y el barbero entran en la historia” 151

“La princesa Micomicona y el encantamiento de don Quijote” 154

“El encantamiento de Dulcinea” 159

“La gran batalla con el bravo caballero de los espejos” 161

“El caballero del verde gabán y la espantosa y desatinada aventura de los leones” 164

Glosario 169

Introducción

¡Hola, estudiante de quinto grado!



Los textos que estás a punto de leer son como regalos que vas a desenvolver. Son narraciones personales y poemas escritos desde el corazón por personas de diferentes orígenes y culturas.

Al compartir sus experiencias, estos escritores nos inspiran a celebrar nuestra propia identidad cultural única. En la unidad de Narrativas personales, aprenderemos cómo algunos autores enfrentaron situaciones importantes, como la decisión de qué profesión elegir, los consejos y el apoyo que recibieron de sus padres o maestros, las memorias de su infancia, y lo que significó cambiarse de casa a otro país, entre otras cosas.

Del mismo modo, los poetas cuya obra aparece en la unidad de “Poesía” utilizan una imaginación fascinante y un lenguaje figurado que invitan a explorar la importancia de las experiencias cotidianas y a reflexionar en lo que tenemos, lo que perdimos o lo que nos hace falta. Por ejemplo, los poetas se enfocan en la importancia y el significado de las cosas cotidianas, tales como las siestas, los tomates, las cosas que se encuentran en una casa, la rutina después de las vacaciones, las constelaciones y la historia de cómo crecen las plantas.



Los poetas también abordan temas como la nostalgia que da el soñar con un hogar que ya no lo es, la falta de algo o alguien cuando se han marchado, la idea de un romance que aún no se realiza, una **plegaria** para el bien de una comunidad, la emoción de viajar, el reto de vivir entre dos idiomas, y el cultivo de la amistad como si se tratara de una rosa blanca. Si encuentras algunas palabras desconocidas, hay un glosario al final de la unidad para ayudarte a entenderlas. A medida que lees, descubrirás que el mayor regalo que nos han dado estos autores es la oportunidad de ver el mundo desde otra perspectiva y de darnos cuenta de lo mucho que las personas tenemos en común.

También leerán un relato que no es una narrativa personal ni un poema, sino una novela sobre un hidalgo que lee demasiados libros sobre caballerías y él cree que es un caballero andante. Él comienza una aventura- todo en nombre de ser caballero y por defender el honor de su amada Dulcinea y cualquier otra doncella que necesite su ayuda. Esto lo mete en muchos problemas.



Narrativas personales



Santiago, Esmeralda. *Cuando era puertorriqueña*.
"Prólogo: Cómo se come una guayaba." Translation
copyright © 1994 by Penguin Random House LLC. Used
by permission of Vintage Español, an imprint of the
Knopf Doubleday Publishing Group, a division of Penguin
Random House LLC. All rights reserved.

Santiago, Esmeralda. *When I Was Puerto Rican*.
Copyright © 1993. Reprinted by permission of Da Capo
Press, an imprint of Hachette Book Group, Inc.

Rivera, Mariano. *El cerrador* Edición juvenil. Little Brown
and Company, 2016.

Mastretta, Ángeles. *La emoción de las cosas*. Buenos
Aires, Seix Barral, Biblioteca Breve, 2013.

Hernández, José M. *From Farmworker to Astronaut: My
Path to the Stars*. Chapters 3 and 4 are reprinted with
permission from the publisher of *From Farmworker to
Astronaut: My Path to the Stars* by José M. Hernández
(© 2019 Arte Público Press - University of Houston).

Cabal, Graciela. *Secretos de familia*. © Herederos de
Graciela Cabal, 1995. © Edhasa, Buenos Aires, 2015.

De Ibarbourou, Juana. *La mancha de humedad*.
©edicionesdelabandaoriental.

Da Rosa, Julio C. *Charaboncos*.
©edicionesdelabandaoriental.



Cuando era puertorriqueña

Esmeralda Santiago



Nos va a salir la cosa

Mientras Francisco aún vivía, nos habíamos mudado a la Ellery Street. Eso quiso decir que yo tuve que cambiar de escuelas, así que Mami me llevó a la P.S. 33, donde haría mi noveno grado. Durante la primera semana en la nueva escuela, me dieron una serie de exámenes, los cuales indicaron que, aunque no podía hablar el inglés muy bien, lo podía escribir y leer al nivel del décimo grado. Me pusieron en el 9-3, con los estudiantes inteligentes.

Un día, Mister Barone, el consejero **vocacional** de la escuela, me llamó a su oficina. Era un hombre bajito, **cabezudo**, con ojos grandes color **castaño** bajo cejas bien formadas. Su nariz era larga y redonda en la punta. Siempre vestía en colores otoñales y frecuentemente ponía sus lentes en su frente, como si tuviera un par de ojos allá arriba.

—Bueno —empujando sus lentes a su frente, hablándome despacio para que yo entendiera—, ¿qué quieres ser cuando seas grande?

—Yo no sé.

Rebuscó entre sus papeles.

—Vamos a ver... tienes catorce años, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Y no has pensado en lo que vas a ser cuando seas grande?

Cuando yo era nena, quería ser una **jíbara**. Cuando me hice mayor, quería ser cartógrafa, después topógrafa. Pero desde que llegamos a Brooklyn, no había pensado mucho en el futuro.

—No, señor.

Bajó los lentes a sus ojos y rebuscó entre los papeles otra vez.

—¿Tienes jóbis? —No entendí lo que me decía—. Jóbis. **Jóbis** — meneaba las manos como si estuviera pesando algo—, cosas que te gustan hacer en tu tiempo libre.

—¡Ah, sí! —Traté de imaginar qué yo hacía en casa que pudiera calificar como un jóbi—. Me gusta leer.

Parece que lo decepcioné.

—Sí, eso ya lo sabemos. —Sacó un papel de su escritorio y lo estudió—. Uno de los exámenes que tomaste era para descubrir **aptitud**. Nos dice qué clase de trabajo te gustaría. En tu caso resulta que a ti quizás te guste ayudar a las personas. Dime, ¿te gusta ayudar a las personas?

Tenía miedo de contradecir los exámenes.

—Sí, señor.

—Podemos ponerte en una escuela donde aprenderás biología y química, lo cual te preparará para una carrera como enfermera.

Hice una mueca. Consultó sus papeles otra vez.

—También puede ser que te guste la comunicación. Como maestra, por ejemplo.

Recordé a Miss Brown parada al frente de un salón lleno de **tineyers** desordenados, algunos más grandes y gordos que ella.

—No creo que me gustaría.

Mister Barone subió sus lentes a su frente otra vez y se inclinó hacia mí sobre los papeles en su escritorio.

—¿Por qué no lo piensas, y hablamos otro día? —me dijo, cerrando la carpeta con mi nombre en la orilla. La cubrió con sus manos peludas, como si estuviera **exprimiéndole** algo—. Eres una chica inteligente, Esmeralda. Vamos a ver si te ponemos en una escuela académica para que puedas estudiar en colegio.

Camino a casa, me acompañaba otra niña del noveno grado, Yolanda. Llevaba tres años en Nueva York, pero hablaba tan poco inglés como yo. Hablábamos en espanglés, una combinación de inglés y español en la cual saltábamos de un idioma al otro.

—¿Te preguntó el Mister Barone, llu no, lo que querías hacer juén llu gro op?

—Sí, pero, ay dint no. ¿Y tú?

—Yo tampoco sé. Ji sed que ay laik tu jelp pipel. Pero, llu no, a mí no me gusta mucho la gente.

Cuando me oyó decir eso, Yolanda me miró de reojo, esperando ser la excepción. Pero cuando me vine a dar cuenta, había subido las escaleras de su edificio. No se despidió al entrar y al otro día me despreció. Me pasé el resto del día en **aislamiento** vergonzoso, sabiendo que había revelado algo negativo acerca de mí a la única persona que me había ofrecido su amistad en la Junior High School 33. Tenía que disculparme o vivir con las consecuencias de lo que se estaba convirtiendo en la verdad. Nunca le había dicho algo así a nadie, ni a mí misma. Era un peso más sobre mis hombros, pero no lo iba a cambiar por **compañerismo**.

Unos días más tarde, el Mister Barone me llamó a su oficina.

—¿Y? —manchitas verdes bailaban alrededor de las **pupilas** negras de sus ojos castaños.

La noche anterior, Mami nos había llamado a la sala. En el televisor, “cincuenta de las jóvenes más bellas de los Estados Unidos” desfilaban en vestidos de **tul** y volantes en frente de una cascada de plata.

—¡Qué lindas! —murmuró Mami mientras las muchachas, acompañadas por muchachos uniformados, flotaban enfrente de la cámara, daban una vuelta y se desaparecían detrás de una cortina, mientras la orquesta tocaba un vals y un **locutor** anunciaba sus nombres, edades y los estados que representaban. Mami miró todo el espectáculo como hipnotizada.

—Quisiera ser una modelo —le dije al Mister Barone.

Se me quedó mirando, bajó los lentes de su frente, miró los papeles en la carpeta con mi nombre en la orilla y me volvió a mirar, echando fuego por los ojos.

—¿Una modelo? —su voz era **áspera**, como si le fuera más cómodo gritarle a las personas que hablarle.

—Yo quiero aparecer en la televisión.

—Ah, pues entonces quieres ser actriz —como si fuera un poco mejor que la primera carrera que seleccioné. Nos miramos por unos segundos. Empujó sus lentes a su frente de nuevo y sacó un libro de la tablilla detrás de su escritorio—. Yo solo sé de una escuela que entrena actores, pero nunca le hemos mandado un estudiante de aquí.

Performing Arts, decía el libro, era una escuela pública académica, no vocacional, que entrenaba a estudiantes que deseaban una carrera en el teatro, la música o el baile.

—Dice aquí que tienes que ir a una prueba. —Se paró y acercó el libro a la luz pálida que entraba por las ventanas **angostas** sobre su

cabeza—. ¿Has **desempeñado** alguna vez un papel dramático en frente del público?

—Un año fui la maestra de ceremonias en el programa musical de mi escuela. En Puerto Rico. Y también he recitado poemas ... allá, no aquí.

Cerró el libro y lo apretó contra su pecho. Su dedo índice tocó un compás contra su labio. Se volvió hacia mí.

—Déjame llamarles y **averiguar** lo que necesitas hacer. Ya más tarde hablamos.

Salí de su oficina feliz, confiando en que algo bueno había pasado, pero no sabiendo lo que era.

“No tengo miedo... No tengo miedo... No tengo miedo...”. Todos los días andaba de la escuela a casa repitiéndome esas palabras. Las calles anchas y las aceras que tanto me impresionaron los primeros días después de llegar ahora eran tan familiares como el camino de Macún a la carretera. Solo que mi curiosidad acerca de la gente que vivía detrás de estas paredes concluía donde los frentes de los edificios daban a corredores oscuros o puertas cerradas. Nada bueno, me imaginaba, podía haber dentro si tantas puertas y **cerrojos** se tenían que abrir antes de entrar o salir a la luz del día.

Fue en estas caminatas **angustiadas** que decidí que me tenía que salir de Brooklyn. Mami había seleccionado este sitio como nuestro hogar y, como las otras veces que nos mudamos, yo había aceptado lo que me ocurría, porque yo era una niña sin opciones. Pero en esta, yo no iba a aceptar la decisión de Mami.

—¿Cómo puede vivir la gente así? —le grité una vez, desesperada por correr por un **pastizal**, por sentir hojas debajo de mis pies en vez de concreto.

—¿Vivir como qué? —preguntó Mami, mirando a su alrededor, a la cocina y la sala cruzadas con sogas llenas de pañales y sábanas tendidas.

—Unos encima de los otros. Sin espacio para hacer nada. Sin aire.

—¿Qué tú quieres? ¿Volver a Macún, a vivir como salvajes sin luz, ni agua? ¿Haciendo lo que tenemos que hacer en letrinas apestosas?

—¡Por lo menos se podía salir afuera to' los días sin que los vecinos te dispararan!

—¡Ay, Negi, déjate de estar exagerando las cosas!

—¡Odio esta vida!

—¡Pues haz algo pa' cambiarla!

Cuando el Mister Barone me habló de Performing Arts High School, supe lo que tenía que hacer.

—¡Las pruebas son en menos de un mes! Tienes que aprender una escena dramática, y la vas a realizar en frente de un **jurado**. Si lo haces bien, y tus notas aquí son altas, puede ser que te admitan en la escuela.

El Mister Barone se encargó de prepararme para la prueba. Seleccionó un **soliloquio** de una obra de Sidney Howard titulada The Silver Cord, montada por primera vez en 1926, pero la acción de la cual acontecía en una sala de **estrado** en Nueva York, alrededor del año 1905.

—Mister Gatti, el maestro de gramática, te dirigirá... Y Missis Johnson te hablará acerca de lo que te debes de poner y esas cosas.

Mi parte era la de Cristina, una joven casada confrontando a su suegra. Aprendí el soliloquio fonéticamente, bajo la dirección de Mister Gatti. Mis primeras palabras eran: "You belong to a type that's very common in this country, Mrs. Phelps, a type of self-centered,

self-pitying, son-devouring tigress, with unmentionable proclivities suppressed on the side.”

—No tenemos tiempo de aprender lo que quiere decir cada palabra —dijo Mister Gatti—. Solo asegúrate de que las pronuncies todas.

Missis Johnson, quien era la maestra de artes domésticas, me llamó a su oficina.

—¿Así es que entras a un sitio? —me preguntó en cuanto pisé su alfombra—. Trátalo otra vez y, esta vez, no te lances adentro. Entra despacio, frente alta, espalda derecha, con una sonrisa en tu cara. Así mismo. —Respiré y esperé sus instrucciones—. Ahora, siéntate. ¡No, así no! ¡No te tires en la silla! Tienes que flotar hacia el asiento con las rodillas juntas. —Lo demostró, y yo la copié—. ¡Mucho mejor! ¿Y qué vas a hacer con las manos? No, no te aguantes la **barbilla**, eso no es para damas. Pon tus manos en tu falda y déjalas ahí. No las uses tanto cuando hablas.

Me senté tiesa mientras Missis Johnson y Mister Barone me hacían preguntas que se imaginaban el jurado en Performing Arts me iba a preguntar.

—¿De dónde eres?

—De Puerto Rico.

—¡No! —dijo Missis Johnson—, Porto Rico. Pronuncia la r suave. Otra vez.

—¿Tienes algún jóni? —me preguntó Mister Barone, y esta vez supe cómo contestar.

—Me gusta bailar y me gusta el cine.

—¿Por qué quieres estudiar en esta escuela?

Missis Johnson y Mister Barone me habían hecho memorizar lo que debía decir si me preguntaban eso.

—Quiero estudiar en la Performing Arts High School por su reputación académica y para recibir entrenamiento en las artes dramáticas.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —Mister Barone se frotó las manos y le **guiñó** a Missis Johnson—. Creo que nos va a salir la cosa.

—Recuerda —dijo Missis Johnson—, cuando compres tu vestido, busca algo bien simple, en colores oscuros.

Mami me compró un traje de cuadros rojos con camisa blanca, mi primer par de medias de **nilón** y zapatos de cuero con un bolsillito



donde se le ponía una moneda de diez centavos. La noche antes de la prueba, me puso el pelo en rolos rosados que me pinchaban el **cuero cabelludo** y me hicieron desvelar. Para la prueba, me permitió que me pintara los ojos y los labios.

—¡Qué grande te ves! —exclamó Mami, su voz triste pero contenta, al verme dar vueltas enfrente de ella y de Tata.

—¡Toda una señorita! —añadió Tata, sus ojos **lagrimosos**.

Salimos hacia Manhattan un día en enero bajo un cielo nublado con la promesa de nieve.

—¿Por qué no escogiste una escuela más cerca a casa? —refunfuñó Mami al subirnos al tren que nos llevaría a Manhattan. Yo temía



que, aunque me aceptaran en la escuela, ella no me dejaría ir porque quedaba tan lejos, una hora en cada dirección por tren. Pero, aunque se quejaba, estaba orgullosa de que por lo menos yo calificaba para ser considerada para una escuela tan famosa. Y hasta parecía estar excitada de que yo saldría del vecindario.

—Vas a conocer una clase de gente diferente —me aseguró, y yo sentí la fuerza de su ambición sin saber exactamente lo que eso quería decir.

Tres mujeres estaban sentadas detrás de una mesa larga en un salón donde los pupitres habían sido empujados contra las paredes. Al entrar, mantuve mi frente alta y sonreí, floté hacia el asiento en frente de ellas, puse mis manos en mi falda y sonreí otra vez.

—Buenos días —dijo la señora alta con pelo color de arena. Era **huesuda** y sólida, con ojos intensamente azules, una boca generosa y manos suaves con uñas cortas. Estaba vestida en tintes **pardos** de la cabeza a los pies, sin maquillaje y sin joyas, menos la cadena de oro que amarraba sus lentes sobre un pecho amplio. Su voz era profunda, modulada, cada palabra pronunciada como si la estuviera inventando.

A su lado estaba una mujercita con tacos altísimos. Su cabello corto formaba una corona alrededor de su cara, la pollina cepillando las puntas de sus pestañas falsas. Sus ojos oscuros vestían una línea negra a su alrededor, y su boca pequeña parecía haber sido dibujada y luego pintada en rojo vivo. Su cara dorada por el sol me miró con la inocente curiosidad de un bebé listo. Estaba vestida de negro, con muchas cadenas alrededor del cuello, pantallas colgando hasta los hombros, varias pulseras y sortijas de piedras en varios colores en cuatro dedos de cada mano.

La tercera mujer era alta, delgada, pero bien formada. Su cabello negro estaba peinado contra su casco en un **moño** en la nuca. Su

cara angular atrapaba la luz, y sus ojos, como los de un cervato, eran inteligentes y curiosos. Su nariz era derecha, sus labios llenos pintados un color de rosa un poco más vivo que su color natural. Puños de seda verde se veían bajo las mangas de su chaqueta color vino. Aretes de diamante guiñaban desde los **lóbulos** de orejas perfectamente formadas.

Yo había soñado con este momento durante varias semanas. Más que nada, quería impresionar al jurado con mi talento para que me aceptaran en Performing Arts High School y para poder salir de Brooklyn todos los días, y un día nunca volver.

Pero en cuanto me enfrenté con estas tres mujeres bien cuidadas, se me olvidó el inglés que había aprendido y las lecciones que Missis Johnson me había **inculcado** sobre cómo portarme como una dama. En la agonía de contestar sus preguntas incomprensibles, **puyaba** mis manos hacia aquí y hacia allá, formando palabras con mis dedos porque no me salían por la boca.

—¿Por qué no nos dejas oír tu soliloquio ahora? —preguntó la señora de los lentes colgantes.

Me paré como asustada, y mi silla cayó patas arriba como a tres pies de donde yo estaba parada. La fui a buscar, deseando con toda mi alma que un relámpago entrara por la ventana y me hiciera cenizas allí mismo.

—No te **aflijas** —dijo la señora—. Sabemos que estás nerviosa.

Cerré los ojos y respiré profundamente, caminé al centro del salón y empecé mi soliloquio.

—Llu bilón tú é tayp dats beri cómo in dis contri Missis Felps. É tayp of selfcente red self pí tí in són de baurin taygrés huid on menshonabol proclibétis on de sayd.

A pesar de las instrucciones de Mister Gatti de hablar lentamente y pronunciar bien las palabras aunque no las entendiera, recité mi monólogo de tres minutos en un minuto sin respirar ni una vez.

Las pestañas falsas de la señora bajita parecían haber crecido de sorpresa. La cara serena de la señora elegante temblaba con risa controlada. La señora alta vestida de pardo me dio una sonrisa dulce.

—Gracias, querida. ¿Puedes esperar afuera un ratito?

Resistí el deseo de hacerle **reverencia**. El pasillo era largo, con paneles de madera angostos pegados verticalmente entre el piso y el cielo **raso**. Lámparas con bombillas grandes y redondas colgaban de cordones largos, creando charcos amarillos en el piso pulido. Unas muchachas como de mi edad estaban sentadas en sillas a la orilla del corredor, esperando su turno. Me miraron de arriba a abajo cuando salí, cerrando la puerta tras de mí. Mami se paró de su silla al fondo del corredor. Se veía tan asustada como me sentía yo.

—¿Qué te pasó?

—Ná'. —No me atrevía a hablar, porque si empezaba a contarle lo que había sucedido, empezaría a llorar enfrente de las otras personas, cuyos ojos me seguían como si buscando señas de lo que les esperaba. Caminamos hasta la puerta de salida—. Tengo que esperar aquí un momentito.

—¿No te dijeron nada?

—No. Solo que espere aquí.

Nos recostamos contra la pared. Enfrente de nosotras había una pizarra de **corcho** con **recortes** de periódico acerca de graduados de la escuela. En las orillas, alguien había escrito en letras de bloque "P.A." y el año cuando el actor, bailarín o músico se había graduado. Cerré mis

ojos y traté de imaginar un retrato de mí contra el corcho y la leyenda “P.A. ‘66” en la orilla.

La puerta al otro lado del pasillo se abrió, y la señora vestida de pardo sacó la cabeza.

—¿Esmeralda?

—¡Presente! Quiero decir, aquí. —Alcé la mano.

Me esperó hasta que entré en el salón. Había otra muchacha adentro, a quien me presentó como Bonnie, una estudiante en la escuela.

—¿Sabes lo que es una pantomima? —preguntó la señora. Señalé con la cabeza que

sí—. Bonnie y tú son hermanas decorando el árbol de Navidad.

Bonnie se parecía mucho a Juanita Marín, a quien yo había visto por última vez cuatro años antes. Decidimos dónde poner el árbol invisible, y nos sentamos en el piso y actuamos como que estábamos sacando las decoraciones de una caja y colgándolas en las ramas.

Mi familia nunca había puesto un árbol de Navidad, pero yo me acordaba de cómo una vez yo ayudé a Papi a ponerle luces de colores alrededor de una mata de berenjenas que dividía nuestra **parcela** de la de doña Ana. Empezamos por abajo y le envolvimos el cordón eléctrico con las lucécitas rojas alrededor de la mata hasta que no nos quedaba más. Entonces Papi **enchufó** otro cordón eléctrico con más luces, y seguimos envolviéndola hasta que las ramas se doblaban con el peso y la mata parecía estar prendida en llamas.

En un ratito se me olvidó dónde estaba, y que el árbol no existía, y que Bonnie no era mi hermana. Hizo como que me pasaba una decoración bien delicada y, al yo extender la mano para cogerla, hizo

como que se me cayó y se rompió. Me asusté de que Mami entraría gritándonos que le habíamos roto una de sus figuras favoritas. Cuando empecé a recoger los fragmentos delicados de cristal invisible, una voz nos interrumpió y dijo:

—Gracias.

Bonnie se paró, sonrió y se fue.

La señora elegante estiró su mano para que se la estrechara.

—Notificaremos a tu escuela en unos días. Mucho gusto en conocerte.

Le estreché la mano a las tres señoras y salí sin darles la espalda, en una **neblina** silenciosa, como si la pantomima me hubiera quitado la voz y el deseo de hablar.

De vuelta a casa, Mami me preguntaba qué había pasado, y yo le contestaba: “Ná. No pasó ná”, avergonzada de que, después de tantas horas de práctica con Missis Johnson, Mister Barone y Mister Gatti, después del gasto de ropa y zapatos nuevos, después de que Mami tuvo que coger el día libre sin paga para llevarme hasta Manhattan, después de todo eso, no había pasado la prueba y nunca jamás saldría de Brooklyn.

Epílogo: un día de estos

Diez años después de mi graduación de Performing Arts High School, volví a visitar la escuela. Estaba viviendo en Boston, una estudiante **becada** en la universidad Harvard. La señora alta y elegante de mi prueba se había convertido en mi **mentora** durante mis tres años en la escuela. Después de mi graduación, se había casado con el principal de la escuela.

—Me acuerdo del día de tu prueba —me dijo, su cara angular soñadora, sus labios jugando con una sonrisa que todavía parecía tener que controlar.

Me había olvidado de la niña flaca y trigueña con el pelo **enrizado**, el vestido de lana y las manos inquietas. Pero ella no. Me dijo que el jurado tuvo que pedirme que esperara afuera para poderse reír, ya que les parecía tan cómico ver a aquella chica puertorriqueña de catorce años chapurreando un soliloquio acerca de una suegra posesiva durante el cambio de siglo, las palabras incomprensibles porque pasaban tan rápido.

—Admiramos el valor necesario para pararte al frente de nosotras y hacer lo que hiciste.

—¿Quiere decir que me aceptaron en la escuela no porque tenía talento, sino porque era **atrevida**?

Nos reímos juntas.

—¿Cuántos de tus hermanos y hermanas llegaron a la universidad?

—Ninguno. Yo soy la única todavía.

—¿Cuántos son?

—Cuando me gradué ya éramos once.

—¡Once! —Me miró por un rato, hasta que tuve que bajar la vista—. ¿Piensas a veces en lo lejos que has llegado?

—No. Nunca me paro a reflexionar. Si lo hago, ahogo el **impulso**.

—Déjame contarte otra historia, entonces. El primer día de tu primer año, no llegaste a la escuela. Llamamos a tu casa. Me dijiste que no podías venir a la escuela porque no tenías qué ponerte. Yo no estaba segura de si estabas bromeando. Pedí hablar con tu mamá, y

tú **tradujiste** lo que ella dijo. Necesitaba llevarte a un sitio para que le interpretaras. Primero no me querías decir a dónde, pero luego admitiste que iban para el departamento de asistencia pública. Estabas llorando, y te tuve que asegurar que tú no eras la única estudiante en la escuela que recibía asistencia pública. Al otro día, llegaste feliz y contenta. Y ahora, aquí estás, casi graduándote de Harvard.

—Gracias por hacer esa llamada.

—Y gracias a ti por venirme a visitar. Pero ahora, tengo una clase.
—Se paró, elegante como siempre—. Cuídate.

Su abrazo cálido, **fragante** a perfume caro, me sorprendió.

—Gracias —le dije a su espalda.

Anduve los pasillos de la escuela, buscando el salón donde había cambiado mi vida. Quedaba al frente del laboratorio del maestro de ciencia, unas puertas más abajo del pizarrón encorchado donde alguien con letra bonita todavía escribía “P.A.” seguido por el año del graduado.

—Un día de estos —me dije a mí misma—. Un día de estos

El cerrador

Mariano Rivera



Prólogo

Es un hermoso día soleado de otoño en el Bronx, Nueva York, con temperatura de casi setenta grados (Fahrenheit). Tenemos de visitantes a los Gigantes de San Francisco, quienes ya han sido eliminados de la postemporada, mientras que nosotros seguimos luchando por clasificar, a tres partidos del líder para la clasificación del comodín, con tres equipos al frente de nosotros en el tablero de posiciones.

Es el día 22 de septiembre de 2013.

Increíblemente, también es el “Día de Mariano Rivera”.

He jugado para los Yankees de Nueva York durante diecinueve años, pero este será mi último. Es una realidad **agridulce**.

Los Yankees han planificado algún tipo de celebración de mi carrera, pero no tengo idea respecto a los detalles. Lo único que sé es que Clara, mi esposa, estará allí, al igual que mis tres hijos. Me visto temprano para la celebración antes del partido y entonces espero en uno de los túneles detrás del jardín en espera de mi señal para entrar al estadio.

Una de las cosas por las cuales se me conoce es por mi aspecto tranquilo. Mi calma exterior no es algo **fingido**. Nunca he sido **propenso** a ponerme nervioso en momentos de **apuro**.

En este momento, estoy nervioso.

He escrito algunas palabras inadecuadas de agradecimiento en un pedazo de papel, a mis padres, a mi familia, a mis compañeros de equipo, al personal de los Yankees y, sobre todo, a los fanáticos de los Yankees. No quiero quedarme sin palabras en este momento.

Finalmente me dicen: “Te toca ahora, Mo”.

Hay un **aglomerado** de personas en el Monument Park, el museo detrás del muro del jardín central donde los Yankees exhiben los números retirados de sus mejores jugadores, así como el número 42, el cual vistió Jackie Robinson, el primer afroamericano que jugó en el béisbol de las Grandes Ligas.

Debido a su **aportación** extraordinaria, el béisbol retiró el número de Robinson en el 1997. Pero al momento, había trece jugadores que aún vestíamos el 42. Se nos permitió seguir vistiendo ese número hasta el final de nuestras carreras.

Soy el último jugador activo que aún viste el 42.

Atesoro el poder haber honrado al Sr. Robinson de esta manera.

Ahora, en el Día de Mariano Rivera, el número 42 del Sr. Robinson, pintado en el azul brillante del equipo para el cual jugó, los Dodgers, ha sido reemplazado con una placa de bronce y se le ha dado un lugar **prominente** de honor en el Monument Park.

En el lugar donde ha estado colgando su placa, al final de una hilera de números ya retirados por los Yankees —el 4 de Lou Gehrig, el 3 de Babe Ruth, el 5 de Joe DiMaggio— hay un nuevo 42, pintado en el azul Yankee contra un fondo de rayas.

Es *mi* número 42 el que los Yankees están retirando en el Día de Mariano Rivera. Debajo del número hay una placa que dice:

MARIANO RIVERA

A “Mo” se le considera el mejor cerrador en la historia del béisbol. Vistió las rayas durante toda su carrera, desde el 1995 hasta el 2013, y se convirtió en el líder de partidos lanzados de la franquicia. Brillando bajo presión, acumuló la mayor cantidad de juegos salvados en la postemporada. Nombrado en trece ocasiones al Juego de Estrellas, se retiró siendo el líder de todos los tiempos en partidos salvados.

Siento que el corazón se me va a salir del pecho. “Guau”, digo en voz alta. Me siento tan honrado.

“¿Qué hago aquí?”, **digo para mis adentros**. ¿Cómo podría estarle sucediendo esto a un muchacho flaco de una pobre aldea pesquera al sur de Panamá, un muchacho que ni siquiera tenía guante cuando hizo su prueba para los Yankees?

Sigo asombrado.

En el jardín, la banda de rock *Metallica* está tocando su canción “Enter Sandman” (Entra Sandman). Es la música de entrada que los Yankees tocan siempre que entro a cerrar un partido. Alzo mi puño hacia la banda. No soy fanático de la música *heavy metal*, pero la banda y yo siempre estaremos **entrelazados** por esta canción.

Camino desde el campo exterior hasta el **montículo**, donde hay más personas que quieren decir adiós, y más tributos.

Estas despedidas formales se han estado llevando a cabo a lo largo de toda la temporada: la Gira de Despedida de Mariano Rivera. Sin duda, hay equipos, como los Mellizos de Minnesota, contra quienes siempre lancé bien, que se alegrarán al ver que me voy. Los Dodgers de Los Ángeles me dan una caña de pescar. Los Rangers de Texas me dan un sombrero de vaquero y unas botas. Los Yankees también me tienen un regalo especial: es una mecedora.



Por fin me entregan un micrófono. ¿Qué podré decirle yo a este público de cincuenta mil personas que exprese lo que ellos, lo que mi carrera y lo que el ser un Yankee de Nueva York han significado para mí? Se me olvida por completo la nota que llevaba en el bolsillo de atrás, pero me acuerdo de darles las gracias

a mi familia, a mis compañeros de equipo y, sobre todo, a los fanáticos. Me empiezo a quedar corto de palabras, así que digo las dos palabras más cercanas al corazón de cualquier jugador o fanático del béisbol:—
¡Play ball!



Derek Jeter, quien ha sido mi compañero durante dos décadas, desde que jugábamos Doble A en Greensboro, Carolina del Norte, me da un abrazo y un **espaldarazo**.

—Te mantuviste bastante bien —me dice—. Creí que ibas a llorar.

No lloré.

No en ese momento.

Las lágrimas llegarían, eventualmente, pero no serían lágrimas de tristeza. Serían lágrimas de gozo del hijo de un pescador cuyos sueños no tan solo se hicieron realidad, sino que llegaron más grandes de lo que jamás se hubiera atrevido a imaginar.

El hijo de un pescador

Uno no juega con los machetes. Aprendo eso desde niño, décadas antes de haber oído acerca de una recta cortada, mucho menos lanzar una. Aprendo que uno no toma el machete para comenzar a hacer swing con él como si fuera un bate de béisbol o un palo de escoba. Tienes que saber cómo usarlo, conocer la técnica correcta y, de ese modo, ser eficiente y no complicarse. Si me lo fueras a preguntar, te diría que este es el modo correcto de comportarse en todos los aspectos de la vida.

No te compliques.

Mi abuelo, Manuel Girón, me enseña todo lo que sé sobre usar un machete. Salimos a los **cañaverales** y me enseña cómo agarrarlo; cómo doblar mis rodillas y mover el **filo** para que esté alineado con la superficie que quieres cortar; no un golpe al azar, sino algo más preciso. Tan pronto lo domino, corto todo nuestro césped con un machete. El césped no es muy grande que digamos, se parece más en tamaño a un montículo que al jardín, pero aun así corto cada pulgada cuadrada a filo de machete. Me echo una hora, tal vez dos. Nunca me **apresuro**. Se siente bien cuando termino.

Una mañana, a finales de marzo del 1990, no llevo el machete conmigo cuando salgo al amanecer, respirando como de costumbre el fuerte olor a pescado que proviene de la costa cercana a mi casa. No me hará falta el machete, ni ese día ni el que le sigue.

Tengo veinte años de edad. Acabo de firmar un contrato para jugar béisbol para los Yankees de Nueva York. No estoy seguro de lo que esto significa, pero tengo esperanza: esperanza de que mis días de cortar el césped con el machete, o de trabajar en el barco de pesca de mi padre, han llegado a su fin, aunque sea siquiera por un ratito.

Unas semanas antes, un **buscatalentos** de los Yankees llamado Herb Raybourn se sentó a la mesa en la cocina de la casa de mis padres. Era una casa de cemento de dos habitaciones a unos pasos de la playa en Puerto Caimito, la aldea de pesca donde he vivido toda mi vida. Mis padres duermen en una alcoba y los cuatro hijos dormimos en la otra. Tenemos un par de pollos en el patio de atrás. No hay un cable extendido sobre nuestra casa para un teléfono, no tenemos uno, pero sí hay un árbol cuyas ramas cuelgan bien cerca del techo de zinc cuando se cargan de mangos.

Antes de la llegada de Herb, le digo a mi padre que un gringo viene de camino para ofrecerme una oportunidad para jugar béisbol profesional. Mi padre acepta escuchar lo que el señor Raybourn tenga que decir. Resulta que Herb es panameño y habla español, aunque parezca blanco. Coloca unos papeles sobre la mesa de la cocina.

—Los Yankees de Nueva York quisieran **extenderte** un contrato y te pueden ofrecer dos mil dólares —dice Herb—. Creemos que eres un joven con talento y un futuro brillante.

Herb añade que los Yankees incluirán un guante y unos ganchos de béisbol en su oferta. Al momento me estoy ganando cincuenta dólares por semana en el barco de pesca de mi padre.

—Como tienes veinte años de edad, no te vamos a enviar a la República Dominicana como hacemos con los adolescentes —afirma Herb—. Te vamos a enviar directo a Tampa para el entrenamiento **primaveral**.

La manera en que lo dice me hace pensar que el ir a Tampa (me pregunto, ¿en dónde queda Tampa?), en vez de ir a la República Dominicana, podría ser una buena noticia; pero no reacciono, porque no quiero que el señor Raybourn se dé cuenta de lo **ingenuo** que es su más reciente contratado. Puede que jamás haya oído de Tampa, pero tampoco conozco acerca de la República Dominicana. Lo más lejos que he estado de casa es en la frontera con Costa Rica, un viaje de seis horas en automóvil en dirección al oeste.

Esto es lo bien poco que entiendo acerca de cómo trabaja el béisbol profesional: me creo que si firmo con los Yankees seguiré jugando en Panamá. Me imagino que me mudaré a Ciudad de Panamá, obtendré un uniforme que se vea mejor, junto con un buen guante y un par de zapatos que no tengan un agujero en el dedo gordo del pie,

como los que me puse para mi prueba con los Yankees. Podré jugar béisbol, ganarme un poco de dinero y entonces realizar mi verdadera meta: convertirme en un mecánico. Soy bastante bueno arreglando cosas. Me gusta arreglar las cosas. Si puedo ganar dinero jugando béisbol, tal vez podría **ahorrar** lo suficiente como para ir a la escuela de mecánicos.

Lo que conozco acerca de las Grandes Ligas es casi nada. Sé que Rod Carew, el mejor jugador de béisbol en la historia de Panamá, jugó allí. Sé que hay dos ligas, la Americana y la Nacional, y que hay una Serie Mundial al final de la temporada. Nada más. Ya estoy en las Grandes Ligas cuando oigo a alguien mencionar el nombre Hank Aaron por primera vez.

—¿Quién es Hank Aaron?—pregunto.

—No puedes estar hablando en serio —dice el hombre.

—Sí, lo estoy. ¿Quién es Hank Aaron?

—Es el líder de **jonrones** del béisbol de todos los tiempos, el hombre que pegó setecientos cincuenta y cinco jonrones para **rebasar** la marca de Babe Ruth —me dice.

—¿Quién es Babe Ruth? —vuelvo a preguntar.

El tipo mueve la cabeza con **incredulidad** y se va.

Así que Herb tiene que explicármelo todo con lujo de detalle, a un muchacho tan flaco como un palillo y completamente ingenuo:—No, no te vas a quedar en Panamá —me dice—. Cuando firmas con una organización de Grandes Ligas, te mudas a los Estados Unidos. Me aconseja que **invierta** un poco del dinero que me sobre en algunas camisas, ropa interior y una maleta para llevarlas. —Tal vez estés un poco nervioso porque no hablas inglés.

Esta es una **sutileza** enorme. No estoy nervioso. Estoy **aterrado**. Pero trato de disimularlo. No quiero que Herb se vaya a imaginar que no soy tan buen prospecto [candidato] a fin de cuentas.

Pasan las semanas. Llega el boleto de avión a Tampa. Ahora esto se está poniendo en serio.

Llegó la hora.

—Vamos, Pili —dice mi madre.

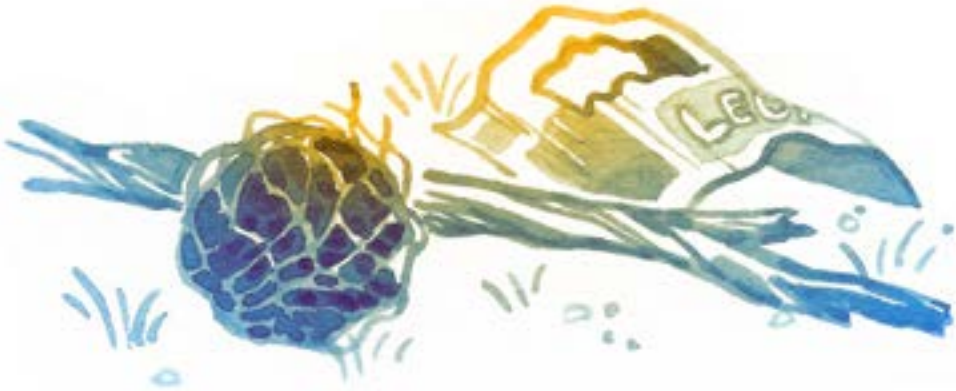
Pili es el sobrenombre que me puso mi hermana, Delia, cuando yo era bebé. Nadie sabe por qué. Es el nombre con el cual mi familia me ha llamado durante toda mi vida.

Mi padre enciende nuestra camioneta, llamada “Turbo”. Tiene diez años, está mohosa y maltrecha, y en nada se asemeja al ideal de un auto de carreras. Pero para nosotros es Turbo.

Clara Díaz Chacón, mi novia, está sentada al frente, entre mi padre, Mariano, y mi madre. Tiro mi nueva maleta en el cajón y luego entro, junto a mi primo Alberto. Mi padre pone a Turbo en marcha atrás y salimos de la entrada de la casa hacia Vía Puerto Caimito, la única carretera que entra y sale de nuestra **aldea**, y la única carretera que está **pavimentada**.

Pasamos por Chorrera, una ciudad más grande a cinco millas al este, en donde asistí, brevemente, a la secundaria. Luego atravesamos un camino curvado y agrietado, pasando cabras y plantas de plátanos y secciones de selva.

Ya sé a hacia dónde vamos: al Aeropuerto Internacional Tocumén en Ciudad de Panamá, pero tengo mucha más **incertidumbre** respecto hacia dónde me encamino.



...

Seguimos de camino al aeropuerto. Vamos por la autopista principal. El aire cálido me acaricia el rostro en la parte de atrás de la camioneta, y me pongo cada vez más triste. Pasamos sembrados de mango y de piña y campos repletos de vacas, y es como si mi niñez me estuviera pasando también. Recuerdo cuando jugaba pelota en la playa con un guante hecho de un cartón de leche, un bate hecho de un palo y una bola hecha de redes de pesca bien apretadas. Me pregunto si he jugado mi último partido en El Tamarindo, un campo de tierra llamado así por el árbol de tamarindo cerca del plato del *home*. Pienso en lo que hubiera ocurrido si hubiese seguido jugando el fútbol, mi primer amor deportivo, tratando de rebasar a los defensores con la pelota pegada a mi pie (con o sin ganchos), imaginando que soy el Pelé panameño, un sueño que duró hasta que recibí un pelotazo en el ojo en medio de un partido y perdí la vista provisionalmente. Seguí jugando y, a los veinte minutos, subí para un remate de cabeza. Choqué con el otro muchacho y terminé en la sala de urgencias, donde el médico cerró la cortadura y me dijo que el ojo se veía muy mal y que tenía que ser visto por un especialista.

Después de eso terminó mi carrera futbolística.

Ahora estamos tan solo a media hora. Miro hacia la cabina de Turbo, a Clara sentada entre mis padres. Vivimos a tan solo un par de casas de distancia en Puerto Caimito; la he conocido desde la guardería. Dejó de hablarme cuando abandoné la escuela, tan decepcionada de que me salí así porque sí. Ella espera más de mi parte. El trato silencioso dura hasta una noche en que un grupo de nosotros estamos en un club de baile una noche y Clara y yo terminamos bailando. La amistad se convirtió en romance y, al terminar la música, nuestros ojos se encuentran y ella me toma la **muñeca**. Sé que me ha perdonado y sé que la razón por la cual ella estaba molesta conmigo era porque se tomaba nuestra relación en serio.

Después de dejar la escuela, paso mucho tiempo en los clubes de baile de Chorrera, cuando no estoy en alta mar en el barco de mi papá. Me encanta bailar; me dicen “Merengue Mariano”. El merengue es un baile popular en el Caribe y Centroamérica. No estoy cerrando partidos; tan solo cierro clubes.

Como en muchos clubes, la policía es un visitante frecuente porque las peleas son cosa común. Los muchachos **portan** picahielos o cuchillos. Una noche estoy con un grupo grande, quince muchachos, tal vez más. Uno de mis amigos se mete en una discusión con un muchacho que anda con su propio grupo grande. No sé cómo comienza, tal vez con una mirada o algún **piropo** hacia la chica de alguien, lo de costumbre. Se acalora la cosa. Está a punto de estallar cuando me **ubico** entre los dos.

—Muchachos, estamos aquí para bailar y divertirnos, no para pelear —les digo—. No hagamos nada **necio**.

Sacan pecho y se hacen los duros y se hablan malo el uno al otro, pero retroceden. Entonces alguien del otro grupo se abre paso hacia

el frente. Lleva un machete. Su mirada indica que lo quiere usar, y no para cortar el césped. Aparentemente quiere que siga la pelea, específicamente conmigo.

—¿Dónde está el flaco, el **pacificador**? —grita él, blandiendo el filo largo.

Ya estoy de vuelta entre la gente, pero lo oigo. No tengo arma, pero sí tengo sentido común y mucha velocidad. Echo a correr. El tipo me persigue, pero lo dejo atrás. Nunca me encuentra.

El ser perseguido por el muchacho con el machete me hace pensar. Cuando Clara y yo comenzamos a vernos con más frecuencia, salimos para disfrutar cenas tranquilas, o para recostarnos en la hamaca colgada entre dos árboles al lado de la casa de mis padres. Hablamos a cada rato y por fin me doy cuenta que nada bueno me va a suceder si me paso las noches bailando en los clubes.

Es Clara quien me hace entender que deseo alcanzar más cosas en la vida que ser un pescador de día y “Merengue Mariano” de noche.

...

Mi padre estaciona a Turbo en el aeropuerto. Alberto y yo nos bajamos del cajón. Todos caminamos hacia el terminal. Lo que está por suceder me pone nervioso.

Estoy dejando mi casa; dejando Panamá... dejando a Clara.

Desde este momento en adelante soy un jugador profesional de béisbol, de pies a cabeza mis seis pies de estatura y ciento cincuenta libras de peso. No sé cuánto durará. Ya no hay forma de **disimular** lo que siento; tengo miedo. Sé que me encanta jugar béisbol, pero no tengo idea de cómo vaya a compararme con los otros jugadores. No soy alguien que se preocupe mucho, pero sí soy realista. ¿Acaso hay

alguna otra persona que haya logrado este cambio de estar en un barco de pesca panameño a ser jugador de los Yankees de Nueva York?

—Vine a Puerto Caimito a ser pescador —me dice mi padre—. Comencé desde abajo, limpiando barcos, recogiendo basura, cobrando centavos, pero trabajé duro y subí, y finalmente me convertí en capitán. Tú harás lo mismo, Pili. No será fácil, pero trabajarás hasta llegar a la cima.

Le doy a mi madre un abrazo de despedida y estrecho la mano de mi padre.

No voy a ver a Clara por cinco meses. Se siente como si fuesen cinco años. Le digo a Clara cuánto la extrañaré. Le digo que le escribiré y que regresaré pronto. Trato de no llorar, pero lloro de todos modos.

Ella está llorando también. —Te amo, Pili. Estaré aquí, esperando tu regreso —me dice.

Paso por el mostrador y espero para pasar por seguridad. Oigo a mi madre decir: —Ahí va nuestro muchacho. Me pregunto a dónde lo llevará esto.

No miro hacia atrás. Si los miro, podría cambiar de parecer.

Suben hacia un pasillo donde pueden ver **despegar** el avión. Doy la vuelta y camino hacia un pasillo hasta **abordar** el avión. De pronto despegamos: el primer vuelo de mi vida. Mis lágrimas están casi secas. No miro hacia atrás.



Notas de Mo

Escuela del béisbol

Al béisbol se le conoce como el “pasatiempo nacional” de los Estados Unidos, pero los jugadores latinoamericanos se han convertido en parte **integral** del deporte. Al comienzo de la temporada del 2013, casi una cuarta parte de los jugadores en la matrícula de las Grandes Ligas de Béisbol provenía de América Latina, incluyendo algunos de las estrellas más grandes del deporte: Miguel Cabrera, David Ortiz, José Reyes, Albert Pujols y Robinson Canó.

Los jugadores latinos vienen de lugares como Venezuela, México, Puerto Rico, Cuba y Panamá, pero no importa de qué lugar los encuentre el buscón (otra palabra para escucha o buscatalentos), el primer destino para casi todos los prospectos [candidatos] latinos es la República Dominicana, donde cada equipo de las Grandes Ligas tiene a cargo su propia academia de béisbol, con sus dormitorios, terrenos de juego, facilidades de entrenamiento, casas club y salones de clases. No es sorpresa que el país **foráneo** con la mayor cantidad de jugadores en las matrículas sea la República Dominicana, un país pobre que ocupa la mitad de la isla de La Española en el Caribe. A un pueblo pequeño en Dominicana se le llama “la cuna de los campo corto”, porque algunos de los mejores jugadores del cuadro nacieron allí, incluyendo Canó, Alfonso Soriano, Luis Castillo y Juan Samuel.

Aunque el enfoque principal de las academias es **refinar** el talento beisbolero, hay también programas educativos, incluyendo la instrucción del idioma, para ayudar a los adolescentes hispanoparlantes a prepararse para el éxito, sea en los Estados Unidos o una vez sus carreras hayan terminado.

Entonces, ¿por qué me daría a entender Herb Raybourn que tuve suerte al no parar en Dominicana?

Bueno, contrario a los muchachos estadounidenses, los reglamentos de las Grandes Ligas permiten a los equipos contratar a jugadores latinos antes de que terminen la escuela secundaria, tan jóvenes como de dieciséis años de edad, cuando sus cuerpos y sus destrezas no están aún **plenamente** desarrollados. En tiempos pasados, eso permitió que muchos equipos contrataran talento de primera a precios de remate. Pocos prospectos estadounidenses firmarían por un bono de tan solo veinte mil dólares. Los buscones han sabido firmar a cuatro muchachos latinos de dieciséis años a ese precio. (¡Yo me **gocé** con \$2,000 en el 1990!).

Como resultado, la competencia es **feroz** para “graduarse” de estas academias. Menos de la mitad de los prospectos en Dominicana salen de la isla para ir a jugar a las ligas menores en los Estados Unidos. Por eso, como tenía veinte años y se me consideró “demasiado viejo” para la academia de los Yankees, brinqué un paso donde empiezan, y terminan, las carreras de muchos prospectos.

La emoción de las cosas

Ángeles Mastretta



Memoria de agua

En la foto con que abre la pantalla del **artificio** en que escribo, la niña que fui mira a lo lejos desde un recodo en el brazo de su padre. Tiene la espalda **erguida** y los ojos **albeando**. La mano del papá la sujeta contra él para que no se caiga. Y se ve tan en paz, tan presa del instante que la arropa, desde el que se permite la curiosidad que aún tiene.

Acercándose debió estar mi madre. A ella es a quien miro, a quien señala el dedo del hombre con quien duerme. Su esposo desde hacía veintiséis lunas. La estampa debió tomarla mi abuelo, que por esos años entró en la fiebre de la fotografía. Y que desde entonces tuvo **predilección** por la niña.



Adivinar de dónde saco yo que ese instante es el primer recuerdo de mi vida. Aunque soy memoriosa de lo remoto, debí tener entonces quince meses y medio porque, de ese mismo día, hay otra foto de mi hermana, casi recién nacida. Y quince meses pasaron entre mis cincuenta años y los suyos.

Dicen que no es posible guardar los recuerdos de esa edad, así que mi memoria de aquel día es inventada, como tantas otras. Viene de siempre porque desde siempre ha estado, por mis **rumbos**, la estampa en la que aún vive esta niña a la que carga su papá, que a lo lejos ve venir a su madre, con su hermana arrullada en un abrazo. Esta niña cuyo retrato guardó el jefe del clan en una cámara alta y enigmática.

No sé cómo pasó, tan rápido, el tiempo entre ese instante que miro y este que ahora me mira **desconfiando** del acierto con que puedo **evocar**. Estábamos en Valsequillo, un lago formado con el cauce del río Atoyac, detenido, de golpe, por el muro de piedras rojas con el que se construyó una presa para darle a toda esa zona el agua que urgía en las secas.

No estoy muy abrigada, habrá sido marzo. Teníamos un velero, una canoa india y una lancha de motor. En realidad quien los tenía era mi abuelo, al que le fascinaban el agua y el deporte, gustos que entonces no eran comunes. La presa aún estaba para ser un servicio más que una diversión. Por eso no hay nadie **cursando** sobre el agua en que parece bailar la niña que, en la tercera foto, se detiene del mástil de un velero, dándole la vuelta con un brazo mientras con el otro levanta un **rehilete**. Es en la tarde, porque el lago tiene una línea clara que va dejando el sol mientras se guarda. No se ven tras la niña sino el agua y el horizonte, no hay nada más, porque casi no había nada más que nosotros, nada más que la casa de mis abuelos, como dibujada en mitad de un paisaje para ella sola.



Pocos años después, el lago se volvió un paseo y las orillas se apretaron con cabañas y embarcaderos. Lo rodeaban los montes chaparros que por siglos fueron las cimas de un **acantilado**. Entonces, abajo corría el agua de un río limpio y dormía un pequeño pueblo cuyos habitantes tuvieron que mover sus vidas a otra parte para que allí y a todos lados llegara el progreso, de cuyo **pregón** tanto dinero entró a las arcas de quienes gobernaban. Pero eso había pasado cinco años antes de esas fotos en blanco y negro por las que hoy se filtra una emoción trastornada.

Todo el mundo tiene un río en su infancia. El de la mía era limpio y cuando una andaba sobre las piedras grises podía mirar sus pies bajo el agua. El brazo del Atoyac forma la presa de Valsequillo, un sueño que acompañó toda mi niñez. Cerca del agua jugábamos los domingos. Cada familia llevaba una canasta con su comida, y todas se ponían sobre la mesa para que cada quien comiera lo que fuera queriendo. Yo casi siempre quise de la nuestra; algo de **sectarismo** había en mi paladar y mis maneras. A veces llevábamos arroz: la tapa del sartén amarrada con un trapo para que no se abriera. Y alguna verdura. Pero siempre había algo distinto. Mi mamá hacía el mejor pastel de manzana del que se tuviera noticia, y el mejor del que yo tenga noticia. He probado docenas de distintos pasteles en cien partes del mundo y ningún postre existe que sepa como aquel. Si la patria es el sabor de las cosas que comimos en la infancia, la mía tiene manzanas y canela en buena parte del mapa.

Durante la semana, no existía en nuestras vidas ni la sombra de un refresco embotellado, salvo esos del domingo a mediodía. Tanto tiempo ha pasado y hace tanto que un doctor me prohibió la cafeína tas verme convulsionar a medianoche, que, de repente, si alguien destapa una Coca fría que como una **reliquia** aún está en botella de cristal, pido que me deje oír el ruido que hacen las burbujas y oler una flor de la infancia.

Quizá la infancia no se terminó sino hasta que tuve la primera gran crisis de epilepsia. No la llamaron así entonces. Al menos no mis padres que, siete años después, seguían llamándola desmayos, creyendo que en sus voces no se notaba el **desaliento** escondido en algo incomprensible.

Yo había dejado de ser una niña con gracia al convertirme en una adolescente **estupefacta** que no entendía por qué los quince años tenían esa condición incómoda, casi dolorosa. Mientras, el lago empezaba a ensuciarse y a oler feo de repente. En siete años más, cuando murió el padre de la niña y el mundo todo se **trastocó** de golpe, Valsequillo iba ya perdiendo el oxígeno de su agua. Ahora, cuarenta años después, son muy pocos los atrevidos que se dejan mojar por el lago. Alrededor siguen las casas, y los fieles van a verlo de lejos, en las tardes.

Odio hablar del pasado como algo mejor que se perdió en la nada de un presente **baldío**. No creo en eso. Pero el agua en la presa de entonces era limpia. Ahora solo es de plata porque el sol irrumpe igual sobre la superficie y desde arriba lo ilumina idéntico; tanto, que si uno se descuida, ve subir a un hombre cargando las velas de su catamarán. A lo mejor aún anda por ahí mi abuelo Sergio.

Temblar como las estrellas

Los emigrantes son polvo de estrellas, sal de la tierra, árboles con alas.

Nosotros, los Mastretta de México, somos nietos de un inmigrante. ¿Y de dónde venimos?

Cuando uno empieza a pensar en esas cosas ha empezado a envejecer. Yo, la nieta de Carlo Manstretta Magnani, el italiano que

vino a México en busca de una certidumbre y encontró el azar y a una mujer de nombre Ana como la mejor fortuna, he convertido en un **hábito** la curiosidad por el pasado. Busco una respuesta en el recuerdo de quienes ya no viven, la busco en los ojos y las historias de quienes también llevan y traen mi sangre. Esos a los que, con dulzura, llamamos familia.

Hablando entre nosotros, imaginamos cómo eran la tierra y los sueños en que nacieron aquellos que no tenían idea de dónde estaba el país en el que naceríamos, en el que han nacido nuestros hijos, soñarán nuestros nietos, los descendientes de un hombre que dejó la tierra suave de las uvas y los montes, el río iluminado que sigue siendo el Po, y vino a quedarse aquí, bajo dos volcanes de nombre **arisco** y entre hombres y mujeres que nada sabían del sueño que lo movió a dejar su patria.

Recuerdo muy poco del abuelo Carlo, murió cuando yo tenía cuatro años, pero aún me conmueve el **atisbo** de la memoria en que lo guardo.

Me llevaba mi padre a saludarlo en domingo y yo, que tenía a la altura de mis ojos los papeles de su escritorio, miraba hacia arriba y le decía: “Buon giorno, nonno”. Entonces él, creo, me miraba como a un juguete, y antes de despedirnos ponía en mis manos una moneda de plata.

Años más tarde, mi padre, detenido cerca del lavabo en que yo enjuagaba los dedos bajo una llave, me dijo como quien recupera de golpe un paisaje remoto: “Tienes manos de campesina italiana”.

Él hablaba muy poco de Italia. Uno creía que



para olvidarla, pero ahora sé que era solo para no perderla en palabras, para que todo aquello fuera suyo como algo íntimo e **irreprochable**, como un amor del que nadie pudiera **encelarse**, o un recuerdo que no se nombra por miedo a perderlo. ¿Para qué contar las heridas y el gozo de antes si cuando otros los oigan entenderán tan poco?

Yo tenía entonces y ahora manos de campesina italiana. En un tiempo las hubiera usado para cortarle frutos a una **vid**; hoy y en el nuevo país de nuestro abuelo las uso para escribir, para contar el mundo en un idioma que no es el suyo, para ser mexicana como nunca seré italiana.

Soy, en Italia, una *scrittrice messicana*, y cuando respondo a las entrevistas o tengo que expresar pensamientos más sofisticados que los necesarios para pedir una pasta en Stradella, lo hago sin duda, con alegría y sin remedio, en español.

Ese idioma aprendí de Carlos Mastretta Arista y ese idioma aprendieron los hijos de sus hermanos Marcos, Carolina, Catalina, Teresa y Luis Mastretta Arista. Ahora mismo, para hablar con nuestros primos, los Mastretta de Italia, nos hacemos de un lenguaje tropezado y al mismo tiempo entrañable que aprendimos en la Dante Alighieri o en el camino hacia atrás que, como le digo a Verónica, mi hermana, siempre es **arduo**.

Nombro a Verónica y vuelvo a preguntarme cuál será el destino del apellido Mastretta que llevamos. Es el segundo de nuestros hijos, será el cuarto de nuestros nietos, el octavo de nuestros bisnietos. En cambio seguirá siendo el primero de los hijos de mis hermanos y el primero de sus hijos y sus nietos y sus bisnietos y sus tataranietos.

Ninguno de los hijos de Carlo Mastretta y Ana Arista vive. Mi padre podría tener cien años; una edad casi infinita para mis hijos. Sin embargo, hay quien vive más de cien: el Titanic bajo el océano, el

hotel Palace en Madrid y las galletas Oreo, todavía **redivivas** en cualquier **anaquel**. Qué daría yo por haber contado siquiera los sesenta de mi padre que murió a los cincuenta y ocho, a la edad exacta que tengo ahora, sin haberme contado ni una **pizca** de su vida en Italia.

Siempre necesitamos saber, cuando ya no podemos. Y cuando más nos urge, porque también nosotros, como nuestros abuelos, como los hijos de todo emigrante, somos polvo de estrellas. Y de la misma manera, al recordar, temblamos como tiemblan las estrellas.



De campesino a astronauta

José M. Hernández



La visita de una maestra

Para cuando entré a primero de primaria y comencé a entender el inglés, estaba aprendiendo mucho más. Ahora iba a la escuela de tiempo completo, con el mismo horario que mis hermanos; pero había otros retos.

Pops siempre estaba buscando trabajo, por lo que teníamos que mudarnos mucho. Íbamos a dos o tres escuelas distintas al año. Nuestro año escolar en California en realidad empezaba en febrero. Pasábamos el invierno en México hasta que Pops nos metía, a los cuatro niños y a Mamá, en el auto para hacer el viaje de dos días al sur de California. Íbamos todo el camino **apretujados** en el asiento trasero de nuestro sedan.

Como yo era el menor y decía sentirme mareado, me dejaban sentarme junto a la ventana la mayor parte del camino. Durante el largo viaje, pasaba el tiempo fingiendo ser un explorador que se aventuraba hacia lo desconocido. Era más realista por la noche, cuando solo podía ver las estrellas y la luna. Durante esos viajes, la luna y las estrellas me llamaban.

En esos viajes a California, Mamá siempre llevaba una canasta llena de tortas, preparadas con pan francés, jamón, frijoles, crema agria, lechuga, tomate y queso. Para los adultos, solía añadir rajas de chiles jalapeños en vinagre. Comíamos nuestras tortas con refresco o agua.

—No beban mucho —decía Pops—, porque no quiero detenerme mucho para ir al baño.



La segunda comida durante el viaje solía ser tacos de frijoles, papa y carne de res o puerco, fritos. Crujían al morderlos. Si íbamos hacia México, el menú incluía algo más: sopa. Pops siempre se aseguraba de empacar varias **hogazas** de pan Wonder y muchas latas de sopa de fideos con pollo Campbell's. Las comíamos cuando se nos acababan los tacos y las tortas. Cuando Pops notaba que teníamos hambre, se detenía a un lado de la carretera, abría el cofre del auto y, con cuidado, colocaba tres o cuatro latas de sopa sobre el motor. Luego cerraba el cofre y continuaba conduciendo. Unos treinta minutos más tarde se detenía de nuevo, sacaba las latas, las abría y **vaciaba** la sopa caliente en vasos. A cada uno de nosotros nos daba uno, con una cuchara de plástico y tres rebanadas de pan. Después seguíamos nuestro camino.

Mi papá seguía conduciendo hasta bien entrada la noche y se detenía a la orilla del camino solo cuando ya estaba completamente **exhausto**, generalmente a la una o dos de la madrugada. Recuerdo que Pops me despertaba a las 5:30, cuando encendía el motor y seguíamos el viaje.

Aunque Mamá y Pops no habían pasado del tercer grado en la escuela, los unía la meta de dar una educación a sus hijos. No sabían

a dónde nos llevaría esa educación, pero seguramente nos permitiría tener más oportunidades que el trabajo **agrícola**.

Recuerdo trabajar en los campos los fines de semana, cuando no estábamos en la escuela. Nos despertaban alrededor de las 4:30 de la mañana, y nos vestíamos a toda prisa para acompañar a Mamá y a Pops en su día de trabajo en los campos de fresas cerca de las zonas de Ontario-Chino, en el sur de California. Por lo general, el trabajo comenzaba al amanecer y terminaba cerca de las 2 de la tarde. Nos pagaban de acuerdo al número de cajas de fresas que cosechábamos.

Mamá me permitía quedarme cerca del auto un poco más tiempo que a los demás, porque era el menor, pero Pops no quería que me tratara como a un bebé. Le dijo que si podía caminar, podía cosechar fresas. Era un trabajo pesado: tenía que agacharme para recogerlas y sentía que se me dormían las piernas. Al ponerme de pie, la sangre se me **agolpaba** en las piernas y me hacía sentir aturdido. Era demasiado pequeño y lento para que me dieran mi propio surco, así que seguía a Mamá como una sombra y cosechaba del mismo surco que ella. Así me convertí en el **mandadero** designado: iba por agua, iba al auto por los tacos, iba por los refrescos. Era un trabajo que agradecía, ¡porque cualquier cosa era mejor que recoger fresas!

A principios de la primavera, Mamá y Pops trabajaban cosechando lechugas cerca de la ciudad de Salinas, en el centro de California. Seguían llevándonos a los campos los fines de semana, pero teníamos que esperar en el auto hasta que hubiera suficiente calor para salir a jugar. Durante la cosecha de lechuga, muchas máquinas recorrían el campo, así que no se



permitían niños por razones de seguridad. La maquinaria incluía un aparato grande y largo que cubría doce surcos de lechuga y se movía de lado a lado entre estos. Detrás del aparato iban doce personas, usualmente hombres, recogiendo las lechugas y tirándolas a una banda transbordadora. En la banda, ellos **sorteaban**, lavaban, embolsaban y empacaban las lechugas en cajas. Cuando llenaban una caja, esta se ponía en otra banda transbordadora que se extendía hacia un camión de plataforma que los seguía. Allí los trabajadores rápidamente, pero con cuidado, subían la caja a otros camiones de plataforma donde la sellaban y etiquetaban, y ordenadamente la apilaban con otras cajas. Cuando se llenaba el camión, aparecía otro y se colocaba para recibir la carga mientras que el camión con las lechugas empaquetadas se iba al centro de distribución refrigerado. La cosecha de otros tipos de lechuga, como la lechuga **orejona** y la miniorejona, es muy parecida pero con algunas diferencias, ya que la miniorejona no se pone en bolsas individuales sino en una caja con un forro de plástico.

Estacionaban el auto bajo un gran **macizo** de árboles que nos daban mucha sombra y nos protegían de los fuertes vientos que soplaban en la zona. Mientras esperábamos a nuestros padres, jugábamos al escondite, a las atrapadas o a la rayuela. El tiempo parecía volar. Antes de que nos diéramos cuenta, Mamá y Pops aparecían, cansados pero felices de que no hubiéramos atraído atención indeseable. Después de un mes o dos, empacábamos nuestras cosas y viajábamos unas horas al norte, a la zona de Stockton-Modesto-Tracy en el Valle Central. Ahí pasábamos unos cinco meses mientras mis padres trabajaban en la cosecha de varias frutas y verduras. Y por supuesto, nosotros trabajábamos a su lado los fines de semana y siete días a la semana en verano. Llegábamos a fines de abril y no volvíamos a México hasta el final de la cosecha, que era a principios de noviembre. Ahí terminábamos un año escolar y empezábamos el siguiente.

...

La alarma de mi dormitorio en el cuartel de la tripulación me despertó de mi sueño profundo. La había programado para las 6:30 de la mañana. Era miércoles 26 de agosto de 2009. Desperté más relajado que el día anterior, porque sabía que las únicas actividades que teníamos planeadas eran reuniones relativas al estado del Discovery y el sensor **defectuoso** de la válvula de combustible. Había programado la alarma para que sonara un poco más temprano que de costumbre, para poder salir a correr cinco millas. Aunque el cuartel de la tripulación tenía un gimnasio con un par de caminadores y bicicletas fijas, prefería correr afuera. Algo de ese cambio de escenario me hacía sentir que correr en el exterior era mejor ejercicio que las mismas millas en la caminadora. Después de mi rutina de ejercicio y una ducha rápida, me reuní con algunos compañeros para desayunar. Nuestro comandante ya estaba en una reunión, recibiendo informes sobre el estado de las obras, y pronto nos unimos a él. Esa noche, después de la cena, nuestro comandante decidió que veríamos una película juntos, como equipo. Era aficionado a los westerns y a Paul Newman, así que decidió que veríamos *Cool Hand Luke*. La cita más memorable de la película fue: “Lo que tenemos aquí es una falla de comunicación”. Solo puedo suponer que el comandante no solo quería que disfrutáramos una película, sino también transmitirnos que la comunicación entre la tripulación era de la mayor importancia, y que no comunicarse con eficacia podía ser **letal**. “Sin duda una buena lección”, pensé.

Después de la película nos retiramos a dormir. Acostado en mi cama, volví a pensar en mi niñez. Esta vez recordé la última parada familiar del año en nuestro viaje al norte, en Stockton, California.

Era junio y el año escolar casi había llegado a su fin. Me emocionaba haber terminado el primer año y estaba orgulloso de poder entender casi todo lo que decía la maestra. Estaba **ansioso** de que llegara septiembre, cuando entraría a segundo. Mis compañeros estaban felices porque llegaban las vacaciones de verano, pero yo no estaba tan emocionado, pues sabía que volveríamos a trabajar en los campos los siete días de la semana. A finales de abril, cuando llegamos a Stockton, los pepinos fueron el primer cultivo de la temporada. Los cosechan equipos de unas cuarenta personas, que trabajan en varios campos al día. Un cosechador tomaba una **hilera** de plantas y la recorría de pie, pero **encorvado**, llenando y arrastrando un balde de metal. Una vez lleno el balde, el trabajador debía llevarlo a toda prisa al final de la hilera, donde había un tractor que transportaba cuatro contenedores de madera. El peón vaciaba su balde de pepinos en uno de estos contenedores. Después de que otro trabajador se aseguraba de que no hubiera incluido tallos de las plantas, ni pepinos demasiado grandes o demasiado maduros, le entregaba al peón una ficha con valor de cincuenta centavos. Mientras más baldes recogías, más dinero ganabas.

El trabajo era extenuante. El campo era frío y lodoso en las primeras horas del día, y se iba volviendo caliente y húmedo. Una de las cosas que siempre era necesario evitar era pisar un pepino grande o maduro: ¡si lo hacías, el pepino podrido despedía un olor asqueroso que podía hacerte vomitar!

Se cosechaban los campos más o menos cada tres días. Una vez cosechado un campo, se regaba de inmediato. El corto tiempo entre sesiones de cosecha no permitía que la tierra se secara por completo. Esto significaba que los campos seguían húmedos por la mañana, y nuestros pantalones se mojaban y enlodaban; pero no tardaban en secarse al sol. Entre los niños Hernández, la marca de honor no

correspondía a quien cosechara más cubetas de pepinos, sino a quien, una vez en casa, pudiera quitarse cuidadosamente los jeans y ponerlos de pie por sí mismos. Yo siempre ganaba esta competencia, porque por las mañanas, cuando nadie me veía y ya estaba acalorado por recoger varios baldes de pepinos, me ponía a rodar en el suelo, a medio surco, para **enlodar** mis pantalones por completo. ¡Cuando se secaban, hacia el final del día, casi siempre eran los más tiosos de todos!

Después de la temporada de pepinos, recogíamos **betabeles**; luego, cerezas y duraznos de los huertos. Después, tomates verdes. Terminábamos la cosecha con la temporada de uvas.



...

Mi alarma sonó y me despertó de una noche de sueño reparador. Una vez más, la había programado para las 6:30 de la mañana. Era jueves 27 de agosto de 2009. Me sentía un poco cansado, quizá por haber corrido el día anterior, o quizá por haber pensado tanto en el trabajo de campo de mi niñez. Como fuera, decidí salir a correr mis últimas cinco millas antes de nuestra misión. “¡Un día más y nos vamos al espacio!”, pensé.

Pensé que el día sería una repetición del anterior: un buen desayuno, reuniones toda la mañana, comida, más reuniones, cena y una película. Aún estábamos en cuarentena y no se nos permitía vagar en los alrededores de la base (**a menos que** saliéramos a correr), y mucho menos ir a la ciudad. Después de todo eso, una vez más, me acosté en la cama a recordar la vida de mi familia como trabajadores migrantes.

...

Era el verano de 1969, y un verano de trabajo muy duro, cuando empecé el segundo año en la Escuela Primaria Fillmore, en el este de Stockton. La escuela estaba a poco más de una milla de la casa que alquilábamos. En esos tiempos era de esperarse que uno caminara a la escuela si solo estaba a una milla de distancia. Ahora creo que los padres se meterían en problemas por poner a sus hijos en peligro ¡por caminar una milla hacia su escuela! Supongo que eran otros tiempos.

El segundo año fue emocionante. Tenía una maestra nueva, la señorita Young, una hermosa joven asiática-americana llena de entusiasmo. No tardó en notar que me costaba trabajo entender el inglés, por lo que dedicó mucho de su tiempo libre a asegurarse de que entendiera las lecciones.

—Y bien, muchacho, ¿cuál es tu materia favorita? —preguntó la señorita Young.

—Matemáticas —respondí con entusiasmo—. Es fácil para mí, y $1 + 3 = 4$ es igual en español que en inglés.

—Hmm. ¿Qué más?

—Bueno, me encanta mirar las estrellas y la luna por la noche... y sobre todo al amanecer.

—¿Al amanecer? ¿Qué haces despierto al amanecer?

—Pues... es cuando salimos a trabajar a los campos. Mi padre nos lleva, y cuando llegamos soy el primero en salir del auto para que mis ojos se adapten a la oscuridad. Tengo unos cinco o diez minutos para mirar las estrellas y, si tengo suerte, ¡a veces veo una estrella **fugaz!**

Un día, antes de que sonara la campana para que nos fuéramos a casa, la señorita Young me llamó a su escritorio y me entregó un gran libro de tapas duras.

—Esto es para ti —dijo—. Como te gusta mirar las estrellas, pensé que te gustaría un libro de astronomía.

Con ansias, recorrí las imágenes de planetas y galaxias que contenía el libro.

—El libro es para que te lo quedes, José, pero solo tienes que prometerme que lo leerás.

—¡Sí, gracias! —respondí.

Ese día fui directo a casa. Después de terminar mi tarea, me **sumergí** en mi nuevo libro, titulado *El sol, la luna y las estrellas*. ¡Debo haber leído ese libro un par de cientos de veces en los años que

siguieron! Nuestra familia se mudó muchas veces y le perdí la pista al libro, pero apuntó mi vida en la dirección correcta.

Un día de principios de noviembre, mientras nos levantábamos y comenzábamos a prepararnos para ir a la escuela, Pops hizo su **anuncio** anual:

—Muchachos, volvemos a México la próxima semana. Por favor pídales a sus maestros que preparen tres meses de tarea.

Mamá y Pops creían en la educación; siempre íbamos a la escuela mientras estábamos en California, pero sabían que inscribirnos a la escuela en México nos confundiría y nos haría más difícil aprender inglés. Además, el tiempo que pasáramos en la escuela en México se vería interrumpido por las vacaciones de Navidad y día de Reyes. Así que mis padres nos hacían estudiar con regularidad. Mientras estábamos en México, nos despertaban temprano de lunes a viernes, nos daban una taza de chocolate caliente y una pieza de pan dulce y, de las 8 de la mañana al mediodía, esperaban que hiciéramos nuestra tarea. Aunque la tarea tuviera manchas de chocolate, Mamá se aseguraba de que termináramos los tres meses de tarea que nuestros maestros de California nos habían dado. Esa mañana, después del anuncio de Pops, me preparé para la escuela y salí de la casa con Chava, Gil y Lety. Cuando llegué a mi salón de clases de segundo año, antes de que los demás alumnos se hubieran sentado en sus escritorios, fui con la señora Young y le dije la petición de mi padre.

De pronto, su expresión de alegría se volvió seria. Lo pensó un momento y luego dijo:

—Diles a tus padres que iré a visitarlos esta tarde.

Asentí. En cuanto terminó la escuela, fui corriendo a casa a darles a mis padres el importante mensaje. En mi cabeza, exclamaba: “¡Viene

la maestra, viene la maestra!”. Me sentía como Paul Revere llevando el mensaje de “¡Vienen los británicos! ¡Vienen los británicos!”.

Cuando llegué a casa, me topé con Pops en la sala y le di la noticia. En ese tiempo Pops era un hombre de pocas palabras y muy estricto con nosotros. Utilizaba lo que llamo “un trato de amor duro” y siempre saltaba a la conclusión, imaginándose lo peor. Por eso, no me dejó terminar. De inmediato se puso de pie, con la cara roja de **ira**.

—¿Qué pasó? —gruñó. Dio por sentado que la maestra iba a quejarse de mi conducta.

Retrocedí unos pasos y dije que se trataba de nuestro viaje a México.

—¡Pues más te vale que sea así, o el castigo será **severo!**

¡Fiu, estuvo cerca!

Después fui a la cocina a contarle a Mamá sobre la visita de la señorita Young. Mamá era lo opuesto a Pops. Era muy cariñosa. Después de la escuela nos sentaba en la mesa de la cocina y nos daba frijoles y arroz con tortillas recién hechas mientras se aseguraba que empezáramos y termináramos nuestra tarea. Era **maternal** pero firme, y no nos dejaba levantarnos a jugar hasta que no termináramos con la tarea. Al recibir las noticias, Mamá se preocupó más por el estado de la casa y la necesidad de ordenarla que por la razón de la visita de la señorita Young. En vez de decirnos que empezáramos nuestra tarea, comenzó a dar órdenes.

—Chava, tú ordena la sala. Gil, tú limpia el baño. Lety, tú limpia la cocina mientras preparo la comida. Y Pepito —un apodo cariñoso para mí—, tú limpia las dos recámaras.

Bueno, entendía lo de la sala, la cocina y el baño, pero ¿las recámaras? De ninguna manera la señorita Young iba a entrar a nuestras recámaras, así que ¿para qué limpiarlas?, pensé. Pero no me atreví a contradecir a Mamá, y obedientemente fui a poner las dos recámaras en orden.

Fiel a su palabra, la señorita Young llegó por la tarde. Después de intercambiar comentarios amables, Mamá pidió a toda la familia y a la señorita Young que fuéramos a la cocina. Toda mi familia se sentó a la mesa de la cocina: Pops y Mamá frente a mí, mis hermanos a cada lado de mis padres y la señorita Young a mi derecha. Mamá había preparado un rápido banquete. Hice mi mejor esfuerzo por mantener la conversación a lo largo de la cena. Fue difícil, porque Mamá y Pops solo hablaban español y la señorita Young solo hablaba inglés. Hubo muchas pausas incómodas en la conversación. Al principio no estuvo mal, pues la señorita Young **elogió** la comida de Mamá. Pero luego vino la primera pausa incómoda larga. Decidí hacer mi contribución y darle un empujón a la conversación.

—Señorita Young...

—¿Sí, José? —respondió.

—¡Debería venir más seguido!

Todos en la mesa se rieron, ¡excepto Pops! Las cosas estaban poniéndose serias. Pops nos lanzó a los niños lo que llamábamos “la mirada”. Significaba que nos la veríamos con él después de que la visita se fuera. Terminamos de comer y Pops invitó a la señorita Young a la sala, donde Mamá le ofreció café. También me invitaron a mí, no solo porque la señorita Young era mi maestra, sino también para que fuera el traductor oficial.

La señorita Young comenzó.

—Señor y señora Hernández, muchas gracias por la deliciosa cena. Fue realmente magnífica. Pero no vine a comer. Estoy aquí para hablar de la educación de sus hijos.

De inmediato, Pops se encendió y preguntó:

—¿Nuestros hijos están portándose mal, señorita Young?

La señorita Young percibió que la imaginación de papá empezaba a volar y lo tranquilizó:

—No, señor Hernández; de hecho, hablé con sus otros maestros, y dijeron que todos se portan bien y son muy buenos estudiantes. He tenido el gusto de tenerlos a casi todos en mi grupo de segundo año. Todos son muy brillantes.

Mamá y Pops se sintieron aliviados de escuchar este reporte.

—Pero... estoy muy preocupada por el estilo de vida **nómada** que lleva su familia.

—¿Nómadas? —preguntó Pops, confundido.

—Sí. ¡Sus hijos han asistido a tres escuelas distintas en un año!

Pops se puso a la defensiva y respondió:

—Aunque mi esposa y yo solo llegamos hasta el tercer grado, valoramos la educación más que nada. Sí, nos movemos mucho en busca de trabajo, pero le aseguro que siempre nos movemos en fin de semana y los niños no pierden ni un día de escuela.

La señorita Young replicó:

—¡Pero regresan a México y pierden mucha escuela!

—Es verdad, pero se llevan tarea —dijo Pops.

Mientras traducía, pude sentir la frustración de la señorita Young, porque estaba claro que no estaba transmitiéndole su mensaje a Pops. Pops consideraba que estaba dándonos una educación, ¡sin importar que la recibiéramos en tres escuelas diferentes durante el año escolar, con tres meses de estudio en casa!

La señorita Young se detuvo un momento, y luego se **recompuso** y volvió a encarar a Pops.

—Bueno, veo que no estoy siendo clara, pero déjeme darle un ejemplo.

—Claro —dijo Pops.

Antes de darle el ejemplo, la señorita Young dijo:

—Puedo ver que es usted un buen padre. Y sabe mucho sobre el trabajo agrícola y cómo cuidar plantas y árboles.

—Bueno, sí... he trabajado en el campo toda mi vida.

—Exactamente —dijo la señorita Young—. Entonces tal vez pueda ayudarme con el siguiente problema.

—Está bien, dispere —dijo Pops.

—Si le doy cuatro pequeños árboles frutales en macetas y le pido que encuentre el suelo más fértil en esta zona, y que ahí **excave** cuatro agujeros y plante esos árboles... y le pido que se asegure de que tengan los cuidados necesarios, incluyendo agua suficiente y fertilizante para mantenerlos sanos...

—Está bien —respondió Pops con una expresión de perplejidad en la cara.

—Luego, en tres meses, quiero que encuentre otra extensión de tierra fértil y cave otros cuatro agujeros y trasplante esos mismos

cuatro árboles. De nuevo, necesito que se asegure de que reciban riego, fertilizante y el mejor cuidado.

—Bueno —dijo Pops una vez más, con una expresión de **desconcierto**.

—Luego, en otros tres meses, quiero que vuelva a hacerlo. De hecho, quiero que repita esto cada tres meses. Ahora, señor Hernández, usted que es experto en plantas y árboles, dígame qué les pasará a esos árboles con el tiempo.

Pops se pasó los dedos por el delgado bigote, pensando y pensando.

—Bueno, señorita Young —respondió—, los árboles no van a morir, pero le diré que, si los trasplanta tanto, no deja que sus raíces crezcan profundas. Esto hará que los árboles se **debiliten** a tal punto que su crecimiento se detenga. Se quedarán pequeños y frágiles. Y si son árboles frutales, dudo que alguna vez den fruto.

En cuanto dijo esto, hizo una larga pausa. Su expresión facial cambió. Pude ver que entendía la **semejanza** entre esos árboles y sus cuatro hijos.

—Ah, ya veo lo que quiere decir, señorita Young —confesó al fin.

—Me alegro mucho de que lo vea —dijo la señorita Young, y luego se despidió mientras se dirigía a la puerta—. Creo que mi trabajo aquí está hecho. Gracias por la deliciosa cena, señora y señor Hernández. Tienen unos hijos muy inteligentes.

Después de que mi maestra se fue de la casa, pude ver que Pops estaba pensando en lo que acababa de suceder.

...

Ese año aún fuimos a México, pero en el camino de regreso a California ocurrió algo curioso: cuando pasamos por el sur del estado, Pops no viró a la derecha para dirigirse a la zona de Ontario-Chino, donde normalmente hacíamos nuestra primera parada. Cuando nos acercamos a nuestra segunda parada en el centro de California, Pops no **viró** a la izquierda, hacia la zona de Salinas, sino que siguió por la Autopista 99 hacia Stockton. Stockton sería nuestra primera y única parada. Aunque seguimos viajando a México todos los años, en vez de quedarnos ahí tres meses, nos quedábamos solo tres semanas, para celebrar la Navidad y el día de Reyes. Ahora solo perdíamos una semana de clases al año. Fue en ese tiempo que sentí que nuestra educación comenzaba a tomar velocidad. Pronto estuvimos entre los alumnos con mejor **desempeño** en nuestros respectivos grupos.

Pero quedarnos en un solo lugar tuvo su precio. El trabajo agrícola no estaba disponible todo el año, y los largos meses de invierno eran **austeros**. Recuerdo que papá salía a trabajar en los fríos y **brumosos** meses de invierno, podando árboles frutales y enredaderas. También era la temporada de lluvias y, cuando llovía, no había trabajo. Este tipo de trabajo **esporádico** significaba que Pops apenas tenía dinero suficiente para pagar la renta, el gas, la electricidad, el teléfono y comprar las cosas más esenciales, incluida la comida. La tienda del barrio, frente a nuestra casa, le daba crédito en invierno. Una vez que el trabajo se **reanudaba**, Pops pagaba su cuenta de inmediato. Las cosas empezaron a ponerse tan difíciles que Pops **incursionó** en otros tipos de trabajos. Pronto aprendió a conducir camiones y a conseguir trabajos en invierno que no eran tan inestables.

Además, Pops sabía cómo crear sus propias oportunidades. Compró un camión usado y comenzó su propio negocio. Más tarde compraría más camiones e incluso contrataría algunos choferes. Años después, cuando crecimos, pudo comprar su primera casa, en casi tres acres de propiedad **rural**, donde Mamá y él vivieron su retiro.

La receta de mi padre

Mi alarma sonó en mi dormitorio del cuartel de la tripulación. La tenía programada para las 7:30 de la mañana. Era viernes 28 de agosto de 2009, y estaba convencido de que iríamos al espacio. Después de ducharme, me dirigí al comedor, donde la mayoría de mis compañeros ya estaban desayunando. Ordené rápidamente un bistec y huevos, con papas *hash brown* y pan tostado con mantequilla. Aunque el **pronóstico** del clima indicaba sesenta por ciento de probabilidades de lanzamiento, podía sentir la emoción de mis compañeros. Era la tercera vez que nos preparábamos oficialmente para el despegue.



El día comenzó como los otros. Tuvimos nuestras reuniones, comimos, luego más reuniones, una cena muy ligera y caminamos al cuarto de trajes para cambiarnos. Fue como si estuviéramos en una máquina del tiempo: repetimos todo exactamente como antes. Una vez más nos encontramos en el cuarto de trajes, con nuestros trajes azules de Hombre Araña, o LCVG, y listos para ponernos los trajes de calabaza, los LES. Pronto volvimos a bajar por el elevador y hacer la corta caminata hasta la Astrovan. Afuera esperaban muchos empleados del Centro Espacial Kennedy, y nos **vitorearon** mientras caminábamos hacia la van y comenzábamos el recorrido a la plataforma de lanzamiento 39A. Sin embargo, esta vez pude captar todo y oír los vítores con mayor claridad, ver las caras de las personas que nos aclamaban, saludar y reconocer personas con las que había trabajado. Disfruté el momento, pues no estaba tan nervioso como las veces anteriores.

Durante el viaje hacia la plataforma, CJ nos dio una charla **motivacional** y dijo:

—El clima está tranquilo, así que permanezcan alertas y concentrados.

El hecho de que, al salir de la Astrovan, pude ver algunas estrellas en el cielo nocturno parcialmente nublado me ayudó a convencerme de que esta vez despegaríamos. Sería nuestro tercer intento y, como dice el dicho, **la tercera es la vencida**.

Tal como lo habíamos hecho la noche del lunes, todos nos acomodamos en nuestros lugares sin problemas. Entré por la **escotilla**, tomé mi asiento y dejé que un miembro del equipo de cierre me asegurara. Luego me pusieron los guantes y el casco, me conectaron al oxígeno y al agua de enfriamiento, y finalmente realizaron las pruebas de comunicaciones. Ahora estábamos listos para que el equipo

de cierre saliera del vehículo, revisara la escotilla, comprobara que no hubiera fugas en la cabina y luego desarmara el Cuarto Blanco y retirara el brazo de acceso. Mientras el equipo descendía y se retiraba al área de apoyo, comenzamos a seguir nuestra lista de despegue. Me dije a mí mismo que si todo salía bien, estaríamos en el espacio en poco menos de tres horas. Conforme pasaba el tiempo, el reloj de la cuenta **regresiva** avanzaba.

“Todo luce nominal”, escuché en el circuito de comunicación. Esto significaba que todo estaba funcionando según lo planeado. Nos acercábamos a la pausa de L menos 20 minutos.

Pronto observé que las computadoras del transbordador se configuraban para el despegue. El piloto inició el acondicionamiento **térmico** de las celdas de combustible, y pedí que verificara que las válvulas de ventilación de la cabina estuvieran cerradas. A los diez minutos de la pausa, todo iba bien, y pronto llegamos a la pausa de L menos 9 minutos. Por lanzamientos anteriores, sabía que esta pausa final duraría unos 45 minutos.

Fue entonces que me pregunté: “¿*Cómo rayos llegué aquí?*”. La primera vez que pensé en lo que quería ser cuando creciera, tenía diez años. Era diciembre de 1972, y vivíamos en la esquina de las calles E y Vine en el lado este de Stockton. Rentábamos la misma casa de dos recámaras donde nos había visitado la señorita Young unos años antes. En la sala teníamos una vieja televisión en blanco y negro coronada por una antena de orejas de conejo. Me encantaba ver la serie original de *Viaje a las estrellas*. Entre mi observación de las estrellas al amanecer, el libro de astronomía que me había regalado la señorita Young y mi amor por *Viaje a las estrellas*, no es sorprendente que el espacio haya **cautivado** mi imaginación. Un **acontecimiento** muy especial consolidó mi sueño de convertirme en explorador espacial

algún día. Fue ni más ni menos que una de las misiones espaciales Apollo de la vida real; para ser más exacto, las caminatas en la luna de la misión Apollo 17, que vi en esa vieja televisión en blanco y negro. Me llenó de emoción seguir el lanzamiento, el **alunizaje** y a los astronautas en su paseo lunar.

Estaba de pie junto a la televisión, sobrecogido, ajustando la antena y viendo cómo el astronauta Eugene Cernan caminaba en la luna y hablaba con el Centro de Control de Misiones en Houston. También recuerdo haber visto y oído al locutor de noticias Walter Cronkite narrando la caminata y dando muchos datos y cifras sobre lo que sería la última misión Apollo y la última caminata lunar. (Hasta la fecha, los seres humanos no han regresado a la luna). Durante las pausas comerciales, salía a ver la luna casi llena en toda su gloria. ¡Luego corría adentro para ver al astronauta Eugene Cernan, que caminaba sobre esa misma luna! “*¡Guau, eso es lo que quiero ser!*”, pensé. “*¡Quiero ser un astronauta!*”. Así nació mi sueño.

Estoy seguro de que en esa época, casi todos los niños de diez años de Estados Unidos —y del mundo, para el caso— querían ser astronautas. Sin embargo, creo que el sueño se quedó conmigo gracias a lo que ocurrió esa misma tarde. Pops y yo caminamos hacia las dos recámaras, preparándonos para dormir.

Él iba un poco delante de mí cuando lo llamé:

—¡Oye, Pops!

—¿Sí, hijo?

—Ya sé qué quiero ser cuando crezca.

—¿Qué quieres ser, hijo?

—¡Quiero ser astronauta!

Papá casi se tropieza y se detuvo en seco. Se dio la vuelta, se puso las manos en las caderas y dijo en un tono muy **desafiante**:

—¿Que quieres ser qué?

No me **desanimó** su desafío, pues aún estaba emocionado por haber visto a Eugene Cernan caminando en la luna; así que respondí con valentía:

—¡Quiero ser astronauta!

Pops me miró, levantó el brazo y señaló hacia la cocina:

—M'ijo, vamos a la cocina.

Abrí mucho los ojos, porque sabía que había tres razones por las que nos ordenaban que fuéramos a la cocina. La primera era para hacer nuestra tarea. La segunda era para comer. La tercera: la cocina era el lugar favorito de Pops para **dispensar** justicia, que era como llamaba a los castigos.

Caminé, nervioso, y Pops me pidió que me sentara. Se sentó junto a mí y preguntó, con calma, por qué quería ser astronauta. Solté rápidamente todo lo que había aprendido sobre la caminata lunar de esa tarde.

Pops estaba impresionado de que hubiera memorizado los datos y las cifras, como que la luna estaba a casi un cuarto de millón de millas de distancia, que no tenía atmósfera y que estaba cubierta de **cráteres**. Lo más importante fue que Pops vio en los ojos de su hijo de diez años la determinación de lograr algo **grandioso** en la vida.

Lo siguiente que dijo me sorprendió:

—¡Creo que puedes hacerlo, m'ijo!

¡Abrí los ojos aún más!

A continuación dijo:

—Si de verdad quieres hacer esto, necesitas seguir una receta muy simple, de cinco ingredientes, que voy a darte.

—¿Cuál es la receta? —pregunté con emoción. Estaba listo para absorber todo lo que Pops estaba a punto de decirme. Pregunté de nuevo—: ¿Cuál es la receta?

—Bueno —dijo Pops—. Pon atención. Primero tienes que decidir qué quieres ser cuando crezcas.

—Astronauta —dije de inmediato, y me dije que ya tenía uno de los cinco ingredientes.

—En segundo lugar —dijo Pops—, reconoce qué tan lejos estás de tu meta.

Bajé la mirada al piso de linóleo de la cocina y luego miré las paredes manchadas de grasa de nuestra **desvencijada** casa alquilada de dos recámaras en la peor parte de la zona este de Stockton.

—Bueno, ¡no podría estar más lejos, Pops! —dije. En ese momento esperaba que se enojara pero, para mi sorpresa, no fue así.

Pops rio un poco y dijo:

—Me alegra que lo reconozcas, porque el tercer ingrediente es trazar un mapa de la ruta desde donde estás hasta donde quieres llegar. ¡Este mapa te mostrará el camino y te mantendrá enfocado! ¡Mantén los ojos en el premio, hijo!

—¿Cuál es el cuarto ingrediente? —pregunté.

—Ah, eso ya lo estás haciendo, m'ijo: quedarte en la escuela. ¡No hay **sustituto** para una buena educación! ¡Necesitas ir a la universidad,

porque sin eso, no hay manera de que alcances tu meta! —Hizo una pausa, se aclaró la garganta y dijo—: En quinto y último lugar, m'ijo... —levantó el brazo y señaló hacia afuera, por la ventana de la cocina—: ¿Ves el esfuerzo que pones cada fin de semana, y toda la semana en verano, para cosechar fresas, cerezas, pepinos, cebollas, tomates verdes, duraznos, peras y uvas?

—Sí —respondí, un poco confundido, pensando en el trabajo de los fines de semana y veranos en los campos.

—¡Bueno, pues haz el mismo esfuerzo aquí! —dijo, señalando mis libros sobre la mesa de la cocina—. Y cuando tengas trabajo, pon ese mismo esfuerzo en tu trabajo. Siempre, siempre da más de lo que se espera de ti.

¡Fue **empoderador** escucharlo hablar así! Esa noche me fui a dormir muy feliz. Pensé: “¡Guau, Pops cree que puedo convertirme en astronauta! ¡Voy a lograrlo!”. Rápidamente, repetí la receta de cinco ingredientes de Pops, para no olvidarla:

1. Define lo que quieres hacer en la vida.
2. Reconoce cuánto te falta para lograr tu meta.
3. Traza un mapa para llegar a la meta.
4. Prepárate con una buena educación.
5. Desarrolla una buena ética de trabajo y siempre da más de lo que se espera de ti.

He usado esta receta a lo largo de mi vida, y continúo usándola, ¡simplemente porque funciona!

Secretos de familia

Graciela Cabal



It very love.
with me
know
know
know
Graciela Cabal

29

Empiezo a escribir con tinta.

Mi mamá me trae un tintero que era de ella. Todo con **mosaiquitos** es el tintero y dice “Recuerdo de Mar del Plata”. (Mi papá también tiene un tintero, con elefantes plateados, pero el de mi mamá es más **vistoso**).

Mi mamá me compra una lapicera de muchos colores, como un pirulín, y una pluma cucharita, que escribe fino. (A Gennaro la mamá le compró una pluma cucharón, que escribe grueso como un palo de escoba. Y es que son tan ricos).

Es muy difícil escribir con tinta, y se me hacen manchones. Menos mal que tengo secante, pero igual es un lío.

Mi tía la soltera me hace un limpiaplumas que es una muñequita con cara de garbanzo y muchas polleras de colores. Pero me da lástima ensuciarle las polleras a la nena, así que la pongo a dormir en mi caja de útiles.

Mi mamá dice que tengo que practicar y practicar, que al final me va a salir **prolijo**. Pero yo lloro, porque me mancho toda. Mi mamá lo llama a mi papá a la escuela y le dice que no sabe qué van a hacer con esta pobre chica que no puede escribir con tinta.

Para que pueda escribir con tinta mi abuelo me manda un escritorio de la **escribanía** de él. Tiene una cortina que se baja el escritorio y muchos cajones para los secretos. Mi mamá lo pone en el dormitorio, al lado de la ventana, y me dice que con semejante escritorio cualquiera puede escribir con tinta.



Gran Mamá dice que seguro voy a ser pintora, como ella. Entonces manda a comprar dos telas y tres pinceles y me presta sus **pomitos**.

A mí me encanta pintar. Pinto y pinto con mi abuela al lado y al final me sale: una casita linda, con el techo azul como la del hada de Pinocho, unas flores en la puerta y, atrás, las montañas de Córdoba. Gran Mamá me dice que ahí al costado quedarían bien unos árboles. Entonces agarra un papel y me enseña.

Dos cuadros hago con mi abuela. Uno lo pongo en el escritorio, al lado del pisapapeles. El otro lo llevo a la escuela, para mostrarle a mi Señorita.

Mi Señorita dice que es divino, y se lo muestra a la Directora. La Directora dice que es divino, y se lo muestra a todos los chicos de la escuela, antes de subir la bandera.

A mí me da mucha vergüenza porque ella cuenta que lo hizo Graciélita, de Inferior, y que pase adelante para que los niños la vean y tomen ejemplo. Yo digo que no con la cabeza, pero las chicas me empujan. Y entonces todos me miran y no creen que yo hice el cuadro

y dicen que el cuadro lo hizo mi papá. Yo no digo nada. Pero cuando llego a mi casa me pongo a llorar. Y no quiero ir a lo de Cristini ni a lo de Rodríguez ni a la plaza. Y no quiero ser más pintora.

Yo no voy a ser pintora como mi abuela, voy a ser escritora. Muchos versos escribo yo: a la patria, a la bandera, a mi mamá. Tan divino me salió el de la bandera que la Señorita me lo hizo decir en la fiesta de la bandera.

—Yo salí a vos —dice mi mamá—. También escribo versos —. Pero de eso no le tengo que contar a nadie porque a ella le da vergüenza. Y entonces mi mamá abre el ropero, saca una cajita y de adentro de la cajita saca una libreta. Llena de versos está la libreta. —Este de Caperucita te lo escribí a vos, nena —dice mi mamá—, el mismo día que naciste.

En la familia de nosotros todos tienen su cajita de secretos.

31

Baile no pero piano sí, dice mi mamá.

A mí me gusta piano, mucho me gusta. Pero quiero baile.

Bueno, piano. ¿Y de dónde lo sacamos al piano? Mi mamá me regala un piano rosa, de juguete, y me enseña las notas con el Tesoro de la juventud, que tiene páginas llenas de notas que son haditas. Y también me regala un libro con “La torre en guardia” y “Se me ha perdido una niña” y yo las saco en el piano rosa.

Llego de la escuela y hay una sorpresa: un piano grande, de verdad, brillante, nuevo, **colorado** (mi mamá dice que no es colorado: es **guinda**).

—Piano sí, ¿viste? —dice mi mamá. Y yo me siento y toco “La torre en guardia” y después invento músicas.

Mi mamá me dice que me corra y la deje un poco a ella. Y entonces toca y canta como las artistas de la radio: “Cicatriceeeeees imborrables de una heriiiiida, que me ha dejado la viiiiida en mi triste batallar...”. Y seguimos y seguimos hasta que llega mi papá y dice:

—Piano sí, ¿viste? —Y pide que lo dejen un poco a él, que también quiere probar. Y entonces se sienta y toca tan fuerte que se caen todos los muñequitos que mi mamá había puesto arriba del piano. —Es que yo salgo a mi papá —dice mi papá lo más contento.

—Mmmmmm —dice mi mamá.

El papá de mi papá era el músico más importante del mundo entero y hasta del Uruguay. Y de tan famoso que era salía en las revistas.

Mi papá siempre toca una música que inventó él y que se llama mashisha. Y también toca “El entrerriano” y “Rodríguez Peña”, porque son tangos, y a él los **tangos** le gustan más que nada en el mundo.

¿Más que Mar del Plata? ¿Más que la **gomina**? ¿Más que los trajes nuevos y los zapatos brillantes?

Más que nada en el mundo.

Y cuando él iba a bailar con mi mamá al Tabarís, antes de que yo naciera y mi mamá se tuviera que quedar en casa para siempre, todos los dejaban solos en la pista, y los aplaudían y los convidaban con champán.

—¿Tango sí puedo aprender yo? —le pregunto a mi papá.

Y mi papá dice que tango sí, pero recién cuando cumpla doce. Y que él mismo me lo va a enseñar. Porque habrá alguno que baile el tango con más **firulete**, pero con más elegancia, difícil. Modestia aparte.

Vamos a ver a una profesora de música que vive al lado de la casa de Tito; se llama Mafalda, es muy pero muy horrible, y sabe más que ninguna.

La Señorita Mafalda dice que mmmmm soy demasiado chica, y que mmmmm me va a tomar una pruebita, a ver mmmmm qué podemos hacer mmmmm...

La Señorita Mafalda dice que muy bien, excelente, que tengo muchas condiciones de nacimiento, y que muy bien, excelente, empecemos nomás, pero no por el piano, por el **solfeo**.

El solfeo es una porquería espantosa pero muy importante en la vida.

Mi mamá me compra un libro de solfeo y también unos cuadernitos que no son como los de la escuela: estos son amarillos, alargados y se llaman Histonio. Dos Histonio tengo: uno borrador, que se escribe con lápiz y no importa si me equivoco porque es para aprender, y otro de tapa dura, que se escribe con tinta y tiene que estar perfecto porque es para mostrar.



La mancha de humedad

Juana de Ibarbourou



Hace algunos años, en los pueblos del interior del país no se conocía el **empapelado** de las paredes. Era este un lujo reservado apenas para alguna casa importante, como el despacho del jefe de policía o la sala de alguna vieja y rica dama de campanillas. No existía el empapelado, pero sí la humedad sobre los muros pintados a la cal. Para descubrir cosas y soñar con ellas, da lo mismo. Frente a mi vieja camita de jacarandá, con un deforme **manejo** de rosas talladas a cuchillo en el remate del respaldo, las lluvias fueron filtrando, para mi regalo, una gran mancha de diversos tonos amarillentos, rodeada de salpicaduras irregulares capaces de suplir las flores y los paisajes del papel más **abigarrado**. En esa mancha yo tuve todo cuanto quise: descubrí las Islas de Coral, encontré el perfil de Barba Azul y el rostro anguloso de Abraham Lincoln, libertador de esclavos, que reverenciaba mi abuelo; tuve el collar de lágrimas de Arminda, el caballo de Blanca Flor y la gallina que pone los huevos de oro; vi el **tricornio** de Napoleón, la cabra que amamantó a Desdichado de Brabante y montañas echando humo de las pipas de cristal que fuman sus gigantes o sus enanos. Todo lo que oía o adivinaba, cobraba vida en mi mancha de humedad y me daba su tumulto o sus líneas. Cuando mi madre venía a despertarme todas las mañanas generalmente ya me encontraba con los ojos abiertos, haciendo mis descubrimientos maravillosos. Yo le decía con las pupilas brillantes, tomándole las manos:

—Mamita, mira aquel gran río que baja por la pared. ¡Cuántos árboles en sus orillas! Tal vez sea el Amazonas. Escucha, mamita, cómo **chillan** los monos y cómo gritan los guacamayos.

Ella me miraba espantada:



—¿Pero es que estás dormida con los ojos abiertos, mi tesoro? Oh, Dios mío, esta **criatura** no tiene bien su cabeza, Juan Luis.

Pero mi padre movía la suya entre **dubitativo** y sonriente, y contestaba posando sobre mi corona de trenzas su ancha mano protectora:

—No te preocupes, Isabel. Tiene mucha imaginación, eso es todo.

Y yo seguía viendo en la pared manchada por la humedad del invierno cuanto apetecía mi imaginación: duendes y rosas, ríos y negros, mundos y cielos. Una tarde, sin embargo, me encontré dentro de mi cuarto a Yango, el pintor. Tenía un gran balde lleno de cal y un pincel grueso como un puño de hombre, que introducía en el balde y pasaba luego **concienzudamente** por la pared dejándola inmaculada. Fue esto en los primeros días de mi iniciación escolar. Regresaba del colegio, con mi cartera de charol llena de migajas de bizcochos y lápices despuntados. De pie en el **umbral** del cuarto, contemplé un instante, atónita, casi sin respirar, la obra de Yango que para mí tenía toda la magnitud de un desastre. Mi mancha de humedad había **desaparecido**, y con ella mi universo. Ya no tendría más ríos ni selvas. Inflexible como la fatalidad, Yango me había desposeído de mi mundo. Algo, una sorda rebelión, empezó a fermentar en mi pecho como

burbuja que, creciendo, iba a ahogarme. Fue de **incubación** rápida cual las tormentas del trópico. Tirando al suelo mi cartera de escolar, me abalancé **frenética** hasta donde me alcanzaban los brazos, con los puños cerrados. Yango abrió una boca redonda como una o de gigantes, se quedó unos minutos **enarbolando** en el vacío su pincel que chorreaba líquida cal y pudo preguntar por fin lleno de asombro:

—¿Qué le pasa a la niña? ¿Le duele un diente, tal vez?

Y yo, ciega y desesperada, gritaba como un rey que ha perdido sus estados:

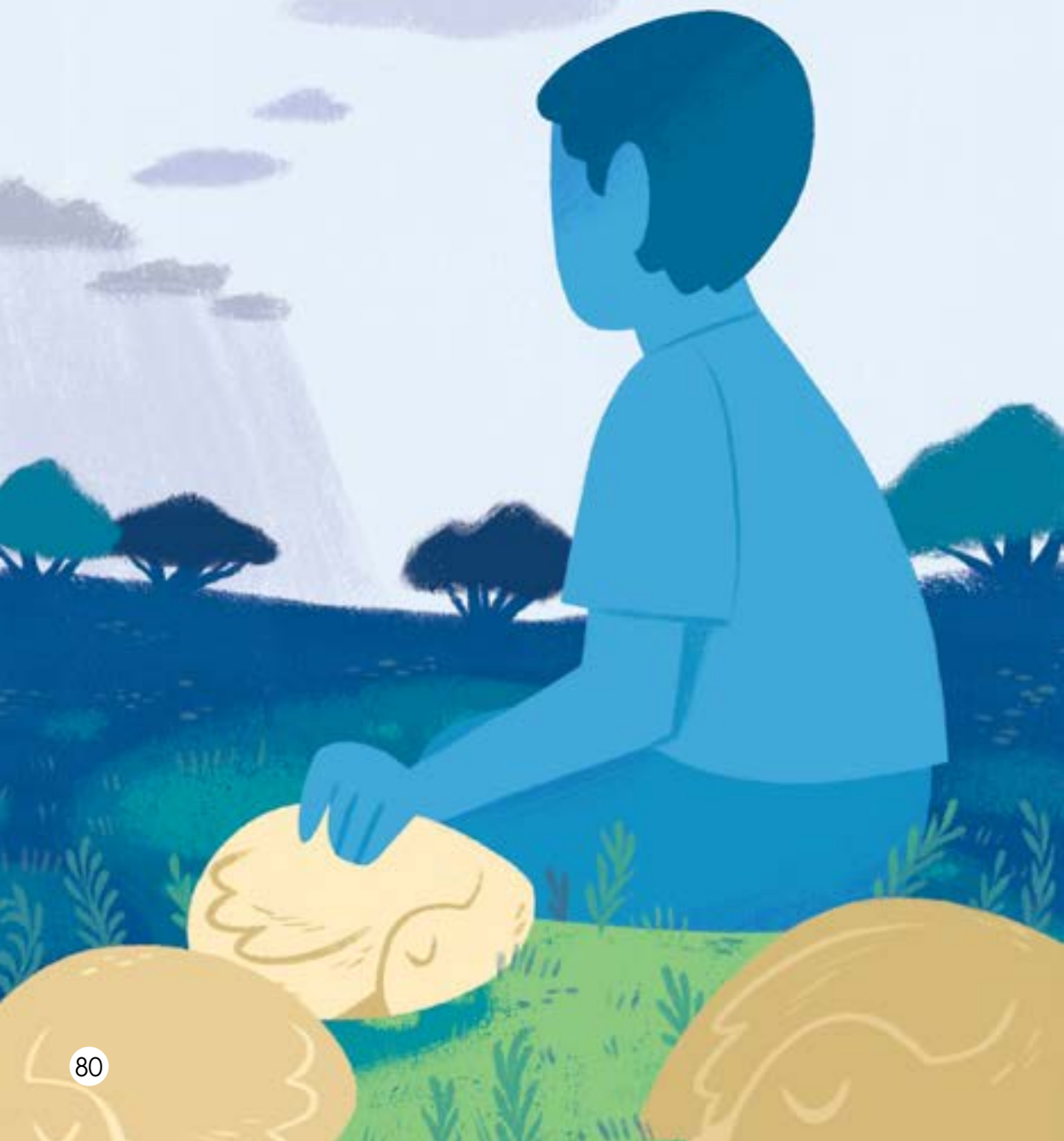
—¡Ladrón! Eres un ladrón, Yango. No te lo perdonaré nunca. Ni a papá, ni a mamá que te lo mandaron. ¿Qué voy a hacer ahora cuando me despierte temprano o cuando tía Fernanda me obligue a dormir la siesta? Bruto, odioso, me has robado mis países llenos de gente y de animales. ¡Te odio, te odio; los odio a todos!

El buen hombre no podía comprender aquel chaparrón de llanto y palabras irritadas. Yo me **tiré de bruces** sobre la cama a sollozar tan desconsoladamente como solo he llorado después cuando la vida, como Yango el pintor, me ha ido robando todos mis sueños. Tan desconsolada e inútilmente. Porque ninguna lágrima rescata el mundo que se pierde ni el sueño que se **desvanece**... ¡Ay, yo lo sé bien!



Charaboncitos

Julio C. da Rosa



Pocas cosas me dolían tanto, de niño, como cambiar de pago. Naturalmente, lo que me dolía era desprenderme de lo que dejaba. Era como sacarme pedazos de mí mismo. Cuanto más distintos eran los paisajes que intercambiaba, más sufría yo.

Si pasaba de la llanura a la sierra, sentía la pérdida de las grandes distancias. Un ahogo sentía al verme **imposibilitado** de tender la vista. Un ahogo que me entraba por los ojos. Si lo que dejaba era serranías, la sensación era de vacío. Tal cual se me escapara el cuerpo mismo de la tierra. Como si, de golpe, me quedara abandonado y solito. Un vacío que me llegaba directamente al alma era aquel.

Muchos pagos perdí en mi niñez. Llanuras como mares, cerrilladas como tormentas. Todos se me han venido juntando en una geografía de la memoria. Geografía de un mundo que se me fue, pero que hasta ahora me duele.

Algo que mucho extrañé al pasar de la llanura a la sierra fueron los **ñandúes**. Extrañé su presencia familiar. Pero extrañé, sobre todo, el regalo primaveral de sus hermosos huevos dorados. Era liadísimo encontrarse por esos campos con aquella mercancía brillante y nueva. Comenzaban a aparecer de a uno, como tirados al azar. Eran los huevos “**gauchos**”. Se dice que el animal los va dejando por ahí para alimentar después a los pichones con las moscas que aquellos juntan al podrirse.

Fiesta de los ojos y de las manos era sorprender un nido oculto entre malezas, con dos, tres, cuatro o más docenas de huevos. Parecía una enorme



bandeja redonda **colmada** de fruta recién caída desde el mismo sol.

Según también se afirma, en un mismo nido ponen varias hembras. Luego los machos empollan y crían los pichones. En esta época se ponen furiosos. Si se les mueven los huevos del nido, abandonan este, desparramando antes aquellos a patadas. Si pasa una persona medio cerca de un nido con ñandú echado, peligra llevarse una buena **paliza** de pico y uñas.



Si al faltar los ñandúes faltaron los huevos, al faltar los huevos faltaron los postres que con ellos hacía mi madre. Era pérdida que apenaba profundamente. ¡Había que ver aquellas golosinas de mamá! Sobre todo, había que saborearlas. Un huevo de ñandú le rendía doce de gallina.

Tanto me **cargoseó** aquella ausencia de ñandúes, que decidí pasársela a mi padre. Día tras día le hice oír mi cantinela. Era cualquier lugar. A cualquier hora. Hasta que un día, en un lugar, en una hora:

—¿Y por qué no traés un casal de ñanduces?

—¿No te dije que se mandan mudar de aquí?

—Entonces, ¿nunca vamos a tener ñanduces? ¿Eh? Decime, ¿nunca?

—Podríamos, pero de una sola manera.

—¿Cuál?

—Criándolos aquí.

Me quedé pendiente de lo que quedaba pendiente.

Pero quería que fuese él quien lo dijera. Esperé. Salí con la mía. Fue él, al fin.

—Vamos a encargar unos **charaboncitos**.

Tragué saliva antes de repetir:

—¡Unos charaboncitos...!

Y quedé mirándolo con esa gratitud que suele **anidar** en el pecho de los gurises. Anida allí, silenciosa y quieta. Si hace ruido o se mueve, ha de ser goteando lágrimas.

Me dormí repitiendo “charaboncitos”. Soñé con charaboncitos. Me desperté pronunciando “charaboncitos”.

Recuerdo patentemente la mañana en que llegaron los tres a casa. En el carro de **pértigo** venían. Estaban echaditos en el cajón donde los habían encerrado, sin más ropa que la puesta. Lloraban de pena. Tres eran. Un varón y dos nenas, según me dijo tío Sebastián. Mientras los liberaban, yo me quedé pensando en su desgraciada situación. Su caza campo afuera; su separación de padres y hermanos; su largo viaje encerrados, haciéndose preguntas sobre su incierto destino.

Me sacaron de tales **cavilaciones** los lastimeros silbidos de los recién desembarcados, ya caminando por el patio.



—¿Los querías? Ahí están. Son tuyos —me dijo mi padre, ya haciéndome responsable de la cría y el cuidado de las tres criaturas.

Y estaba yo haciendo conciencia de semejante responsabilidad, cuando me sorprendieron los gritos de la vieja Juana. Tomaba un mate dulce allí, lo más tranquila. De pronto se le acercó uno de los tres y, de un picotazo más rápido que un tiro, le arrancó un botón de la bata. Mientras todo el mundo reía, salió el ladrón a los **escarceos**, tragándose la presa. A su ejemplo corrieron los otros dos hacia la vieja. Si no dispara, allí mismo la desabotonan totalmente.

Vinieron enseguida los comentarios sobre los peligros que suponían aquellos **tragalotodo**. Y enseguida, la orden de mi madre para que los llevara a una quinta cercada de piedra.

Para allá salí con mi tropita. Ellos delante, tirándoles botes a las moscas y largando aquellos silbidos tristes. Yo atrás, tratando de imitárselos y tirándoles granos y trozos de carne.

Durante un largo mes aquellos hijos robados a la llanura fueron mi gloria. Me trataba con ellos como con hermanos menores. Unos hermanos puro **pescuezo** y canillas. Con las camisas sueltas sobre los pantaloncitos rabones. Con la fama creciente por sus travesuras de pico y gañote.

Adonde estuviera yo, los hacía llegar desalándose con mi silbido. Me rodeaban, estiraban sus largos pescuezos y tragaban lo que les diera. Luego de llenarse, se echaban a mi lado y se dejaban rascar la cabeza y el lomo, como gatos mimosos. Hasta dormitaban allí, bajo mis caricias y mi conversación. Yo me sentía orgulloso de mi papel. Contento de tener, a mi edad, hijos tan obedientes y cariñosos. Me gustaba deslumbrar a otros gurises con aquellas habilidades paternas. Algunos de ellos volvieron a sus casas pidiendo ñandúes para criar. Al



caer de las tardecitas iba a buscarlos. Me paraba sobre los travesaños de la portera de la quinta y tras dos o tres silbos tenía a los tres ante mí. Les daba una merienda liviana y los hacía **arrebujarse** bajo un techo improvisado contra la pared de piedra. Uno contra otro, allí dormían como buenos hermanos.

A la mañana siguiente, llegaba yo con el desayuno. Andaban ellos “**haciendo boca**” con los insectos tempraneros. Volví a llamarlos y otra vez se repetía la escena de alimento, mimos y siesta. Y de mi agradecimiento a la vida por aquel papel de ternura. Un mes y algo me duró el regalo. Hasta una mañana de **cerrazón**. De una cerrazón espesa. Callada. Opaca. Por entre ella me fui yendo, campo afuera. Silbando y silbando, me fui, en busca de mi trío de papamoscas.

Fue inútil. La tierra o quién sabe qué se los había tragado. De allá, no sé de dónde, ya cayendo la noche, regresé a casa. Solito, venía. Silbando y silbando. Y a los manotazos contra aquella cerrazón que se me **empozaba** en los ojos y me corría por las mejillas.

Poesía: collage de palabras



Schkolnik, Saúl. "La rutina." Barcelona, Blok Ediciones, 2016.

Neruda, Pablo. "Oda al tomate." *Odas elementales*. © Pablo Neruda, 1954, and Fundación Pablo Neruda.

Forchetti, Laura. "Pasan las constelaciones."
© Laura Forchetti, 2015. © Kalandraka Editora, 2015.

Fernández Juncos, Manuel. "Una historia."

Martí, José. "Cultivo una rosa blanca."

Villaurrutia, Xavier. "Interior."

Ramos, María Cristina. "El bastón."

Gamar, Gabriel. "Viajar es..." Sociedad General de
Escritores de México, S.G.C.

Anónimo. "Romance del conde Olinos."

Ada, Alma Flor. "Bilingüe." With permission by the author.

Peri Rossi, Cristina. "Estado de exilio."

Goytisolo, José Agustín. "El oficio del poeta."

Gatell, Angelina. "La canción del árbol."
© D.R. Herederos de Angelina Gatell.

Storni, Alfonsina. "Siesta."

Anónimo. "Plegaria de los indios cuervo."

La rutina

Saúl Schkolnik



—Ricardo, se acabaron
las vacaciones
—me dice mi madre
desde la cocina—;
volvemos de nuevo
a la rutina.
Si es lo que ella opina,
¿qué le puedo responder?
—Por supuesto —le digo—,
hay que volver
otra vez a la rutina.
Sin embargo
tengo una duda,
y aunque es una duda
muy chica
prefiero pedirte ayuda:
—Dime, rutina,
¿qué significa?

Oda al tomate

Pablo Neruda




La calle
se llenó de tomates,
mediodía,
verano,
la luz
se parte
en dos
mitades
de tomate,
corre
por las calles
el jugo.
En diciembre
se **desata**
el tomate,
invade
las cocinas,
entra por los almuerzos,
se sienta
reposado
en los aparadores,
entre los vasos,

las mantequilleras,
los saleros azules.
Tiene
luz propia,
majestad **benigna**.
Debemos, por desgracia,
asesinarlo:
se hunde
el cuchillo
en su pulpa viviente,
es una roja
víscera,
un sol
fresco,
profundo,
inagotable,
llena las ensaladas
de Chile,
se casa alegremente
con la clara cebolla,
y para celebrarlo
se deja



caer
aceite,
hijo
esencial del olivo,
sobre sus hemisferios
entreabiertos,
agrega
la pimienta
su fragancia,
la sal su magnetismo:
son las bodas
del día
el perejil
levanta
banderines,
las papas
hierven **vigorosamente**,
el asado
golpea
con su aroma
en la puerta,
¡es hora!

The background features a large, stylized illustration of a tomato in the upper left and another in the lower left. The rest of the page is filled with abstract, flowing shapes in shades of orange and red, resembling splashes or liquid. The text is centered on the right side of the page.

¡vamos!
y sobre
la mesa, en la cintura
del verano,
el tomate,
astro de tierra,
estrella
repetida
y **fecunda**,
nos muestra
sus **circunvoluciones**,
sus canales,
la **insigne plenitud**
y la abundancia
sin hueso,
sin **coraza**,
sin escamas ni espinas,
nos entrega
el regalo
de su color **fogoso**
y la totalidad de su frescura.

Pasan las constelaciones

Laura Forchetti



Pasan las constelaciones
sumergidas
en el espacio.

Las **ato** con hilos
como **barriletes**
de bandadas
de pájaros.

Orión

El Centauro

Los Peces

La Cruz del Sur

El Lagarto

Pasan las constelaciones
blancas
por el espacio.

Una historia

Manuel Fernández Juncos



Oculto en el corazón
de una pequeña semilla,
bajo la tierra, una planta
en profunda paz dormía.

—¡Despierta! —el calor le dijo.

—¡Despierta! —la lluvia fría.

La planta, que oyó el llamado,
quiso ver lo que ocurría.
Se puso un vestido verde
y estiró el cuerpo hacia arriba.

De toda planta que nace
esta es la historia sencilla.

Cultivo una rosa blanca

José Martí



Cultivo una rosa blanca
en junio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano **franca**.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo;
cultivo la rosa blanca.

Interior

Xavier Villaurrutia



El aire que vuelve de un viaje,
lleno de dorado calor,
se **hiela** en un marco para ser espejo
y cuadro de comedor.

¡Ay si el frutero
se **resignara** a no ser verdadero!
Mas cada fruto
quiere morir a tiempo porque sabe
que su verano es pasajero.

Yo solo sé
que en el plato de porcelana
está el vaso para mi sed.
Y sin pedirle más sabor al agua
que no tenga sabor, que sea fría,
me bebo en cada vaso un día.

¡Ay si no fuera
porque en el plato de porcelana
están los días de la semana!

El bastón

María Cristina Ramos



El cangrejo más viejito
camina con un bastón
sobre la arena mojada,
sobre la sed que da el sol.

Se sostiene una rodilla
y camina con un son
disparejo y cansadito,
como el de su corazón.

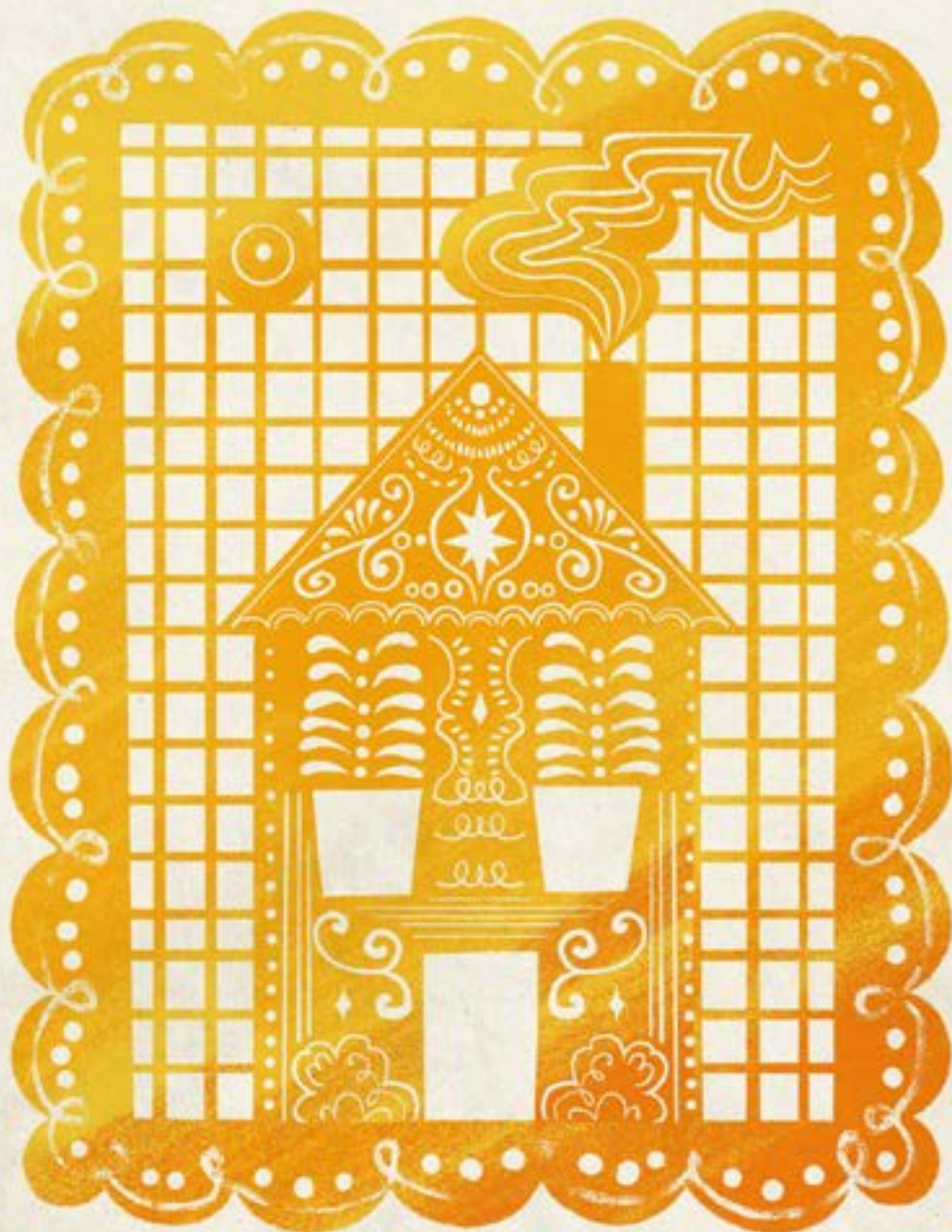
Dicen que el viejo cangrejo,
antes, tocaba el tambor
para avisar a los peces
si venía un pescador.

Ahora, camina lento
y las piedras, con temor,
guardan sus bordes **filosos**
por no herir su cascarón.

Los peces le juntan luna;
las algas, algo de sol.

Viajar es...

Gabriel Gamar



Viajar es marcharse de casa,
es dejar los amigos
es intentar volar
volar conociendo otras
ramas
recorriendo caminos
es intentar cambiar.

Viajar es vestirse de loco
es decir “no me importa”
es querer regresar.
Regresar valorando lo poco
saboreando una copa,
es desear empezar.

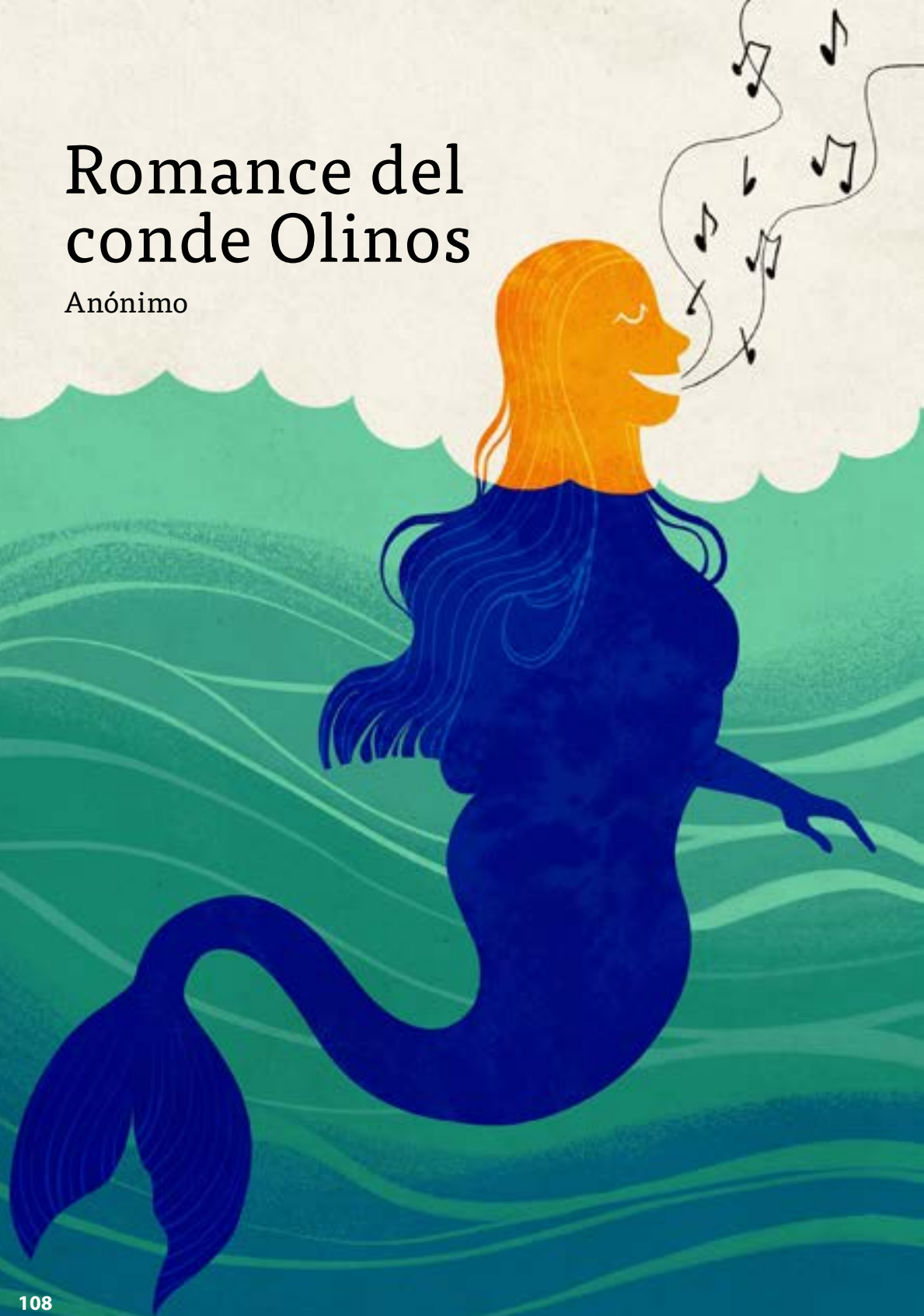
Viajar es sentirse poeta,
es escribir una carta,
es querer abrazar.
Abrazar al llegar a una
puerta
añorando la calma
es dejarse besar.

Viajar es volverse **mundano**
es conocer otra gente
es volver a empezar.
Empezar extendiendo la
mano,
aprendiendo del fuerte,
es sentir soledad.

Viajar es marcharse de casa,
es vestirse de loco
diciendo todo y nada con una
postal.
Es dormir en otra cama,
sentir que el tiempo es corto,
viajar es regresar.

Romance del conde Olinos

Anónimo



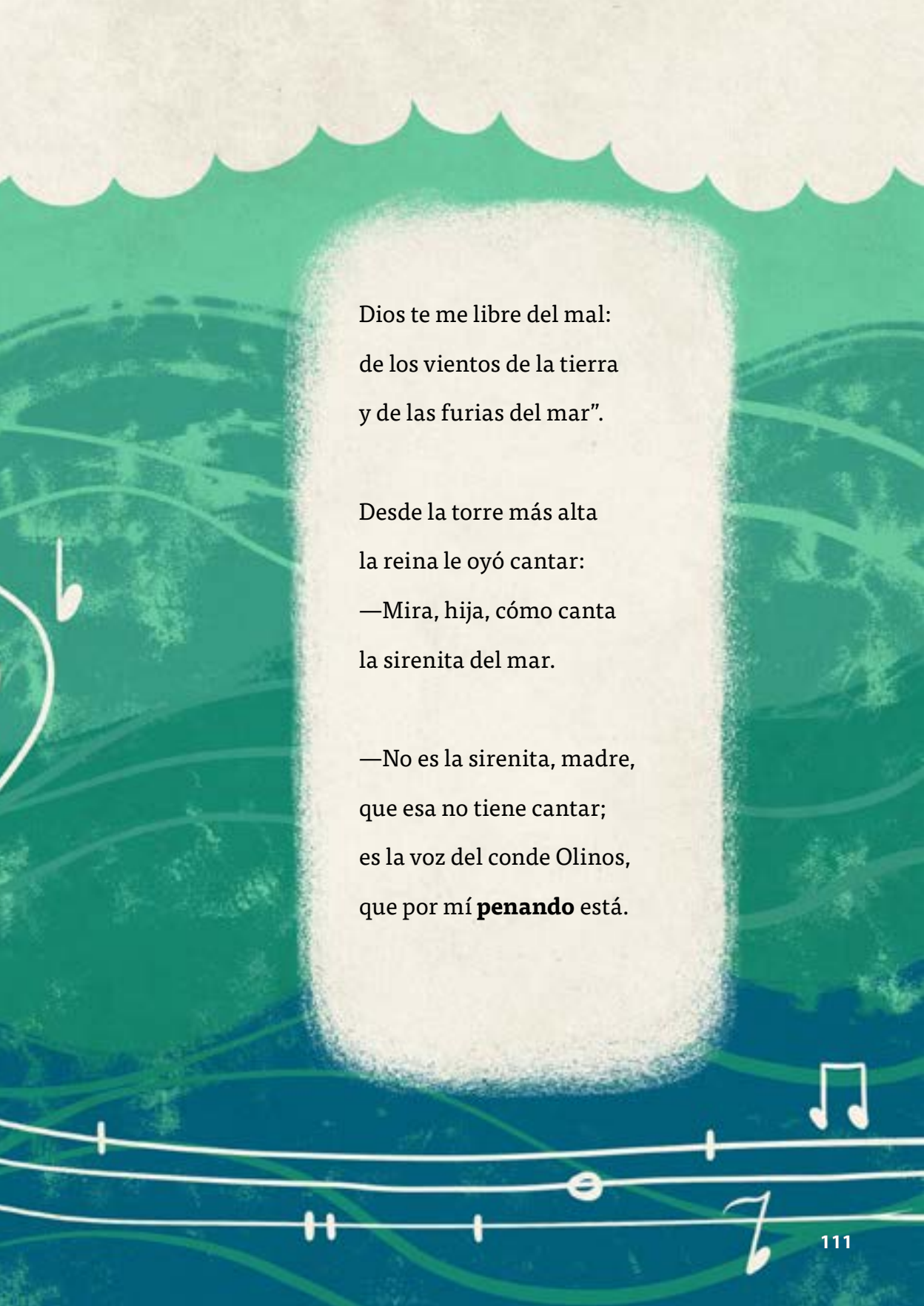
Madrugaba el conde Olinos,
mañanita de San Juan,
a dar agua a su caballo
a las orillas del mar.

Mientras el caballo bebe
canta un hermoso cantar:
las aves que iban volando
se paraban a escuchar;

caminante que camina
detiene su caminar;
navegante que navega
la nave vuelve hacia allá.

“Bebe, mi caballo, bebe,





Dios te me libre del mal:
de los vientos de la tierra
y de las furias del mar”.

Desde la torre más alta
la reina le oyó cantar:
—Mira, hija, cómo canta
la sirenita del mar.

—No es la sirenita, madre,
que esa no tiene cantar;
es la voz del conde Olinos,
que por mí **penando** está.

Bilingüe

Alma Flor Ada



Bilingüe

Porque hablo español
puedo oír los cuentos de mi abuelita
y decir familia, madre, amor.
Porque hablo inglés,
puedo aprender de mi maestra
y decir I love school.

Porque soy bilingüe
puedo leer libros y books,
tengo amigos y friends,
disfruto canciones y songs,
juegos y games,
y me divierto el doble.

Y algún día,
porque sé hablar dos idiomas,
podré hacer el doble de cosas,
ayudar al doble de personas,
y hacer lo que hago el doble de bien.

Estado de exilio

Cristina Peri Rossi



Sueñan con volver a un país que ya no existe
y que no reconocerían más que en los mapas
de la memoria,
mapas que **confeccionan** cada noche
en la niebla de los sueños
y que recorren en naves blancas
perpetuamente en movimiento.
Regresan todos los días en el vuelo
de pájaros que se pierden
del cielo de sus ojos
o regresan en caballos **alados**,
de **crines** como llamas.
Si volvieran,
no reconocerían el lugar,
la calle, la casa;
dudarían en las esquinas,
querrían estar en otro lado.
Pero vuelven cada noche
en las naves blancas de los sueños,
con rumbo seguro.

El oficio del poeta

José Agustín Goytisolo



Contemplar las palabras
sobre el papel escritas,
medirlas, **sopesar**
su cuerpo en el conjunto
del poema, y después,
igual que un artesano,
separarse a mirar
cómo la luz emerge
de la sutil textura.

Así es el viejo oficio
del poeta, que comienza
en la idea, en el **soplo**
sobre el polvo infinito
de la memoria, sobre
la experiencia vivida,
la historia, los deseos,
las pasiones del hombre.

La materia del canto
nos lo ha ofrecido el pueblo
con su voz. Devolvamos
las palabras reunidas
a su auténtico dueño.

La canción del árbol

Angelina Gatell



Por falta de un ruiseñor
que en mi copa se posara,
que en mi hojas **alentara**
con nueva o vieja canción,
por falta de un ruiseñor
están marchitas mis ramas.

Y ya no crece la hierba
alrededor de mi falda
ni acaricia la brisa
los **verdores** de mi cara,
ni las amapolas dicen
su canción enamorada.

Por falta del ruiseñor
que se me fue una mañana
cuando mi **savia** dormía
alegremente confiada.
Por falta de un ruiseñor
están marchitas mis ramas.

Siesta

Alfonsina Storni



Sobre la tierra seca
El sol quemando cae:
Zumban los moscardones
Y las **grietas** se abren...
El viento no se mueve.
Desde la tierra sale
Un **vaho** como de horno;
Se **abochorna** la tarde
Y resopla cocida
Bajo el plomo del aire...
Ahogo, pesadez,
Cielo blanco; ni un ave.

Se oye un pequeño ruido:
Entre las pajas mueve
Su cuerpo **amosaicado**
Una larga serpiente.
Ondula con dulzura.
Por las piedras calientes
Se desliza, pesada,

Después de su banquete
De dulces y pequeños
Pájaros **aflautados**
Que le abultan el vientre.

Se enrosca poco a poco,
Muy pesada y muy blanda,
Poco a poco se duerme
Bajo la tarde blanca.
¿Hasta cuándo su sueño?
Ya no se escucha nada.
Larga siesta de víbora
Duerme también mi alma.

Plegaria de los indios cuervo

Anónimo



Padre Sol, te saludo. Recibe el manto de **entraña** del bisonte que acabo de tejerte. Dame una buena manera de vivir. Haz que mi pueblo y yo alcancemos **ilesos** el año próximo. Haz aumentar el número de mis hijos. Haz que cuando mis hijos vayan a la guerra vuelvan con caballos capturados al enemigo. Haz que cuando mi hijo vaya a la guerra regrese con la cara pintada de negro como señal de su victoria.

Cuando yo salga de cacería, haz que el viento golpee mi rostro para que el bisonte no sienta mi olor y avance hacia mí.

Haz que el próximo verano crezca la hierba y abunden las cerezas.

Haz que pueda ver la hierba nueva y los árboles en todo su **follaje**.

Haz que vea llegar la primavera. Haz que mi pueblo y yo vivamos para verla.

Don Quijote: la historia de un caballero optimista



Navarro Durán, Rosa. *El Quijote contado a los niños*.
Buenos Aires, Edebé, 2010.

Maglia, Haroldo. *El libro de Don Quijote para niños*.
Barcelona, Blok Ediciones, 2016.

El libro de Don Quijote para niños

Haroldo Maglia

Alonso Quijano pierde el seso

En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía un hidalgo de condición humilde. Bajo su techo le acompañaban un ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte. Andaba la edad de nuestro hidalgo por los cincuenta años. Era de apariencia recia, seco de carnes, gran madrugador y amigo de la caza. Su nombre era Alonso Quijano y, debido a su carácter **bonachón**, muchos llamábanle por apodo el “Bueno”.

Los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba a leer las novelas de caballería que tanto habían apasionado a los lectores de unos cien años atrás, pero que en su tiempo pocos leían ya, a no ser algunos estudiosos, como el cura del pueblo y un bachiller del lugar que se llamaba Sansón Carrasco, que eran hombres **doctos**. Llegó a tanto su pasión por estas novelas, que vendió muchos terrenos que le eran propios a fin de comprarlas. Lo que más le entusiasmaba era aquella forma tan rara y artificial en que estaban escritas. En ellas leía, por ejemplo: “La razón de mi sinrazón que mi sinrazón se hace, de mal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo vuestra

fermosura”, o también: “Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza...”

De esta manera, se enfrascó tanto en aquellas lecturas que, del poco dormir y el mucho leer se le secó el cerebro de manera que acabó perdiendo el juicio. Se le llenó la fantasía de todo lo que leía en los libros: encantamientos, **pendencias**, desafíos, heridas, amores, tormentas y disparates imposibles.

Así, rematado ya su juicio, fue a caer en el más extraño pensamiento que jamás tuvo loco en el mundo. En efecto, le pareció conveniente y necesario irse por el mundo con sus armas—unas antiguas armas de sus antepasados, que guardaba en un **cobertizo**— y caballo a buscar las aventuras para obtener eterna fama.

Limpio las armas y consideró un buen rato a su **rocín** flaco. Tardó cuatro días en encontrarle un nombre adecuado, un nombre que para él estuviera a la altura de *Bucéfalo* de Alejandro Magno o el *Babieca* del Cid. Después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer, acabó llamándole *Rocinante*, pues “antes” de ser un caballo destinado a las glorias de la andante caballería había sido un vulgar rocín.

También hubo de ponerse él mismo un nombre que resultara sonoro y significativo. Deformando un poco su apellido y pensando en su lugar natal, decidió llamarse “don Quijote de la Mancha”, del mismo modo que aquellos héroes de sus lecturas: Belianís de Grecia, Florismarte de Hircania o Amadís de Gaula, su preferido.

Por último, comprendió que no le quedaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, porque había leído que el caballero andante sin amores era como el árbol sin frutos ni hojas.

—Si yo me encuentro por ahí con algún gigante —se decía—, como suele pasarle a los caballeros andantes, y lo derribo o lo parto por la mitad, ¿no conviene que lo envíe a mi señora, para que se hincue de rodillas ante ella y diga: “Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula de Malindrania, a quien venció en singular batalla el nunca bastante **alabado** don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced, etc., etc.”?

¡Qué contento le producían a nuestro hidalgo estas palabras! Sucedió, en realidad, que en una casa cerca de la suya había una **labradora** de muy buen aspecto, de la que tiempo atrás había estado enamorado, aunque ella jamás lo supo. Se llamaba Aldonza Lorenzo y a él le pareció bien darle el título de señora de sus pensamientos y, buscándole nombre que no se apartase mucho del suyo, la llamó “Dulcinea de Toboso”, porque **era natural de** Toboso. Era un nombre que, a su parecer, resultaba musical, extraño y significativo, como todos los demás que a él y sus cosas había puesto.

Las cosas que pasaron en la venta

Con las primeras luces de una calurosa mañana del mes de julio, don Quijote se armó, subió sobre Rocinante y salió al campo por la puerta falsa del corral, es decir, la que da al campo y no a la casa. Mas apenas se vio allí le asaltó un pensamiento terrible, y fue que no había sido armado caballero. Sin embargo, pudo más su locura que ninguna razón y se propuso que el primero con quien topase fuera el encargado de hacerlo, pues bien sabía él de algunos caballeros andantes que se habían encontrado en situación similar y así lo habían resuelto.

Anduvo todo aquel día sin que le aconteciese nada digno de ser contado y, al anochecer, él y su rocín se sintieron desfallecer de hambre y miraban a todas partes en busca de algún sitio donde **saciarla**.

De pronto, don Quijote divisó una venta no lejos del camino y de inmediato se dirigió a ella.

Estaban a la puerta de dos mozas que, al parecer, hacían alto en la posada en compañía de unos mozos de mulas. Como a nuestro aventurero todo lo que pasaba, veía o imaginaba le parecía hecho del mismo modo que cuanto había leído, imaginó que estaba ante un castillo y que aquellas mozas eran dos graciosas damas que estaban recreándose al aire fresco de la tarde. En esto, un **porquerizo** hizo sonar el cuerno con cuyo sonido llamaba a sus puercos para recogerse, y enseguida entendió nuestro caballero andante que algún enano daba señales de su venida. Cuando se alzó la visera y mostró su rostro seco y polvoriento, las mujeres sintieron tanto miedo que estuvieron a punto de entrar en la venta.

—Non fuyan las vuestras mercedes —les dijo don Quijote—, ni teman desaguizado alguno, ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Al escuchar aquellas palabras en un castellano de otros tiempos, ya incomprensibles para ellas, y al sentirse llamar con el delicado nombre de doncellas, cosa bastante alejada de sus maneras, no pudieron contener la risa.

Don Quijote respondió algunas palabras, un poco ofendido. Pero el lenguaje y el aspecto de nuestro caballero **acrecentaba** en ellas la risa y en él el enojo. En eso, salió el **ventero** —hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico—, quien creyó convenientemente contener su **hilaridad** debido a las muchas armas de aquel hombre.

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, fuera del **lecho** (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás lo hallará aquí en mucha abundancia.

Don Quijote desmontó creyéndose que estaba siendo honrado con la hospitalidad del amo de aquel castillo y, al entregar a Rocinante para que le dieran a él también un lugar donde descansar y pacer, dijo que lo cuidaran muy bien, porque era la mejor bestia que comía pan sobre la Tierra. Por su parte, las doncellas, que ya comenzaban a sentir simpatía por el hidalgo y habían empezado a desarmarlo a fin de que se sintiese más a su gusto, pero como para quitarle la **celada** era necesario cortarle unas cintas verdes que llevaba y como él se negase a ello, allí quedó con la celada puesta, componiendo la más extraña y graciosa figura que se pudiera pensar.

Cuando las mozas acabaron lo que pudieron de su tarea, le preguntaron si quería comer alguna cosa y él contestó que aquella pregunta venía mucho al caso.

Le pusieron la mesa a la puerta de la venta, donde soplaba una brisa agradable, y el ventero le sirvió una porción de mal remojada y peor cocido **bacalao** y un trozo de pan mugriento. Verlo comer producía mucha risa. Como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba. Para darle de beber fue idea del ventero **horadar** una caña y ponerle un extremo en la boca y echarle por el otro el vino.

A pesar de todas estas dificultades, lo que más intranquilizaba a don Quijote era el hecho de no verse armado caballero. Por eso, al cabo de muy poco tiempo dio por acabada su **frugal** cena y se echó de rodillas ante el ventero, dirigiendo hacia él una mirada suplicante.

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso castellano — le dijo—, hasta que vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual os llenará de alabanzas en los tiempos por venir y será muy útil al género humano. Mañana me habéis de armar caballero. Esta noche velaré las armas en la capilla del castillo.

El ventero, que era un poco **socarrón** y ya había advertido de falta de juicio de su huésped, determinó seguirle la corriente y le aclaró que todo lo que don Quijote le solicitaba le parecía el colmo de la **cordura**. Le dijo que en su castillo no había ninguna capilla, pero que él sabía que se podían velar las armas en un patio y que muchos ilustres caballeros andantes lo habían hecho.

Por la noche, mientras don Quijote, convencido de las razones de ventero, se hallaba ya en el patio, dirigiendo miradas de fervor y entusiasmo a su lanza y a su escudo, y diciendo para sí las glorias de Dulcinea del Toboso, el ventero contó a todos la locura de aquel hombre. Muchos de los que allí estaban acudieron a mirarlo desde lejos y vieron que, con gestos llenos de ánimo, se paseaba y contemplaba sus armas.

En eso se hallaban cuando, cerca de quien estaba a punto de ingresar en la caballería andante, se aproximó un **arriero** que al ignorar lo que estaba sucediendo había tenido la **ocurrencia** de dar de beber a su recua, para lo que se vio obligado a apartar las armas de don Quijote.

—¡Oh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas de más valeroso andante que jamás se ciñó espada! ¡Mira lo que haces, y no las toques si no quieres perder la vida en pago de tu atrevimiento! —le advirtió don Quijote.

Como el arriero no dio ninguna importancia a aquella tremenda advertencia, don Quijote, encomendándose a su señora Dulcinea, alzó la lanza con las dos manos y dio un fuerte golpe en la cabeza al intruso y lo derribó al suelo, dejándolo tan **maltrecho** que si recibía otro no habría médico que lo curase. Al cabo llegó otro impertinente con intenciones similares, y don Quijote alzó otra vez la lanza y la descargó sobre su cabeza, con tanta fuerza que casi se la rompe en cuatro pedazos.

Luego, puesta la mano en su espada, alzó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Oh, señora de la hermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! ¡Vuelve los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que ha **acometido** semejante proeza!

El ventero, al ver que quienes estaban a su alrededor ya comenzaban a **apedrear** a don Quijote, el cual se defendía como podía con su rodela, les explicó su enorme locura hasta convencerlos de que no lo atacasen. Determinó asimismo abreviar y darle la orden de caballería, antes de que sucediese alguna otra desgracias.

Cogió el ventero un libro y, con un cabo de vela, un mozo y las dos mozas, se llegó a donde estaba don Quijote y lo mandó hincarse de rodillas. Obedeció don Quijote, y el dueño de aquel lugar le dio los espaldarazos de rigor mientras hacía como que rezaba algo que estaba escrito en el libro.

Una de las mujeres le ciñó la espada con gran **desenvoltura** y le deseó que Dios hiciera de él un afortunado caballero.

Él le preguntó cómo se llamaba, para que él supiese de allí en adelante a quién debía quedar agradecido. Ella le respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y su compañera, la Molinera. Entonces don Quijote decidió otorgarles mayor dignidad y les dijo que a partir de ese momento las recordaría como doña Tolosa y doña Molinera.

Cumplidas ya las ceremonias, no veía el momento de verse a caballo y salir en busca de aventuras. Antes de montar a Rocinante abrazó a quien él creía todavía amo del castillo y le dijo al oído cosas tan extrañas y difíciles que ninguna persona en el mundo podría escribirlas. El ventero, con tal de verlo de una vez fuera de su propiedad, le respondió con otras más breves, aunque no menos extrañas, y, sin pedirle ni una moneda por la estancia, lo dejó ir en buena hora.

El escudero Sancho Panza

Tras lo sucedido en la venta, don Quijote volvió a su casa y estuvo en ella muy tranquilo, sin dar muestras de querer seguir sus primeras fantasías y dedicado a conversar animadamente con sus dos amigos, el cura del lugar y el bachiller Sansón Carrasco, hombre ilustrados y también grandes lectores de libros de caballerías.

Pero al poco tiempo, comunicó a un labrador vecino suyo, hombre de bien —si es que este título se puede dar al que es pobre—, pero de muy **poca sal en la mollera**, que le sirviese de **escudero**, pues nunca había pasado por su cabeza abandonar las aventuras. Tanto le dijo y tanto lo persuadió y le prometió, que el aldeano decidió salir al mundo con él en calidad de escudero.

Don Quijote le había repetido una y otra vez que se dispusiera a acompañarlo de buena gana, porque tal vez le podía suceder alguna aventura en la que ganase, en un quítame allá esas pajas, alguna isla y él lo nombrase gobernador de ella. Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó a su mujer y a sus hijos y fue tras don Quijote en busca de riquezas y honores.

Don Quijote, pues, volvió a las andadas. Avisó a Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él fuera consiguiendo las cosas que le hiciesen falta. Dijo Sancho que pensaba llevar **alforjas**, pero sobre todas las cosas, un asno muy bueno que tenía, ya que él no era demasiado **ducho** en eso de estar de pie. Al principio don Quijote puso algunos reparos a lo de asno, ya que no recordaba ningún caballero andante cuyo escudero cabalgase un pollino, pero al final acabó aceptándolo, aunque le aclaró que debería cambiarlo por el primer caballo que le quitase al primer caballero **descortés** con que topara.

Una noche, pues, el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha y su escudero Sancho Panza salieron del lugar sin que nadie los viese. Tanto anduvieron por los campos de Montiel que, llegada la aurora, estaban seguros de que no los hallarían aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su **jumento** como un patriarca, deseando mucho verse cuanto antes como gobernador de la isla que su amo le había prometido.

—Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo de la isla que me tiene prometida. Yo la sabré gobernar, por grande que sea.

—No tienes por qué admirarte, Sancho. Has de saber, amigo, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes hacer gobernadores a sus escuderos de algunas islas o reinos que ganaban. Te digo más, bien podría ser que antes de seis días ganase yo uno de tales reinos, que **viniese de molde** para coronarte rey del mismo.

—De esa manera —respondió Sancho Panza—, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos, Juana Gutiérrez, mi mujer, vendrá a ser reina, y mis hijos, infantiles.

—Pues ¿quién lo duda?

—Yo lo dudo —replicó Sancho Panza—, porque creo que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de mi Juana Gutiérrez. Sepa vuestra merced que no vale ni dos **maravedíes** para reina: condesa le caerá mejor, y eso si Dios ayuda.

—Encomiéndalo tú a Dios, Sancho, que él sabe lo que más te conviene, pero no apoques tu ánimo tanto que acabes contentádotte con menos de ser capitán.

—No lo haré, señor mío —respondió Sancho—, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

La aventura de los molinos de viento

Se cuenta que una de las primeras aventuras que le sucedieron a don Quijote, acompañado de su escudero Sancho Panza, fue la de los molinos de viento. Estos molinos, que sirven para moler el trigo aprovechando la fuerza del viento, eran entonces muy comunes en la Mancha y, en general, en todos los campos de Europa.

Sucedió que caballero y escudero atravesaban la llanura manchega, cada cual en su **cabalgadura**, cuando vieron treinta o cuarenta de dichos molinos, cosa en la que, de tan común, Sancho ni siquiera reparó. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con nuestro caballero andante.

—La suerte va guiando nuestras cosas mejor de lo que podríamos desear —dijo, con la mirada fija en los molinos—. Amigo Sancho Panza, mira allí, donde se descubren treinta espantosos gigantes, con quienes pienso **entablar** una batalla y quitarles a todos la vida. Con el botín, Sancho, comenzaremos a enriquecernos. No te preocupes, que ésta es buena guerra y es un gran servicio quitar tan mala semilla de la faz de la tierra.

Sancho miró a todas partes y no vio a ningún gigante, hasta que se le ocurrió que su señor sufría una confusión.

—¿Qué gigantes? —dijo.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo—, de brazos largos.

—Mire vuestra merced —contestó Sancho, que acabó de confirmar

sus sospechas— que aquellos que allí se muestran no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que, movidas por el viento, hacen andar la rueda del molino.

—Se nota que no sabes demasiado de esto de las aventuras — respondió don Quijote—, pues son gigantes. Si tienes miedo, quítate de ahí y ponte a rezar, que yo voy a tener con ellos una fiera y desigual batalla.

Sin añadir palabra, pico con las **espuelas** a Rocinante y no hizo ningún caso de las advertencias que Sancho le seguía haciendo, ahora a **voz en cuello**. Cuando don Quijote estuvo a poca distancia de aquellas construcciones que en su locura veía cambiadas en seres monstruosos y **dañinos**, detuvo su rocín, clavó la lanza en el terreno y con mirada y voz desafiantes comenzó a hablarles con los modos y en la lengua en que estaban escritos sus libros de caballería.

—¡Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os **acomete**!

Es eso se levantó un poco de viento y, como consecuencia, las grandes aspas comenzaron a moverse.

—Pues aunque mováis más brazos que el gigante Briareo, que tenía cientos, me lo habéis de pagar —acabó don Quijote.

Diciendo esto, puso su valor y su vida en manos de su señora Dulcinea, pidiéndole que le **socorriese** en una aventura tan peligrosa y acto seguido, con la lanza en ristre, embistió al primer molino que tuvo delante. Dándole una lanzada en el aspa, ésta se movió con tanta fuerza que se llevó consigo al caballo y al caballero, que cayeron rodando **deslomados** por el campo.

—¡Válgame Dios! —dijo entonces Sancho, que había corrido a ayudar a su amo—. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirarse bien lo

que hacía, que éstos no eran otra cosa que molinos de viento y que sólo podía confundirlos quien tuviera otros tantos molinos en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—, que las cosas de la guerra siempre están cambiando. Pienso que me persigue uno de los mayores sabios **malignos**, el mago Frestón, que quiere **arrebatar**me la gloria de su derrota. Me tiene una gran enemistad, pero al final no podrán sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede —dijo Sancho, resignado al oír los **disparates** que su amo tanto hacía como decía.

Con la ayuda de Sancho, don Quijote volvió a subir sobre Rocinante, que también estaba molido. Pusieron camino hacia Puerto Lápice, lugar donde según dijo el hidalgo, no podían encontrar otra cosa que grandes aventuras.

Sancho no quiso insistir en la cuestión de los molinos, pero a su manera él también tenía el pensamiento puesto en fabulosas aventuras: a pesar de que su amo parecía no estar demasiado bien de la cabeza, gracias al hecho de servirlo pensaba ganar una isla donde gobernar.

El yelmo de Mambrino

En una ocasión en que se puso a llover no poco y que don Quijote y Sancho se hallaban en una llanura, tuvieron que refugiarse en un molino abandonado que por allí había. Pasaron un rato, contemplando cómo caía la lluvia, hasta que los ojos de don Quijote se pusieron a brillar del modo en que lo hacían cuando alguna aventura se acercaba. A pocos pasos iba un hombre a caballo que traía en la cabeza una cosa que **relumbraba** como si fuera de oro.

—Me parece —dijo Sancho— que la Fortuna trae hasta mí una **colosal** empresa. Digo esto porque, si no me engaño, hacia nosotros

viene uno que trae puesto en su cabeza el **yelmo** de Mambrino, del que hice juramento de rescatarlo.

Sancho preguntó qué yelmo era ése, y su amo le explicó que Mambrino era un rey **moro** al que le habían robado un casco que tenía la virtud de volverlo invisible. Al oír esto, Sancho se permitió dudar de las palabras de su dueño.

—¿Cómo me puedo equivocar en lo que digo, desconsiderado traidor? —exclamó don Quijote—. Dime, ¿no ves a ese caballero que hacia nosotros viene cabalgando sobre un **rucio** y que lleva en la cabeza un yelmo de oro?

—Lo que yo veo —respondió Sancho— no es más que un hombre sobre un asno, pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que brilla.

—¡Pues ése es el yelmo de Mambrino! —dijo don Quijote—. Apártate y déjame con él a solas. Verás que ahorraré palabras y que esta aventura ha de ser rápida. Por fin será mío el yelmo que tanto he deseado.

Sancho calló y se apartó, tal como le decían.

Sucedía que por aquellos lugares había dos pueblos a corta distancia uno del otro, uno era bastante grande, y el otro, pequeño. Ése era el motivo por el cual el barbero del primero solía ir algún día de la semana a prestar sus servicios al segundo. Ese día para protegerse de la lluvia, se había puesto en la cabeza su bacía, el **cazo** con que preparaba el agua y lo que hiciera falta para su oficio. Como estaba muy limpia, **relucía**.

Don Quijote, sin entrar en razones con el barbero, que a su entender era un **usurpador**, se dirigió hacia él lanza en ristre, y si no

fuera porque el hombre lo vio a tiempo y se dejó caer del burro, lo hubiera atravesado. Don Quijote insistió, y volvió a dirigir la punta de la lanza al cuerpo caído, pero el barbero, veloz como un **gamo**, se incorporó de un salto y echó a correr por el llano, quedando fuera de su alcance. Tuvo don Quijote la suerte de que, al caer el hombre del rucio, la **bacia** rodase a cierta distancia, de modo que pudo apoderarse de ella. No contento con conquistarla, se la puso en la cabeza. Le quedaba muy grande y, además, para ser yelmo era sólo medio yelmo.

—Sin duda que Mambrino debía tener la cabeza grandísima y que de su yelmo se ha perdido la mitad de abajo. ¿Sabes lo que creo, Sancho? Que esta famosa pieza de este encantado yelmo, por algún extraño accidente cayó en poder de quien no supo estimar su valor y, sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio. Yo me encargaré de arreglarla en cualquier lugar en que haya un herrero. Mientras tanto la llevaré como pueda, que más vale algo que nada para defenderse de las piedras.

El Quijote contado a los niños

Rosa Navarro Durán

Don Quijote de la Mancha

En una aldea de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía —no hace mucho tiempo— un hidalgo de mediana edad. Tendría unos cincuenta años. Era delgado, sus piernas eran largas y flacas, y su cara seca. Le gustaba madrugar e ir de caza.

Unos dicen que se llamaba “Quijada” o “Quesada”, y otros “Quijana”. Pero esto importa poco a nuestra historia.

Se pasaba las horas leyendo libros de caballerías, hasta tal punto que dejó de cazar. Ya no le interesaba más que leer esas historias apasionantes. Incluso vendió tierras para comprarse más libros.

Leía de día y noche las aventuras fantásticas que vivían los caballeros de esos libros y acabó creyendo que todas eran ciertas: que había gigantes y encantadores, desafíos y batallas. Odiaba a los malos y admiraba a los valientes.

Y tanto se metió en esos libros maravillosos que decidió hacerse caballero andante como sus personajes, para conseguir fama y ayudar a la gente.

Pero para ser caballero andante necesitaba tres cosas: armas, caballo y una dama a quien servir.

Encontró en su casa las armas de sus **bisabuelos**. Estaban llenas de **moho**, pero él las limpió. Entonces se dio cuenta de que le faltaba

un casco que le cubriera la cabeza. Lo hizo de cartón y, para probar si era fuerte, le dio dos golpes con la espada. Y claro, ¡lo rompió! De tal manera que hizo otro con barras de hierro por dentro, pero no lo probó de nuevo, por si se le volvía a romper. Fue a ver a su caballo, que sólo tenía piel y huesos, y decidió que debía ponerle un nombre adecuado a su nuevo oficio. Cuatro días tardó en encontrar el de “Rocinante”, que le pareció que era un nombre significativo: así todo el mundo sabría que había sido antes rocín y que ahora era el primer rocín del mundo. Se pasó luego ocho días buscándose a sí mismo nombre de caballero, hasta que encontró el de “don Quijote de la Mancha”, porque un “quijote” —palabra cercana a su apellido— es una pieza de armadura del caballero que protege el **muslo**. Y como él era de la Mancha, lo añadió a su nombre, como solían hacerlo los héroes de los libros de caballería. Uno de sus modelos, el gran Amadís, se llamaba “de Gaula” para hacer famosa su patria. Él haría lo mismo.

Tenía ya armas, caballo y nombre, pero se dio cuenta de que le faltaba algo esencial: una dama a quien amar. Porque cuando él venciese a gigantes o a caballeros, como solía ocurrir —pensaba—, tendría que mandarlos a su dama para que se pusieran a sus pies y le contarán cómo los había vencido el gran don Quijote de la Mancha.

De pronto se acordó de que durante un tiempo anduvo enamorado de una labradora de un pueblo vecino. Se llamaba Aldonza Lorenzo. ¡Ya tenía dama en quien pensar!

Tan sólo debía también ponerle un nombre adecuado, de princesa y gran señora. Y pensando, pensando, encontró el de Dulcinea de Toboso, porque algo se podría parecer —aunque de lejos— al de Aldonza, y ella era del Toboso.

Don Quijote armado caballero

Una mañana del mes de julio, muy temprano, sin decir nada a su sobrina y a su ama, que vivían con él y lo cuidaban, se puso las armas. Luego se subió sobre Rocinante, tomó la lanza y salió por la puerta de corral al campo.

Empezó a andar, contentísimo de lo fácil que le había sido convertirse en caballero andante. Hasta que, de pronto, se dio cuenta, **espantado**, de que no lo era, porque no había sido armado caballero. Eso quiere decir que no podría luchar contra los que le iban a salir al paso.

Fue tan su **disgusto** que estuvo a punto de renunciar a su empresa. Sin embargo, decidió armarse caballero en la primera ocasión que tuviera, como había visto que pasaba en los libros.

Caminó todo aquel día sin que nada le sucediera, cosa que le hizo desesperar. Él estaba impaciente por demostrar lo valiente y fuerte que era.

Al anochecer, caballo y caballero estaban muertos de cansancio y de hambre.

De pronto, no lejos del camino, don Quijote vio una venta, aunque a él le pareció que era un castillo, como los que salían en los libros que llevaba en la cabeza. Se imaginó —o mejor dicho, en su cabeza vio— que la venta tenía torres, **almenas** puente **levadizo** y focos. Y estuvo esperando cerca del imaginario castillo a que un enano tocara una trompeta desde la almena, anunciando que acababa de llegar un caballero.

Por casualidad, un porquero, que andaba cerca arreando sus cerdos, tocó un cuerno, y a don Quijote le sonó igual que la señal esperada. Entonces, se dispuso a entrar en el castillo.

¡Cuál fue el susto que se llevaron al verlo unas mozas que estaban en la puerta del **mesón**! Él quiso tranquilizarlas y empezó a hablar como en los libros.

—¡Non fuyan las vuestras mereces...!

Ellas, al oírlo y ver el aspecto que tenía, pasaron del miedo a la risa, cosa que empezó a enfadar a don Quijote.

Menos mal que salió enseguida el ventero. Al ver la figura del caballero imaginó que no debía de estar muy cuerdo. Por eso le ofreció posada con buenas palabras.

A don Quijote le pareció el señor del castillo y aceptó **gustoso** su invitación.

Las mujeres lo ayudaron a desarmarse, pero no pudieron quitarle el casco porque lo tenía atado con cintas verdes y fuertes nudos, y él no quiso que las cortaran.

Como él tenía que sostener la visera, sólo pudo comer con su ayuda: ellas le ponían la comida en la boca. Beber fue más complicado: necesitó una caña que el ventero agujereó.

Y dado que a él le parecía que comía en un castillo y lo ayudaban bellas doncellas, decidió que ése era el lugar adecuado para armarse caballero. Y así se lo pidió al señor del castillo.

El ventero, que era aficionado a los libros de caballerías, aceptó hacerlo.

Pasó la noche **velando** las armas, las puso sobre una pila de agua que había junto a un pozo. Y con su lanza y su escudo, empezó a pasear delante de la pila.

Era ya noche cerrada, pero lucía luna llena.

A uno de los arrieros que se alojaban en la venta se le ocurrió dar de beber a sus mulas. Para ello, ni corto ni perezoso, se dispuso a quitar las armas que cubrían la pila.

Don Quijote, al ver su **osadía**, le advirtió amenazador:

—¡Oh, tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante! ¡Mira lo que haces y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento!

Cuando el arriero, sin hacerle caso, las tiró al suelo, el caballero le dio con la lanza un fuerte golpe en la cabeza.

A las voces del herido, acudieron los otros arrieros y empezaron a tirarle piedras desde lejos. Don Quijote intentó resguardarse, pero sin alejarse de las armas.

El ventero gritaba diciendo que lo dejaran, que estaba loco. El caballero los llamaba traidores y decía de ventero que era un mal nacido señor, porque permitía que trataran así a los caballeros andantes.

Viendo todo el **jaleo**, el ventero decidió que la ceremonia de armarlo caballero se hiciese cuanto antes, para que su venta quedara libre de tal loco y de todos los líos que causaba.

Primero hizo poner de rodillas a don Quijote. Luego tomó el libro en donde anotaba el gasto de paja y **cebada** y, murmurando entre dientes, como si rezara, le dio el espaldarazo, o sea, el golpe con la espada. Una de las mozas le ciñó el arma; y otra, la espuela.

Y don Quijote quedó convencido de que el dueño del castillo y dos doncellas lo habían armado caballero. Así que, contentísimo, se subió a Rocinante para ir en busca de aventuras.

Un desafío nunca visto

Ya tenemos a don Quijote como flamante caballero andante.

Cabalgado, llegó a una **encrucijada**, donde el camino se dividía en cuatro, y dejó a Rocinante que escogiese el que quisiera porque había leído en los libros que así lo hacían los caballeros.

A unos kilómetros, vio venir a un montón de gente. Eran seis mercaderes **toledanos** que iban a comprar seda a Murcia con sus criados. Llevaban sombrillas para protegerse del sol. Mas don Quijote creyó que eran caballeros andantes y los desafió al modo de los libros de caballerías:

—Todo el mundo se detenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

Los mercaderes, al ver tal extraña figura y tan extraño discurso, se quedaron primero asombrados, pero luego le siguieron la corriente como a un loco.

Acabaron diciendo:

—Tranquilo, señor que estamos dispuestos a afirmar que Dulcinea es la dama más bella, y lo haríamos así aunque fuese **tuerta** de un ojo.

Don Quijote, furioso por el insulto a su señora, se dispuso a atacar con su lanza, con tan mala fortuna que Rocinante tropezó, y él y su amo se cayeron.

Quiso levantarse don Quijote, mas no pudo por el peso de las armas que llevaba. No le quedó más remedio que amenazarlos:

—Non fuyáis, gente cobarde. Gente cautiva, atended: que no por culpa mía sino de mi caballo, estoy aquí tendido.

Un mozo de mulas aferró la lanza y se la rompió en las costillas. Y encima le dio un montón de palos.

Cuando todos se marcharon, en medio del camino quedó nuestro valiente caballero andante sin poderse mover.

Así lo encontró, por suerte, un labrador de su pueblo. Éste le quitó las armas y lo ayudó a subir a su asno, mientras cargaba a Rocinante con las viejas armas del caballero.

Don Quijote, imaginando que estaba viviendo una aventura de libro, lo confundió con un tal Rodrigo de Narváez. Cuando su vecino intentó corregirlo, diciéndole que se llamaba Pedro Alonso, y que él no era el moro Abindarráez, como afirmaba, sino el señor Quijana, don Quijote le replicó:

—Yo sé quién soy, y sé que puedo ser los doce Pares de Francia y aun todos los nueve de la Fama, porque mis **hazañas** serán mucho mayores.

La lamentable vuelta a casa

Así vieron llegar al **molido** don Quijote, sobre un asno, el ama y la sobrina, y el barbero y el cura del pueblo, que eran muy amigos suyos.

Habían estado todos muy preocupados al no saber nada de él. Las dos mujeres echaban la culpa a los libros de caballerías que todo el día leía el hidalgo.

Lo llevaron a la cama, mientras él afirmaba que estaba molido por haberse caído de Rocinante cuando peleaba con diez gigantes. Pidió comida y que lo dejaran descansar.

Así lo hicieron.

Al día siguiente, ama, sobrina, cura y barbero miraron uno a uno los libros que tenía en su biblioteca y echaron la mayoría a una **hoguera** que hicieron en el corral. Luego **tapiaron** el **aposento**.

Cuando, a los dos días, don Quijote se levantó y fue a ver sus libros, no encontró ni la puerta. Ésa era la ocasión que sus amigos esperaban. Entonces lo convencieron de que todo había sido cosa de uno de los encantadores que le perseguía.

—Vino subido en una serpiente y se fue por el tejado, dejando la casa llena de humo —explicaron el cura y el barbero.

El buen caballero quedó pues convencido de que el mago Frestón había hecho desaparecer su tesoro, esos libros que le hacían vivir en otra realidad.

¡Menos mal que él tenía mucha memoria y recordaba todo lo que había leído!

Quince días pasaron y todo volvió a la calma en aquella casa. Todos creían que se había curado de su locura.

Pero él había estado hablando con un labrador, vecino suyo, llamado Sancho Panzo, para que le sirviera de escudero.

Lo convenció diciéndole que, como era muy probable que en alguna aventura ganase una **ínsula**, lo dejaría a él como gobernador.

El pobre labrador, ante tales maravillas, se comprometió a ser su escudero e ir con él en busca de aventuras sin decir nada a su mujer y a sus dos hijos.

Por fin, una noche salieron los dos, sin despedirse de nadie: el señor sobre Rocinante, y Sancho Panza sobre su asno, con las alforjas llenas de comida y una bota de vino.

Caminaron para estar al amanecer muy lejos de sus casas. Y así fue.

La espantable aventura de los molinos de viento

Iban los dos hablando de islas por el campo de Montiel, cuando se dibujaron en el horizonte treinta o cuarenta molinos de viento. Don Quijote, en cuanto los vio, le dijo a Sancho que iba a emprender una dura batalla contra esos treinta o pocos más **desaforados** gigantes.

Su escudero preguntó:

—¿Qué gigantes?

Y don Quijote, señalando los molinos, le dijo:

—Aquellos que allí ves, gigantes de brazos largos, porque algunos los suelen tener de casi un kilómetro.

Sancho intentó convencerlo de que no eran gigantes, sino molinos, y que lo que él creía brazos eran aspas.

Pero don Quijote le dijo que no sabía de aventuras y que eran gigantes, y gigantes de brazos largos. Que si tenía miedo, que se **apartara**: que él iba a entrar ya en batalla.

Y dicho y hecho: se lanzó contra ellos sin hacer caso de las voces de Sancho, que le gritaba.

En esto, se levantó un poco de viento, y las grandes aspas de los molinos empezaron a moverse. Don Quijote, creyendo que lo atacaban, les dijo:

—Aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y a todo galope de Rocinante, atacó con su lanza al primero que encontró.

El aspa, movida en ese momento por el viento, dejó su lanza hecha pedazos, y al caballo y al caballero por el suelo.

Sancho fue corriendo a ayudar a su amo diciéndole:

—¿No le dije yo que eran molinos de viento?

Y don Quijote, que apenas podía moverse, le aclaró que era cosa de los encantadores, Sin duda el sabio Frestón, que le había hecho desaparecer los libros, era quien había convertido a los gigantes en molinos. Y que contra esto, nada podía la fuerza de su brazo ni de su espada.

El maravilloso yelmo de Mambrino

En esto empezó a llover y siguieron camino por ver si encontraban algún lugar donde **guarecerse**.

De allí a poco don Quijote descubrió un hombre a caballo que traía en la cabeza algo que brillaba como si fuera de oro. Y, muy contento, le dijo a Sancho que la fortuna abría su mano. Porque el hombre que se les acercaba traía en su cabeza nada menos que el maravilloso yelmo de Mambrino, que él tanto deseaba tener. Y se propuso conseguirlo.

—¡Defiéndete o entrégame lo que con tanta razón se me debe! — gritaba.

El hombre era en realidad un barbero, Y el yelmo no era sino el recipiente en el que lavaba las barbas de sus clientes. A esa vasija se lo llamaba bacía y era de latón. El barbero se había puesto en la cabeza para que la lluvia no le estropeara el sombrero. Pues bien, cuando el pobre barbero vio llegar la extraña figura de don Quijote apuntándolo con su lanza y **chillándole**, se dejó caer del asno y empezó a correr tanto como le dejaron sus piernas. Abandonó bacía, asno y **albardas**.

Contentísimo, don Quijote se puso la bacía como yelmo en la cabeza, aunque no sabía cómo encajarla. Supuso, pues, que era un casco para la cabeza de un gigante y que encima le faltaba la mitad. Pensó que alguien, al verla de oro purísimo, no apreció su valor y había fundido la mitad del yelmo de Mambrino.

Pero estaba contento con su victoria y decidió llevarla a un herrero para que se la arreglase.

Sancho, por su parte, que vio desamparadas las albardas, preguntó a su señor si las podía cambiar por las suyas, como botín de la batalla. No le pareció mal a don Quijote, y así quedó muy mejorado su rucio, y ellos tuvieron de qué comer y beber. ¡Por suerte el barbero iba bien cargado de provisiones!

El cura y el barbero entran en la historia

El fiel Sancho se fue camino del Toboso y llegó cerca de la venta que conocía. En ese momento salían de ella el barbero y el cura de su pueblo. Habían ido en busca de don Quijote para tratar de convencerlo de que regresara a su casa.

Al ver a Sancho solo, le preguntaron por su amo.

Él no quería soltar prenda, pero como lo acusaron de haberlo matado y robado, el buen campesino les contó dónde estaba, qué hacía y todo lo que les había pasado.

Les iba a enseñar la carta para Dulcinea ¡y se dio cuenta de que se la había olvidado! Así que siguió hablando: que si su señor iba a ser emperador, o por lo menos rey; y que a él le daría un gran Estado en tierra firme, porque ya no quería las islas que le había prometido antes...

—Únicamente me preocupa —acabó— que don Quijote, en vez de emperador, llegue a ser arzobispo, porque no sé qué les toca a los escuderos de los “arzobispos andantes”.

El cura y el barbero se dieron cuenta de que el buen Sancho estaba igual de loco que su señor y optaron por no **desengañarlo**. Pero decidieron inventar algún conflicto importante que don Quijote tuviera que solucionar, por ejemplo alguna doncella afligida que necesitaba de sus servicios, para sacarlo de su penitencia.

Entonces el cura se disfrazó de mujer con la ayuda de la ventera. Y el barbero hacía de su escudero, con una barba **postiza** que le llegaba a la cintura.

Cuando Sancho los vio así disfrazados, no podía parar de reír. Eso echó por tierra el engaño. Visto esto el cura rechazó hacer el papel de la doncella y pidió al barbero que lo hiciese él. O mejor aún, ya se disfrazarían cuando estuvieron cerca del lugar de penitencia de don Quijote.

Hacia allá fueron. Al día siguiente llegaron donde Sancho había puesto unas ramas de **retama** para orientarse. Lo mandaron que se adelantara y que dijera a su señor que, aunque hubiera olvidado la carta, había ido con la embajada a su señora Dulcinea. Que ella le había pedido que fuera a verla inmediatamente.

Por supuesto, antes lo metieron en la cabeza a Sancho lo importante que era su mentira, porque de otra forma nunca llegaría a ser emperador. Y le prometieron que ellos convencerían a su señor de que no quisiera ser arzobispo.

Sancho dejó al cura y al barbero sentados a la sombra de los árboles junto a un **riachuelo**.

Allí precisamente **acudió** un joven. Enloquecido por su historia amorosa, andaba por aquellos montes **asaltando** a veces a los pastores para comer, **desgreñado** y con el vestido roto. El caso es que Cardenio —que así se llamaba— les contó sus desgraciados amores con la bella Luscinda.

Estaba el cura intentando consolar a Cardenio, cuando oyeron una dulce voz de alguien que se quejaba amargamente. Se levantaron todos y, detrás de un peñasco, vieron a un joven que se estaba lavando los pies. Al poco se quitó la montera y se esparcieron sus largos cabellos rubios, por lo que los tres se dieron cuenta de que no era un muchacho, sino una hermosísima chica.

Decidieron preguntarle quién era y qué le pasaba.

Al verlos, primero intentó huir, pero no pudo **calzarse** con tanta rapidez. Y en el acto los tres la tranquilizaron y le ofrecieron su ayuda. La disfrazada muchacha les contó entonces su historia. Se llamaba Dorotea y su amado la había dejado para casarse precisamente con la novia de Cardenio.

Así mismo, el cura y el barbero les contaron a los dos jóvenes el caso de don Quijote y lo que pensaban hacer.

Dorotea confesó que ella había leído muchos libros de caballerías y se ofreció para hacer el papel de doncella desamparada que acude al caballero andante a pedirle ayuda.

Sacó de una bolsa que llevaba un bello traje de mujer y se vistió. Todos quedaron admirados de su belleza.

Justo en ese momento llegó de vuelta Sancho y quedó sin habla porque nunca había visto a una mujer tan bella.

Le dijeron que era la princesa Micomicona, del reino de

Micomición de Guinea, que iba en busca de su amo para que luchara con un malvado gigante que le había quitado su reino.

Sancho quedó admirando y entusiasmado. Hasta pidió al cura que, por favor, convenciera a don Quijote de que, después de haber matado al gigante, se casara con esa princesa tan bella. Así no se le pasaría por la cabeza ser arzobispo, **heredaría** el reino de Micomicón y él podría tener algún Estado que gobernar.

Luego contó cómo había encontrado a su señor don Quijote: flaco, amarillo y muerto de hambre.

Por supuesto le había dicho que Dulcinea le mandaba salir del retiro e ir a verla. Pero él le había replicado que, hasta que no llevara a cabo grandes **hazañas** que lo hicieran digno de ella, no pensaba ir a verla.

Por tanto, la aventura de la princesa Micomicona llegaba en el momento oportuno...

La princesa Micomicona y el encantamiento de don Quijote

Todos se dirigieron al lugar donde estaba don Quijote. Bueno, Cardenio y el cura, como no tenían papel en la historia, decidieron esperar. El barbero, con la barba postiza, hacía de escudero.

Encontraron al caballero entre unas **peñas**, vestido, pero no armado. Dorotea, como princesa Micomicona, se puso de rodillas ante él diciéndole:

—Vengo a pedir os remedio para mis **desdichas**, pues soy la más **agravada** y desconsolada doncella del mundo. No me levantaré hasta que no me deis favor.

Don Quijote quiso que se levantara enseguida y le otorgó inmediatamente el favor que le pedía sin siquiera saber cuál era. Fue Sancho quien le dijo al oído que, total, era sólo matar un gigantazo, que eso no era nada para él. Luego le advirtió que tenía delante nada menos que a la princesa Micomicona.

La voz de don Quijote volvió a insistir con fuerza:

—La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el favor que pedirme quisiere.

Naturalmente, la princesa le pidió lo que solían pedir las princesas en los libros de caballerías: que fuera con ella para librarla del gigante que se había apoderado de su reino. Añadió que, hasta lograrlo, no se metiera en ninguna empresa más.

Don Quijote puso así fin a sus lamentos con un “manos a la obra”. Mandó al momento a Sancho que recogiera las armas que había colgado de un árbol. Ensilló también el escudero a Rocinante, y se pusieron en marcha.

Les salieron al camino Cardenio y el cura.

Éste fingió encontrarlos por casualidad y saludó al caballero andante con gran ceremonia:

—Para bien sea hallado el espejo de la caballería, mi buen compatriota don Quijote de la Mancha.

Pretendió **cederle** don Quijote el caballo, pero el cura no quiso.

El barbero, que iba como escudero de la princesa, sí bajó de su mula para cederle al cura la silla. Y al sentarse él en las **ancas**, el animal dio dos **coces** y tiró al suelo el barbero. Al levantarse rápidamente, perdió la barba postiza. Don Quijote, que lo vio, creyó que era milagro. Por suerte no le reconoció. El cura acudió enseguida y, con unas

palabras mágicas, lo volvió a poner la barba en la cara al pobre barbero, que estaba quejando de la caída.

¡Cuánto le interesó al caballero la fórmula!

Así llegaron todos a la venta de Palomeque el Zurdo.

Cosas del azar, allí acudieron también don Fernando, el olvidadizo enamorado de la bella Dorotea, y Luscinda, la fiel amada de Cardenio. Dorotea consiguió recuperar el amor de Fernando. Y Cardenio pudo por fin reunirse con su adorada Luscinda

Los enamorados estaban felices y se unieron a la causa de don Quijote. Entre todos decidieron que lo mejor para devolver a su casa **sano y salvo** al hidalgo era hacerle creer que estaba encantado.

Y así lo hicieron.

Alquilaron los servicios de un carretero de bueyes que pasó por la venta e hicieron una gran jaula, donde pudiera haber don Quijote.

Mientras dormía, lo ataron de pies y manos. Cuando el caballero despertó, vio que no podía moverse y que estaba rodeado de una serie de fantasmas. Eran los jóvenes Fernando y Cardenio disfrazados. Lo alzaron en silencio y lo encerraron en la jaula.

Al tiempo que esto ocurría, se oyó una voz **fantasmal** que ponía **los pelos de punta**. Era el barbero diciendo una extraña profecía:

—El Caballero de la Triste Figura se verá libre de su encantamiento cuando se junte el **furibundo** león manchado con la blanca paloma de Toboso. Esto no ocurrirá antes de que el sol recorra dos veces todas las constelaciones.

Don Quijote, al oír la profecía, interpretó que dentro de dos años se casaría con Dulcinea.

De esta forma, quedó algo consolado de su desgracia, que era grande. Porque cuando se vio dentro de la jaula y en un carro de bueyes, pensó que nunca había leído que a los caballeros encantados se los llevara de esta manera, sino por los aires o encerrados en un carro de fuego.

Naturalmente pronto justificó tal **rareza** como una nueva forma de encantamiento.

Y así **emprendieron** el regreso a la aldea del caballero y de su escudero.

Sancho no sabía qué pensar: si creérselo todo o ver algún engaño en ello. En un momento que pudo acercarse a su señor enjaulado y hablarle a solas, le dijo que le parecía que dos de aquellos que llevaban cubiertos los rostros eran el cura y el barbero. Sospechaba que lo habían encerrado de pura envidia por sus hazañas. Y para demostrarle que eso era cierto, le preguntó:

—Usted, señor, ¿tiene ganas de hacer aguas menores?

Y cuando don Quijote le dijo que sí, Sancho obtuvo la prueba de que no estaba encantado.

—Porque los encantados ni comen ni beben. Por tanto, no deben de tener ninguna “otra necesidad”.

Pero don Quijote le explicó que los tiempos habían cambiado y que debía de haber muchas formas de encantamiento.

Él estaba convencido de que estaba encantado, y eso bastaba.

De hecho, al cabo de un rato, el cura y el barbero, bajo sus disfraces de espíritus, lo sacaron de la jaula tras prometer él que no se escaparía. ¡Al fin y al cabo, adónde podía ir, si estaba encantado!

Todavía se enfrentaron a un nuevo peligro antes de llegar a casa de don Quijote.

Éste vio una **procesión** de hombres vestidos de blanco que iban a una **ermita** a pedir a Dios que lloviera. El año estaba resultando muy seco, y no tenían agua.

Como llevaban una imagen de la Virgen cubierta de **luto**, don Quijote creyó que eran malandrines que llevaban a la fuerza a una dama. Subió rápidamente sobre Rocinante y se lanzó contra ellos gritando que soltasen a la señora.

Uno los esperó con un bastón y, al ver que don Quijote lo rompía con una cuchillada, le dio tal golpe que lo tiró al suelo. Quedó como muerto el caballero. Así lo creyó su fiel Sancho, que se echó sobre su cuerpo llorando desesperado:

—¡Oh, flor de la caballería! ¡Con sólo un **garrotazo** acabaste la carrera de tus gastados años!

A sus voces y a su llanto, don Quijote volvió en sí y le pidió que lo ayudara a ponerse en el carro encantado, porque tenía un hombro hecho pedazos.

Lo pusieron en él; y a los seis días, así enjaulado, llegó a su aldea.

Como era domingo al mediodía, la gente estaba en la plaza, por donde pasó el carro con el caballero andante. Todos fueron a ver quién era. Un muchacho corrió a decirles a la sobrina y al ama de qué forma volvió su tío y señor.

Los gritos de las dos señoras contra los libros de caballerías se oyeron en toda la casa. A ellos les echaba la culpa de la vida que llevaba el buen hidalgo **manchego**.

También acudió a recibir a su marido Teresa Panza. Y lo primero que le preguntó fue por los regalos que le traía. Entonces Sancho le anunció que, cuando salieran otra vez con su señor en busca de aventuras, se convertiría en conde o gobernador de una isla.

Y así sería, pero para ello hay que leer la Segunda parte del **ingenioso** caballero don Quijote de la Mancha.

El encantamiento de Dulcinea

Caminaron esa noche y todo el día siguiente sin que nada nuevo les pasara hasta que descubrieron la ciudad del Toboso. Entraron de noche.

Como Sancho había mentido diciendo que había ido a ver a Dulcinea, no sabía dónde llevar a su señor, que quería ir al palacio de su dama. Su excusa era que, como sólo había visto una vez la casa de su señora, no se acordaba del camino. Por eso le pidió a don Quijote que guiase él. Sin duda debía de haberla visto miles de veces.

—¿No te he dicho que en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea y que sólo estoy enamorado **de oídas**? —replicó, enfadado, don Quijote.

En esto vieron venir a un labrador con dos mulas, que iba al campo antes del amanecer. Le preguntaron si sabía dónde estaban los palacios de la princesa Dulcinea del Toboso. Él les dijo que no sabía que hubiera princesa alguna en ese pueblo.

—Aunque soy **forastero**... Mejor pregunten al cura —acabó justificándose.

Sancho ya no sabía qué hacer para salir del apuro.

Al menos consiguió convencer a su señor de que salieran de la ciudad. Se ofreció a ir él solo de día en busca de la dama, para decirle que su caballero estaba esperando a ser recibido. A don Quijote le pareció una buena idea, y así lo hicieron.

Cuando Sancho dejó a su señor a caballo apoyado en la lanza, sumergido en sus pensamientos e imaginaciones, se **apeó** de su asno y se preguntó a sí mismo qué podía hacer. No sabía ni dónde ir ni a quién buscar. Y si de verdad existía tal princesa, seguro que los del Toboso, al saber que iba molestar a su dama, le molerían a palos las costillas.

De repente el buen escudero tuvo una idea. Pensó que no sería difícil “encantar” a Dulcinea. Haría creer a su señor que la primera labradora que viera era su señora transformada. Si el otro lo negaba, él lo juraría. Y así solucionaría este asunto.

Dejó pasar la mañana para que don Quijote creyera que había tenido tiempo de ir y volver. Luego se fue donde estaba su señor.

En ese momento, salían del Toboso tres labradoras sobre tres **borricas**. Sancho, al verlas, apresuró su paso para decirle a su señor que era Dulcinea acompañada de dos doncellas.

Don Quijote no podía creer lo que veía. Porque esta vez sí veía él a tres labradoras sobre tres borricas, mientras Sancho le hablaba de vestidos de oro, de perlas y diamantes, de largos cabellos rubios sueltos por las espaldas y de tres hermosas **jacas**,

Sancho se puso de rodillas delante de una de las aldeanas llamada “reina y princesa y duquesa de la hermosura”.

Don Quijote sólo veía a una fea aldeana. Sin embargo, se puso también de rodillas, aunque la miraba con ojos **desencajados**.

Ella, al oír las palabras que le decía Sancho y ver a esos dos extraños personajes, les dijo:

—¡Mi agüelo! ¡Amiguita soy yo de oír piropos! ... Apártense y déjenos pasar.

Don Quijote estaba convencido de que otra vez los encantadores le habían cambiado la realidad. Así que pidió a Sancho que se levantara.

Se fueron también las tres aldeanas. Y así quedó encantada la señora Dulcinea, por gracias e ingenio de Sancho Panza.

La gran batalla con el bravo caballero de los espejos

Era de noche. Don Quijote y Sancho descansaban al pie de unos árboles. Mientras los animales pacían, don Quijote, que sólo **dormitaba**, oyó un ruido a sus espaldas. Miró y vio que era un caballero andante con su escudero.

Despertó enseguida a Sancho susurrando en voz baja:

—Hermano Sancho, aventura tenemos.

Y, en efecto, iba a ser una gran aventura.

El caballero de los Espejos, que así dijo llamarse, le contó a don Quijote que estaba enamorado de la bellísima dama Casildea de Vandalia. Por ella había hecho un montón de **proezas**. Entre ellas, vencer a la gigante Giralda y a muchos caballeros. Y citó como ejemplo al famoso caballero don Quijote de la Mancha, a quien había hecho confesar que Casildea era más hermosa que Dulcinea.

Al oír esto, don Quijote estuvo a punto de decirle que mentía, pero quiso preguntarle más detalles de ese caballero...

Y el Caballero de los Espejos lo retrató así:

—Es un hombre alto, seco de rostro, estirado, **entrecano**, la nariz **aguileña**, de bigotes grandes y caídos. Se llama el Caballero de la Triste Figura y lleva como escudero a un labrador llamado Sancho Panza.

Don Quijote, asombrado de la precisión de las señales, le contó que él era ese don Quijote. Que jamás había combatido con él. Que debía de ser otra **jugarreta** de los encantadores, que acababan de transformar a su señora Dulcinea en una fea aldeana.

Y para probarlo, lo desafió a combate.

El Caballero de los Espejos aceptó enseguida el desafío. Únicamente puso la condición de que el vencido quedase a voluntad del vencedor para hacer todo lo que él quisiera.

A don Quijote le pareció muy bien, y ambos decidieron empezar la singular batalla en cuanto saliera el sol.

Mientras tanto, sus escuderos **habían hecho muy buenas migas**. Primero habían probado la bota de vino juntos y luego roncaron a compás.

Cuando empezó a amanecer, Sancho descubrió con asombro que su compañero tenía una nariz **descomunal**. Estaba llena de verrugas y era morada como una berenjena. Lo cierto es que sintió temor y respeto hacia el propietario de tamaña nariz.

El Caballero de los Espejos llevaba ya puesto el casco, que coronaban plumas verdes, amarillas y blancas. Sobre las armas, lucía una casaca que parecía de oro, con muchas lunas de espejos. Era un hombre no muy alto, pero fuerte. Su lanza era grandísima y gruesa.

Don Quijote todavía no había tenido tiempo de situarse en el campo de batalla. Estaba ayudando a Sancho a subir a un **alcornoque**, a salvo del **narigudo** y temido escudero.

Sin embargo, el Caballero de los Espejos corría ya sobre su caballo a su encuentro. Quiso entonces frenar, pero el caballo no le obedeció. Se le torció la enorme lanza y, con la confusión, chocó con la lanza de don Quijote.

Fue tal el golpe, que el de los Espejos quedó como muerto en el suelo.

En cuanto don Quijote lo vio derribado, fue a quitarle las lazadas del yelmo y ver si el caballero estaba vivo o muerto ¡Y qué vio! ¡Pues que tenía el mismo rostro que el bachiller Sansón Carrasco!

Llamó enseguida a Sancho, que bajaba a toda prisa del alcoraque:

—¡Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no has de creer!
¡Advierte lo que pueden los hechiceros y los encantadores!

Sancho se quedó tan admirado como su señor. Muerto de terror, pidió a su amo que le clavara la espada, porque así remataría a aquel encantador enemigo suyo.

Ya lo iba a hacer don Quijote, cuando el otro escudero se acercó gritando que no lo hiciera. Repetía que el que tenía a sus pies no era el bachiller Sansón Carrasco.

Pero lo más sorprendente era que ya no tenía la descomunal nariz. ¡Sin ella, Sancho descubrió que era igualito que su vecino Tomé Cecial!

En éstas, despertó el Caballero de los Espejos.

Don Quijote le hizo jurar que su Dulcinea era mucho más bella que Casildea y que además iría a presentarse como vencido a los pies de su dama.

Todo lo juró el de los Espejos. Incluso reconoció que el que había vencido en el pasado no era don Quijote de la Mancha, sino

uno que se le parecía; del mismo modo que él se parecía al bachiller Sansón Carrasco.

Sancho había aprovechado para hablar con Tomé Cecial, y sus respuestas confirmaban que era verdaderamente su vecino. Sin embargo, no acabó de creerlo. ¡Tal era la fuerza de la palabra de su señor y la de sus encantadores!

Y el vencido caballero y su escudero sin narices se fueron.

La historia dice que en este caso no habían intervenido los encantadores.

El caballero de los Espejos era realmente Sansón Carrasco, y su escudero, Tomé Cecial.

El bachiller había ideado este truco. Pensaba vencer fácilmente a don Quijote. Luego iba a ponerle como condición que volviera a su pueblo y que no saliera de su casa en dos años. Sabía que don Quijote cumplirá su promesa por no faltar a las leyes de la caballería. Y con tanto tiempo, olvidaría su oficio de caballero andante.

Pero no sucedió como pensaba el bachiller. ¡Y si no, que le pregunten a sus costillas!

El caballero del verde gabán, y la espantosa y destinada aventura de los leones

Orgullosísimo y contentos iban por los caminos el Caballero de la Triste Figura con su escudero. Comentaban la hazaña, las narices del escudero, que si era Tomé Cecial o no...

Los alcanzó entonces un hombre sobre una hermosa yegua. Llevaban un **gabán** de fino paño verde y armas **moriscas** del mismo color. Tendría unos cincuenta años. Era **gallardo** y serio.

Se llamaba Diego Miranda. Era bastante rico y vivía feliz con su mujer y sus hijos. Se dedicaba a cazar, pescar y sobre todo leer.

Al compartir su afición a la lectura con don Quijote, invitó a éste y a Sancho a ir a su casa, donde pasarían unos días tratados con mucha cortesía.

Pero antes, una nueva y asombrosa aventura le salió al paso a don Quijote.

Mientras los dos caballeros hablaban, Sancho había visto unos cabreros y fue a comprarles unos requesones.

De pronto, don Quijote vio venir por el camino un carro lleno de banderas reales y llamó a voces a su escudero para que le diera su casco.

Precisamente Sancho había guardado los requesones en el casco de don Quijote. Y al ponerse éste, los requesones empezaron a bajarle por el rostro y barbas. ¡**Menudo** susto! Creía que se le derretían los **sesos**.

Se limpió con un pañuelo el sudor y se quitó el casco para ver qué le enfriaba la cabeza. Así descubrió los requesones y rápidamente imaginó que era cosa de Sancho.

Pero él, sin **inmutarse**, le dijo que nada sabía del tema. ¡Que era otra vez cosa de los encantadores!

—Todo puede ser —aceptó don Quijote.

Llegaba ya a su altura el carro de las banderas. Traía dos enormes leones enjaulados que el general de Orán mandaba al Rey.

Don Quijote le dio el alto, pero el carretero le pidió que le dejara pasar. Tenía que darse prisa en llegar donde dieran de comer a los leones. Eran machos y hembra y estaban hambrientos.

Don Quijote, sonriéndose un poco, dijo:

—¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas? Abrid las jaulas, buen hombre, que en mitad de este campo les daré a conocer quién es don Quijote de la Mancha.

Todos intentaron convencerlo de que era una locura. Pero don Quijote, **impacientándose**, amenazó al carretero:

—¡**Bellaco**, si no abres enseguida las jaulas, con esta lanza os he de coser con el carro!

El carretero, ante la amenaza, pidió que le dejara soltar las mulas y ponerse a salvo. Y lo mismo hicieron Sancho y el del Verde Gabán, corriendo lo más que podían.

La jaula del león macho quedó abierta. Don Quijote, a pie para que no se espantase Rocinante, se acercó al inmenso animal con el mayor valor del mundo.

El león, al ver la jaula abierta, se revolvió en ella. Abrió la boca — que dejó al descubierto dos palmos de lengua— y bostezó. Hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula. Miró a todas partes con los ojos como brasas y, enseñando las partes traseras a don Quijote, se echó de nuevo en la jaula.

Don Quijote gritaba al carretero que lo hicieran salir dándole palos, pero éste replicó que, si lo hacía, lo **despedazaría** a él. El animal tenía la jaula abierta. Si no salía, es que **rehusaba** al combate. Así que el vencedor indiscutible era el caballero.

A don Quijote le pareció bien argumentado y dio por finalizada su batalla. Puso en la lanza su pañuelo y llamó a gritos a los que todavía seguían huyendo.

Regresaron todos a ver qué había pasado. Don Quijote mandó a Sancho que le diera dos monedas de oro al carretero por el tiempo que había perdido. Éste, con el brillo de dinero, les contó la hazaña del caballero **poniéndolo por las nubes**, hablando de su valentía y de cómo había **acobardado** al león. Incluso prometió contarle al Rey la hazaña.

Don Quijote le dijo que, si le preguntaban quién lo había hecho, contestara que el Caballero de los Leones, porque en aquel momento cambiaba su nombre por ése.

Y por fin fueron a descansar unos días en casa de don Diego Miranda. ¡Bien ganado se tenía el reposo el valiente caballero!

Narrativas personales, poesía y Don Quijote

Glosario

A

a menos que, excepto si

abigarrado, adj. de colores mal combinados

abochorna, v. calienta

abordar, v. subir, entrar

acantilado, s. precipicio al borde del mar

acobardado, adj. ponerse cobarde, tener miedo

acomete, v. ataca

acometido, v. hacer

acontecimiento, s. suceso, evento

acrecentaba, v. crecía, aumentaba

acudió, v. fue

acurrucar, v. abrazarse o encogerse

aflautados, adj. como flautas

aflijas, v. apenes

aglomerado, s. cantidad

agolpaba, v. venía de golpe

agravada, adj. con malestar

agrícola, adj. de la tierra

agridulce, adj. agrio y dulce al mismo tiempo; que da placer y que da tristeza al mismo tiempo

aguileña, adj. de águila

ahorrar, v. guardar dinero

aislamiento, s. soledad

alabado, adj. admirado

alados, adj. con alas

albardas, s. silla de montar

albeando, v. que se ponen blancos

alcornoque, s. tipo de árbol

aldea, s. pueblo pequeño

alentara, v. dar ánimo

alforjas, s. bolsas que cuelgan del caballo

almenas, s. parte de muro de una fortaleza

alunizaje, s. aterrizar en la Luna

amosaicado, adj. como si estuviera hecho de mosaicos
anaquel, s. estante, repisa
ancas, s. muslos
angostas, adj. poco ancho
angustiadas, adj. miserable
anidar, v. hacer un nido
añorando, v. deseando
ansioso, adj. con un deseo muy fuerte
anuncio, s. un mensaje
apartara, v. alejarse, salir del camino
apedrear, v. tirar piedras
apeó, v. desmontó
aportación, s. colaboración
aposeno, s. casa, albergue
apresuro, v. darse prisa
apretujados, adj. apretados
aptitud, s. capacidad, habilidad natural
apuro, s. dificultad
arduo, adj. difícil
arisco, adj. intratable
arrebatar, v. quitar

arrebuarse, v. coger sin orden
arriero, s. encargado de los animales de carga
artificio, s. aparato
asaltando, v. robar
asentí, v. estar de acuerdo
áspera, adj. ronca y desagradable
aterrado, adj. con miedo
atisbo, s. lugar, conjetura
ato, v. amarro, uno
atrevida, adj. sin miedo, valiente
austeros, adj. sin excesos, ajustados
averiguar, v. investigar, preguntar

B

bacalao, s. pescado
bacía, s. vasija
baldío, adj. vacío
barbilla, s. parte de la cara bajo la boca
barriletes, s. cometa
becada, adj. que no paga el colegio o la universidad
bellaco, adj. astuto

benigna, adj. de bondad
betabeles, s. remolacha
bisabuelos, s. padres de los abuelos
bonachón, adj. tranquilo y bueno
borricas, s. asno
brumosos, adj. con niebla
buscatalentos, s. persona que busca gente con talento

C

cabalgadura, s. animal de carga
cabezudo, adj. de cabeza grande
calzarse, v. ponerse los zapatos
cañaverales, s. campo donde crece la caña de azúcar
cardo, s. planta de hojas grandes
cargoseó, v. fastidió
castaño, adj. de color marrón
cautivado, v. atrapado
cavilaciones, s. pensamientos, cálculos
cazo, s. recipiente de cocina
cebada, s. grano parecido al trigo
cederle, v. dar

celada, s. una pieza de la armadura
cerrazón, s. una gran oscuridad
cerrojos, s. barra de hierro de una puerta
charaboncitos, s. crías de ave
chillan, v. gritan
circunvoluciones, s. lo que lo rodea
cobertizo, s. frazada
coces, s. sacudida violenta
colibrí, s. ave pequeña capaz de mantenerse suspendida en el aire
colmada, adj. llena
colorado, adj. rojo
colosal, adj. gigante
comal, s. disco de barro o metal para hacer tortillas
compañerismo, s. amistad
concienzudamente, adv. con voluntad, con intención
confeccionan, v. fabrican
coraza, s. protección
corcho, s. material suave hecho de corteza de árbol
cordura, s. sentido común

cráteres, s. hueco formado por explosión volcánica

criatura, s. niño o niña

crines, s. pelo del caballo

cruje, v. que hace ruido

cuero cabelludo, s. parte de la cabeza donde crece el pelo

cursando, v. pasando o frecuentando

D

dañinos, adj. que hacen daño

de oídas, sin haberla conocido

debiliten, v. ponerse débil

defectuoso, adj. que no funciona

desafiante, adj. agresivo, molesto

desaforados, adj. peligrosos

desaliento, s. desilusión

desanimó, v. quitar el ánimo

descomunal, adj. enorme

desconcierto, s. confusión

desconfiando, v. sin tener confianza

descortés, adj. malos modales

desdichas, s. pena

desempeñado, v. hacer

desempeño, s. acción

desencajados, adj. sorprendidos

desengañarlo, v. contradecir

desenvoltura, s. naturalidad

desgreñado, adj. despeinado

deslomados, adj. maltratados

despegar, v. salir volando

Desposeído, v. robado

despedazaría, v. hacer pedazos un cuerpo

desvencijada, adj. rota

desvanece, v. deshacer

digo para mis adentros, pensar

disgusto, s. molestia

disimular, v. ocultar algo que se siente

disparates, s. tonterías

disparejo, adj. que no es parejo

dispensar, v. repartir, dar

doctos, adj. instruido

dormitaba, v. quedarse medio dormido

dubitativo, adj. que tiene dudas

ducho, adj. experimentado, diestro

E

elogió, v. decir cosas muy buenas

empapelado, s. paredes cubiertas de un papel decorativo

empoderador, adj. dar conocimiento y fuerza para hacer algo

empozaba, v. meter en un pozo

emprendieron, v. comenzar

enarbolando, v. levantar un arma

enchufó, v. conectó

encelarse, v. esconder

encorvado, adj. con el cuerpo doblado hacia delante

encrucijada, s. cruce de caminos

enlodar, v. poner lodo

enrizado, adj. en rizos, con bucles

entablar, v. comenzar

entraña, s. órganos de un animal

entrecano, adj. cabello o barba con algunas canas

entrelazados, v. conectados

era natural de, nacido en

erguida, adj. recta

ermita, s. santuario

escarceos, s. movimientos, tanteos

escotilla, s. puerta

escribanía, s. oficina del escribano

escudero, s. el que trae el escudo

espaldarazo, s. golpe con la espalda

esperanzada, adj. con esperanza

esporádico, adj. sin constancia, ocasional

espuelas, s. estrella de metal con puntas para hacer correr a los caballos

estrado, s. tribunal

estupefacta, s. asustada

extenderte, v. ofrecerte

evocar, v. recordar

excave, v. hacer un hueco

exhausto, adj. cansado

exprimiéndole, v. sacar provecho, sacarle el jugo

extenuante, adj. cansador

F

fantasmal, adj. que parece de un fantasma

fecunda, adj. fértil

feroz, adj. brutal, difícil

filo, s. borde agudo

filosos, adj. con filo, que corta

fincas, s. granjas, campos de cultivo

fingido, adj. falso

firulete, s. adorno de mal gusto

follaje, s. abundantes hojas

fogoso, adj. demasiado vivo

foráneo, adj. extranjero

forastero, s. extranjero

fragante, adj. con olor

franca, adj. leal

franquicia, s. concesión, licencia

frenética, adj. furioso

fronteriza, adj. de la frontera

frugal, adj. sencillo, barato

fugaz, adj. que huye, pasajera

furibundo, adj. furioso

G

gabán, s. abrigo

gallardo, adj. valiente

gamo, s. especie de cabra

garrotazo, s. golpe con un garrote

gauchos, adj. gente del campo de Argentina y Uruguay

gentío, s. mucha gente junta

gocé, v. ganar

gomina, s. producto para el cabello

grandioso, adj. importante

grietas, s. hueco en la tierra

guarecerse, v. protegerse

guinda, adj. color vino; entre rojo y violeta

guiñó, v. cerrar un ojo momentáneamente

gustoso, adj. con mucho gusto

H

habían hecho muy buenas migas, comer bien

hábito, s. costumbre

haciendo boca, moviendo sus picos

hazañas, s. acción heroica

heredaría, v. recibir algo valioso por la muerte de un familiar

hilaridad, s. risa

hilera, s. fila

hogazas, s. pan grande

hoguera, s. fuego

horadar, v. hacer un hoyo

huelgas, s. dejar de trabajar como protesta para pedir mejores condiciones

huesuda, adj. que muestra mucho hueso

I

ilesos, adj. sin heridas

impacientándose, v. sin paciencia

imposibilitado, adj. incapaz

impulso, s. fuerza, deseo

inagotable, adj. que no tiene fin

incertidumbre, s. sin certeza ni conocimiento

incredulidad, s. sin creer, impresionado

incubación, s. algo que crece protegido; en un ambiente controlado

inculcado, v. enseñar con esfuerzo

incursión, v. realizar una actividad nueva

ingenioso, adj. creativo

ingenuo, adj. ignorante

inmutarse, v. sorprenderse

insigne, adj. célebre

ínsula, s. isla

integral, s. importante

invierta, v. utilizar

ira, s. rabia, cólera

irreprochable, adj. perfecto, sin reproches

J

jacas, s. yegua

jaleo, s. lío

jíbara, s. campesino

jóbis, s. pasatiempo, palabra españolizada del inglés hobby

jonrones, s. palabra españolizada del inglés homerun

jugarreta, s. broma, truco

jumento, s. asno

jurado, s. un grupo de jueces

L

la tercera es la vencida, las cosas resultan al tercer intento

labradora, s. persona que trabaja la tierra

lagrimosos, adj. llenos de lágrimas

lecho, s. cama

letal, adj. de muerte

levadizo, adj. que se levanta

los pelos de punta, ponerse nervioso

lóbulos, s. parte de la oreja donde se ponen los aretes

locutor, s. presentador de radio o televisión

luto, s. un velo

M

macizo, adj. lleno, sólido

madrugaba, v. levantarse temprano, al amanecer

malignos, adj. malos

maltrecho, adj. en muy mal estado

manchego, adj. persona de La Mancha, una región en España

mandadero, s. persona que hace los mandados o pequeños trabajos

manejo, s. un puñado, un racimo

maravedíes, s. dinero antiguo

maternal, adj. como una mamá

mentora, s. maestro, consejero

menudo, adj. pequeño

mera, adj. exacto

mesón, s. casa grande

moho, s. hongo verde

molido, adj. muy cansado

moño, s. cabello recogido

montículo, s. monte pequeño

moro, adj. árabe, del norte de África

mosaiquitos, s. pedacitos de cerámica formando un dibujo decorativo

moriscas, adj. de los moros, árabes del norte de África

motivacional, adj. alentadora, motivadora

mundano, adj. del mundo

muñeca, s. la parte que conecta la mano con el brazo

muslo, s. parte de las piernas

N/Ñ

narigudo, adj. persona con nariz grande

neblina, s. cielo cubierto de nubes o vapor que no dejan ver

necio, adj. sin inteligencia

nilón, s. material sintético y elástico

nómada, adj. que está en constante viaje

ñandúes, s. ave muy veloz

O

ocurrencia, s. idea

orejona, adj. de orejas grandes

osadía, s. atrevimiento

P

pacificador, s. persona que busca la paz

paliza, s. golpe

parcela, s. porción de terreno

pardos, adj. color marrón rojizo

pastizal, s. campo de abundante pasto

pavimentada, v. camino firme que no es de tierra

penando, v. sufriendo

pendencias, s. peleas

peñas, s. piedra grande

perpetuamente, adv. para siempre

pértigo, s. lanza que sirve como timón

pescuezo, s. cuello

piropo, s. decir algo positivo sobre la belleza o cualidad de alguien

pizca, s. un pedacito

pizcando, v. recoger con cuidado

plegaria, s. petición

plenamente, adv. completamente

plenitud, s. totalidad

poca sal en la mollera,
poco inteligente

pomitos, s. envases pequeños

poniéndolo por las nubes,
hablar muy bien de alguien

portan, v. llevar, traer

porquerizo, s. persona encargada
de los puercos

postiza, adj. falsa

predilección, s. preferencia

pregón, s. publicación, noticias

primaveral, adj. de primavera

procesión, s. desfile

proezas, s. acción heroica

prolijo, adj. perfecto

prominente, adj. importante

pronóstico, s. adivinar
algo futuro

propenso, adj. que tiene
tendencia a

provisionalmente, adv. por un
tiempo

pupilas, s. círculo más oscuro
de un ojo

puyaba, v. mover

Q

quepa, v. del verbo *caber*, hay
lugar

R

rareza, s. algo raro, poco común

raso, adj. liso, plano

reanudaba, v. volver a empezar

rebasar, v. superar

recortes, s. pedazos

redivivas, v. aparecidas

refinar, v. perfeccionar

regresiva, adj. hacia atrás

rehilete, s. banderilla

rehusaba, v. negarse

reliquia, s. algo muy antiguo

relucía, v. brillar

relumbraba, v. brillaba

retama, s. planta común en
España

retumban, v. hacer un gran ruido

reverencia, s. saludo de respeto

riachuelo, s. río pequeño

rocín, s. caballo

rucio, s. asno o caballo

rumbos, s. caminos

rural, adj. del campo

S

sacan pecho, ponerse atrevido y mostrar valentía

saciarla, v. calmar

sano y salvo, en buena condición

savia, s. energía

se recompuso, v. recuperarse

se desata, adj. salir

se hiela, adj. se hace hielo

se resignara, adj. aceptar

sectarismo, s. preferencia

semejanza, s. igualdad, parecido

seso, s. la cabeza

severo, adj. duro, difícil

sobrellevar, v. aguantar

socarrón, adj. astuto

socorriese, v. ayudar

solfeo, s. notas musicales

soliloquio, s. reflexión en voz alta

sopesar, v. examinar con atención

soplo, s. lo que se produce al soplar

sorteaban, v. clasificaban

sumergí, v. meterse de lleno, dedicarse

sustituto, s. remplazo

sutileza, s. lejos de la verdad

T

tangos, s. tipo de música que se creó en Argentina y Uruguay

tapiaron, v. rodear con tablas de madera

térmico, adj. de temperatura

tineyers, s. adolescentes, palabra españolizada del inglés teenagers

tiré de bruces, tirarse con la cara hacia abajo

toledanos, adj. personas de la ciudad de Toledo

tradujiste, v. decir en otra lengua, interpretar

tragalotodo, s. que se comen todo

trastocó, v. cambió

tricornio, adj. de tres cuernos

tuerta, adj. falta de un ojo

tul, s. tejido fino y medio

transparente

U

ubico, v. colocarse

umbral, s. entrada

usurpador, s. invasor

V

vaciaba, v. ponía, vertía

vaho, s. vapor

velando, v. cuidar

ventero, s. vendedor o encargado

verdores, s. de color verde

vid, s. planta de la uva

vigorosamente, adv. con mucha energía

viniese de molde, que queda muy bien y de su talla

viró, v. volteó

víscera, s. órganos en el interior del cuerpo humano

vistoso, adj. que llama la atención

vitorearon, v. aplaudieron

vocacional, adj. de vocación o consejero profesional

voz en cuello, gritar muy fuerte

Y

yelmo, s. pieza de la armadura

Z

zumban, v. producir un ruido

Core Knowledge Language Arts

Amplify.

General Manager K-8 ELA and SVP, Product

Alexandra Clarke

Chief Academic Officer, Elementary Humanities

Susan Lambert

Content and Editorial

Elizabeth Wade, PhD, Elementary Language Arts Content

Patricia Erno, Associate Director, Elementary ELA Instruction

Maria Martinez, Associate Director, Spanish Language Arts

Baria Jennings, EdD, Senior Content Developer

Christina Cox, Managing Editor

Product and Project Management

Ayala Falk, Director, Business and Product Strategy, K-8 ELA

Amber McWilliams, Senior Product Manager

Elisabeth Hartman, Associate Product Manager

Catherine Alexander, Senior Project Manager, Spanish Language Arts

Leslie Johnson, Associate Director, K-8 ELA

Thea Aguiar, Director of Special Projects, CKLA

Zara Chaudhury, Project Manager, K-8 ELA

Design and Production

Tory Novikova, Product Design Director

Erin O'Donnell, Product Design Manager

Contributors

Nanyamka Anderson

Olioli Buika

Bill Cheng

Sherry Choi

Laia Cortes

Stuart Dalgo

Sandra De Gennaro

Lucas De Oliveira

Pedro Ferreira

Nicole Galuszka

Nick Garcia

Ken Harney

Molly Hensley

David Herubin

Isabel Hetrick

Ian Horst

Sara Hunt

Jagriti Khirwar

Julie Kim

Kristen Kirchner

Lisa McGarry

James Mendez-Hodes

Emily Mendoza

Ana Mercedes Falcón

Christopher Miller

Tamara Morris

Jackie Ovalle

Tara Pajouhesh

Sofía Pereson

Jackie Pierson

Sheri Pineault

Diana Projansky

Dominique Ramsey

Todd Rawson

Jennifer Skelley

Julia Sverchuk

Elizabeth Thiers

Jeanne Thornton

Amanda Tolentino

Lyna Ward

Paige Womack

Amy Xu

Core Knowledge Language Arts

Core Knowledge Foundation

Series Editor-in-Chief

E. D. Hirsch Jr.

President

Linda Bevilacqua

Editorial Staff

Mick Anderson

Robin Blackshire

Laura Drummond

Emma Earnst

Lucinda Ewing

Sara Hunt

Rosie McCormick

Cynthia Peng

Liz Pettit

Tonya Ronayne

Deborah Samley

Kate Stephenson

Elizabeth Wafler

James Walsh

Sarah Zelinke

Design and Graphics Staff

Kelsie Harman

Liz Loewenstein

Bridget Moriarty

Lauren Pack

Consulting Project Management Services

ScribeConcepts.com

Additional Consulting Services

Erin Kist

Carolyn Pinkerton

Scott Ritchie

Kelina Summers

Acknowledgments

These materials are the result of the work, advice, and encouragement of numerous individuals over many years. Some of those singled out here already know the depth of our gratitude; others may be surprised to find themselves thanked publicly for help they gave quietly and generously for the sake of the enterprise alone. To helpers named and unnamed we are deeply grateful.

Contributors to Earlier Versions of These Materials

Susan B. Albaugh, Kazuko Ashizawa, Kim Berrall, Ang Blanchette, Nancy Braier, Maggie Buchanan, Paula Coyner, Kathryn M. Cummings, Michelle De Groot, Michael Donegan, Diana Espinal, Mary E. Forbes, Michael L. Ford, Sue Fulton, Carolyn Gosse, Dorrit Green, Liza Greene, Ted Hirsch, Danielle Knecht, James K. Lee, Matt Leech, Diane Henry Leipzig, Robin Luecke, Martha G. Mack, Liana Mahoney, Isabel McLean, Steve Morrison, Juliane K. Munson, Elizabeth B. Rasmussen, Ellen Sadler, Rachael L. Shaw, Sivan B. Sherman, Diane Auger Smith, Laura Tortorelli, Khara Turnbull, Miriam E. Vidaver, Michelle L. Warner, Catherine S. Whittington, Jeannette A. Williams.

We would like to extend special recognition to Program Directors Matthew Davis and Souzanne Wright, who were instrumental in the early development of this program.

Schools

We are truly grateful to the teachers, students, and administrators of the following schools for their willingness to field-test these materials and for their invaluable advice: Capitol View Elementary, Challenge Foundation Academy (IN), Community Academy Public Charter School, Lake Lure Classical Academy, Lepanto Elementary School, New Holland Core Knowledge Academy, Paramount School of Excellence, Pioneer Challenge Foundation Academy, PS 26R (the Carteret School), PS 30X (Wilton School), PS 50X (Clara Barton School), PS 96Q, PS 102X (Joseph O. Loretan), PS 104Q (the Bays Water), PS 214K (Michael Friedsam), PS 223Q (Lyndon B. Johnson School), PS 308K (Clara Cardwell), PS 333Q (Goldie Maple Academy), Sequoyah Elementary School, South Shore Charter Public School, Spartanburg Charter School, Steed Elementary School, Thomas Jefferson Classical Academy, Three Oaks Elementary, West Manor Elementary.

And a special thanks to the CKLA Pilot Coordinators, Anita Henderson, Yasmin Lugo-Hernandez, and Susan Smith, whose suggestions and day-to-day support to teachers using these materials in their classrooms were critical.



Illustration and Photo Credits (Personal Narratives)

All art for *Cuando era puertorriqueña* and *El cerrador, Mi historia*, by Olioli Buika.

All art for *La emoción de las cosas*; *De campesino a astronauta*; *Secretos de familia*; *La mancha de humedad*; *Charaboncitos*; and *Mi diario de aquí hasta allá* by Emily Mendoza

Illustration and Photo Credits (Poetry)

All poem illustrations by Dominique Ramsey; Navigation tool: Shutterstock; Old paper: najin/iStockphoto;

Amplify Caminos

950L

Español

ISBN 9781636028804



9 781636 028804